A
30542

©Biblioteca Nacional de Colombia

982

©Biblioteca Nacional de Colombia

Horacio Rodríguez Plata

1892

El autor dedica esta Obra, en prueba de distinguido aprecio, á JORGE ISAACS, como un tributo rendido al genio que produjo la "MARIA."

Constancio Franco

POLICARPO SALAVARRIETA

Bogotá

1890

Zalamea hnos

BIBLIOTECA DE HORACIO RODRIGUEZ PLATA

©Biblioteca Nacional de Colombia

225632
09 MAYO 2002

BIBLIOTECA NACIONAL DE COLOMBIA
FONDO
HORACIO RODRIGUEZ PLATA

©Biblioteca Nacional de Colombia

A.
30542

POLICARPA.

LIBRERIA LETRAS
Cra. 6 No. 882
Luis Jaramillo

CAPITULO I.

El nacimiento.

Próximamente á las seis de la tarde del veintiséis de Enero de mil setecientos noventa y cinco, un hombre de cuarenta años, poco más ó menos, se dirigía por un estrecho sendero, sembrado á uno y otro lado de espesos *cañaduzales*, á la Villa de su vecindad.

Iba de prisa, y quien lo hubiera sorprendido en su marcha, fijándose detenidamente en su fisonomía, habría hallado en ella cierta emoción de dulzura mezclada de alegría y de pesar.

Aún no había cerrado la noche cuando el caminante entró en la Parroquia, y tomando la vía más recta se dirigió á la casa cural, cuyo portón encontró abierto de par en par, como era uso y costumbre en aquellas habitaciones en esos tiempos de feliz ignorancia, en que el clero era venerado por sus humildes feligreses.

La persona de quien se trata, en vez de entrarse de ligero en la casa, se paró en el quicio del portón y dió con el cabo de una vara que traía varios golpes en él.

—Quién va? Contestó una voz de adentro.

—Soy yo.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Y quién es yo?

—Joaquín Salabarrieta.

—Adelante.

A esta invitación, Salabarrieta cruzó un pequeño patio, en el que ostentaban su lozano y verde follaje el oloroso jazmín de Arabia y otros arbustos propios de los climas cálidos; y habiendo llegado al pie de una escalera que conducía á un corredor alto, se paró y dijo:

—Buenas noches.

—Buenas.

—Se halla en casa el señor Cura?

—Está. Siga usted.

Con tal autorización, Salabarrieta subió la escalera y apareció en el corredor, á tiempo en que una señora, que era quien había contestado á su saludo y preguntas, se presentó en él con una vela encendida.

Apenas se hubieron encontrado estas dos personas, el huésped saludó cortesmente á la dueño de casa, que era la hermana del Cura, mujer de porte respetable y austero, y ésta lo invitó para que la siguiera los pasos.

Al instante el recién llegado se encontró en una pequeña sala adornada convenientemente pero con humildad, y una vez que se hubo sentado en una gran silla de cuero tachonada con relucientes clavos de acero en forma de estrellas, dijo:

—Venía en demanda del señor Cura.

—Lo necesita usted con urgencia?

—Ya lo creo, mi señora, puesto que vengo á esta hora.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Es que mi hermano no puede salir al instante.

—En tal caso lo esperaré.

—Está en su Oratorio rezando.

—Siempre me quedo hasta que se haya desocupado, porque el caso es urgente.

—Alguna confesión?

—Sí, mi señora.

—Lejos?

—Diez cuadras fuera de la Villa.

—Una vez que el asunto es grave, voy á dar aviso á mi hermano.

Y al decir esto, la buena señora Margarita, que así se llamaba la persona de quien nos ocupamos, salió de la sala y se dirigió al Oratorio.

Entretanto Salabarrieta, con la mirada fija en el suelo, esperaba impaciente la llegada del Sacerdote.

Trascurridos dos ó tres minutos, entró éste con paso tranquilo, balbuceando alguna oración empezada y no concluída.

Era el Cura un joven como de treinta años; de elegante apostura; rostro pálido, ovalado, y de no poca majestad; mirada limpia y profunda; y de inefable sonrisa á la que daba mayor encanto una dentadura blanca, pareja é intacta.

Apenas le hubo mirado Salabarrieta, se puso de pie con no poca humildad, é hizo un saludo tanto más respetuoso cuanto expresivo y tierno.

—Qué se ofrece? le preguntó el Cura, con esa singular pureza de acento propia de la gente bien educada.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Que mi mujer está.....

—*In articulo mortis?*

—Sí, señor, contestó el huésped con voz ahogada, á tiempo en que rodaban por sus mejillas dos lágrimas.

—Es usted casado?

—Va ya para dos años.

—En dónde?

—En esta Parroquia.

—Cómo se llama su esposa?

—Mariana Ríos.

—Y qué enfermedad padece?

—Ha dado esta madrugada una niña á luz, y este accidente la tiene postrada.

—La criatura nació viva ó muerta?

—Viva.

—Bien, dijo el Sacerdote. Y, luégo, como si hablara consigo mismo, agregó: Qué misterio, mientras unos vienen, otros se van!

—Pues yo venía á llevar al señor Cura.

—Comprendo, y estoy resuelto á seguir á usted.

Diciendo esto salió de la pieza, y á otro momento volvió á entrar en ella, calado su sombrero negro de grandes alas y con un bastón en la mano.

Al instante los dos interlocutores salieron de la casa cural, á eso de las siete de la noche, y se dirigieron á la habitación de Salabarrieta.

Llegado que hubieron allí, el Sacerdote entró á la alcoba en donde estaba la enferma, y sentándose á la ca-

©Biblioteca Nacional de Colombia

becera de su lecho, empezó á ejercer las cristianas funciones de su ministerio.

Una vez que terminó la Ríos su confesión, el Ministro salió á la pieza contigua, y con la sonrisa en los labios y cierta emoción de complacencia, dijo á Salabarrieta:

—Se afana usted demasiado, amigo. Su esposa, que es una buena conciencia, vive y vivirá, confianza en la misericordia Divina.

—Yo la creía próxima á su fin.

—No se muere sino cuando Dios lo manda; y Dios no quiere la muerte de sus criaturas antes de que hayan llenado la misión para que las ha puesto sobre la tierra.

—Cuán bueno es usted, señor Cura. Razón tienen las gentes para estimarlo tánto.

A estas palabras, el Sacerdote bajó la cabeza con reverente humildad.

—Y el señor Cura, continuó Salabarrieta, no desea conocer la niña á quien ha de cristianar en breve?

—Verdad que la madre me había hecho olvidar á la hija.

Y al decir esto entraron en una pieza en donde estaba la criatura, á la que el bondadoso Ministro tomó en sus manos con verdadera emoción de placer. En seguida acercándose á una ventana en donde se encontraba embebida una luz, contempló la faz de la recién nacida por un segundo, y poniéndola luégo en brazos de su padre, exclamó: Es un primor!

Un momento después, como á eso de las nueve, estos dos personajes se hallaban en camino para la Villa, alum-

©Biblioteca Nacional de Colombia

brados por la luna que con su reluciente claridad iluminaba los objetos como si estuvieran en la mitad de un día de estío. El cielo estaba sereno y no se oía más ruido que el roce de las hojas de los árboles del camino y de los bosques contiguos, y las voces del Sacerdote y Salabarrieta, que variando el asunto de la conversación que habían tenido, entablaron un diálogo, de que copiamos lo conducente :

—Con que ha sufrido usted mucho?

—Sí, señor Cura. El Gobierno es implacable! Va ya para algunos años que la autoridad espía mis pasos, como pudiera hacerlo con un delincuente.

—Y qué crimen ha cometido usted?

—Uno y muy grande.

—Se podría saber?

—Yo enseño al señor Cura mi conciencia sin el menor escrúpulo.

—Hable, pues.

—En mil setecientos ochenta y uno fuí de los insurrectos.

—Perteneció á los Comuneros?

—Sí señor. Estuve con los oprimidos contra los opresores.

—Revolucionario!

—Ni más ni menos que revolucionario. Había muchos abusos que combatir y serví á las órdenes del valiente Capitán José Antonio Galán, haciendo con él la campaña de Honda, Mariquita y Neiva.

—Y por qué entró usted en un alzamiento tan temerario?

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Temerario?..... La revolución era popular en toda la raza indígena, y estaba sostenida por hombres de importancia. Además, las cabezas que promovieron la insurrección eran progresistas.

—Ah, el progreso! Y qué entiende usted por tál?

—Yo carezco de razones para explicarme, pero entiendo por progreso el triunfo del saber y de la justicia.

—Es decir, el triunfo de la moral universal, que es la base de la sociedad, y de la conciencia universal científica y cristiana, que debe ser el fundamento de la ley?

—Así es, señor Cura.

—Bajo este concepto, la revolución, que es una forma del fenómeno inmanente que nos estrecha, lleva el nombre de Necesidad.

A estas palabras, Salabarrieta detuvo el paso, y como si tratara de comprender las ideas del Sacerdote, se llevó la mano á la frente y quedó por un momento pensativo.

—En qué piensa?

—Pienso en que he procedido bien al hacer lo que he hecho. He luchado por el derecho del pueblo, al cual pertenezco, y si hubiera derramado mi sangre como Galán, en defensa de la justicia ultrajada, creo que Dios y los hombres de bien me hubieran perdonado.

El Cura meneó la cabeza en señal de asentimiento, é instando á su interlocutor para proseguir la marcha, continuó:

—La revolución de los Comuneros es un gran acontecimiento que servirá de etapa á otro mayor.

—Sin duda.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Galán! Me es grato ese nombre. Le conocí cuando marchaba al suplicio con paso firme y seguro. Qué naturaleza aquella! Ví su altiva cabeza, cuando inmediatamente de ahorcado, el verdugo la separó del cuerpo.

—Ah, señor, esa cabeza fue conducida á esta Villa, y puesta en una escarpia!

—Qué bello era aquel hombre! Sus ojos rasgados tenían un fluído tan puro como el de una hermosa mujer de diez y ocho años; sus anchos y bien contorneados hombros anunciaban un vigor poco común! Y he oido decir que su voz fresca de mando y cierto aire marcial que lo distinguía, causaban asombro y lo hacían temible!

Al terminar el Cura este concepto, los dos caminantes entraron á la Villa, y como poseídos de un sentimiento espontáneo, guardaron silencio hasta que llegaron á la sala donde la señora Margarita había recibido horas antes á Salabarrieta.

Una vez allí, preguntó éste al Cura:

—Y cuándo será bautizada la niña?

—Muy pronto. Espere usted que su mujer, de cuya salud me informará mañana, se haya repuesto, y le pondremos á su hija el Oleo Santo.

Salabarrieta se despidió entonces con una reverente inflexión de cuerpo, y partió no poco admirado de la benevolencia y piedad del Sacerdote, á quien si había oído la misa por el trascurso de un año, jamás había tratado verbo á verbo.

Por lo demás, Pedro Gabriel Beltrán, que así se llamaba el digno Ministro, era un hombre edificante por sus

©Biblioteca Nacional de Colombia

virtudes, entre las cuales la caridad era el punto de partida de su conducta.

Apóstol de la más bella doctrina que hayan tenido los hombres; severo de costumbres; desinteresado para sí, y demasiado interesado en el bien de sus semejantes, se había hecho amar de sus feligreses, á quienes miraba, nó como á ovejas descarriadas, sino como á seres inteligentes, iguales suyos, dignos de ser tratados con piedad y respeto, y con tanto mayor razón mientras más pesara sobre ellos la desgracia.

CAPITULO II.

La presentación.

Nada más natural que presentemos á nuestros lectores á la familia Salabarrieta, desde luégo que ella nos sirve de punto de partida en la composición de este Libro, y que en su seno nace y se desarrolla un sér privilegiado, de singular importancia en la gloriosa historia de nuestra emancipación nacional.

Al tratar de la dicha familia, no se nos exija que hagamos mención sino de Joaquín, y del reducido círculo de personas que formaron su hogar, el cual se componía de su mujer y seis hijos: tres varones, que hicieron carrera en el mundo eclesiástico de la antigua Colombia; y tres mujeres, dos que se conformaron con llenar el destino vulgar de la especie perpetuando su raza, de la cual existen hoy vástagos; y una que por su abnegación, virtudes, energía y un heroísmo incomparable, dignificó su patria,

©Biblioteca Nacional de Colombia

honró la memoria de sus progenitores y dió su nombre á la inmortalidad.

La conducta hostil de los gobernantes de la Colonia para con la porción indígena y mestiza; conducta que se acentuó implacablemente desde mil setecientos ochenta, en que sustituyó al Virrey Flórez en el Gobierno del Reino de Granada, el Visitador Regente, D. Francisco Gutiérrez de Piñeres, dió á los colonos la primera idea de su libertad é Independencia de la Metrópoli. Pensamiento que echó en breve sólidas y profundas raíces, llevando al espíritu de los oprimidos inmensas y halagadoras esperanzas.

Multiplicadas gabelas impuestas al trabajo y á los valores creados; un sistema administrativo y jurídico depresivo de todo derecho; incomprensible opresión, especialmente para con el pueblo aborígen, á quien se trataba á semejanza de acémilas, á pesar del protectorado que le otorgaran las "Leyes de Indias," fueron causa á levantar en los corazones elevados el sentimiento de la rebelión, pensando en el advenimiento de un nuevo estado social y político más filantrópico, civilizado y cristiano.

Al fin, el diez y seis de Marzo de mil setecientos ochenta y uno, varios pueblos del norte del Reino, y entre ellos el del Socorro, se alzaron reclamando sus derechos, pidiendo, ante todo, se eximiera á la sociedad del pago de algunos impuestos que comprometían por la miseria la subsistencia general; y con el ahinco de esas grandes revueltas populares, que ajenas á todo interés mezquino y tendencias de secta, sólo tienen por norma el triunfo de las ideas, los sublevados se vinieron sobre Santafé resuel-

©Biblioteca Nacional de Colombia

tos á imponerse al Gobierno. Empero, apenas llegaron á inmediaciones de Zipaquirá, el Visitador Regente, sabedor de que la revolución pedía su cabeza, huyó hacia la Costa atlántica, no sin haber confeccionado antes con las altas autoridades del Reino, residentes en la capital, un plan tendente á burlar la acción y esperanzas de los Comuneros.

El Capitán general, Intendente de los rebeldes, D. José Antonio Berbeo, apenas tuvo noticia de la fuga de Gutiérrez, comisionó á José Antonio Galán, sujeto de firme resolución y entendido, por malicia é instinto, en achaques de guerra, para que se pusiera en persecución del Regente, dándole orden, al mismo tiempo, para que hiciera pronunciar todas las poblaciones por donde pasara. Galán, con la entereza de alma de un graco, cumplió estrictamente su cometido, y en la Villa de Guaduas, entre las gentes que se le unieron, se encontraba Joaquín Salabarrieta, joven decidido y valeroso, muy capaz de ofrendar su vida en beneficio de sus convicciones.

Salabarrieta acompañó al Jefe comunero en todas sus aventuradas expediciones, hasta tanto que el prestigioso y malogrado insurgente se vió precisado á regresar al Norte, después de unas Capitulaciones celebradas en Zipaquirá entre los altos funcionarios del Virreinato y los Jefes revolucionarios.

Luégo de tales Tratados, que pusieron término á la guerra, y en los cuales se estipuló, entre otras cosas, el olvido de lo pasado y el consiguiente perdón de los revoltosos, Salabarrieta regresó á Guaduas ; siendo víctima en

©Biblioteca Nacional de Colombia

breve, como lo fueron casi todos sus copartidarios, de la saña implacable de los gobernantes, quienes faltando á sus juradas promesas, levantaron por todas partes horcas y patíbulos para castigar la candidez de los que se habían convertido en sus declarados enemigos.

A Salabarrieta no le tocó en suerte el cadalso, pero después de haber sufrido mucho tiempo de prisión, mientras duró la secuela de un juicio, fue condenado á trabajos forzados por dos años, y puesto por algún tiempo bajo la vigilancia de la autoridad local.

A poco de cumplida su condena, contrajo matrimonio, en el lugar de su nacimiento, con Mariana Ríos, natural de la Villa, en la que tuvo los seis hijos á que hemos hecho alusión, y con la cual hizo vida común bajo las más puras costumbres.

El rango social de Salabarrieta y su esposa no era elevado. Personas de mediana condición, agricultores que vivían de su trabajo, su estado consistía en ese término medio, muy común entre los criollos de la Colonia, que estaba tan lejos de la aristocracia, como de la servil posición de los vástagos directos de la raza indígena, que había sobrevivido á la devastación de la conquista y sobrevivía aún á la feroz tiranía de la colonización.

En cuanto á bienes de fortuna, parece que la familia de que se trata nunca tuvo las comodidades qne conducen á eso que se llama la vida confortable, pero tampoco sufrió jamás las sombrías desventuras de la miseria. Trabajadores activos en la industria más lucrativa de su tiempo, en que el desconocimiento casi total de las artes

©Biblioteca Nacional de Colombia

arrastraba á las clases media é ínfima al cultivo de la tierra, vivían de los productos de una pequeña heredad que les pertenecía.

Salabarrieta, que fue hasta el día de su muerte, un fanático furibundo por las ideas salvadoras de la libertad, tenía bastante buen sentido común, que en muchas ocasiones sobrepuja á la cultura intelectual; y sería grave error imaginarse que era lo que se llama un ignorante, pues que sabía leer, escribir, contar, y obraba con tino y discernimiento.

Hasta Julio de mil ochocientos diez, en que se efectuó ese inmenso movimiento revolucionario que dió lugar á la guerra de la Independencia, era llamado por su nombre de pila, con la anteposición de la voz *niño*, muy usada en su tiempo por el vulgo, como distinción hacia aquellas personas que pertenecían á un estado social más elevado, pero que no estaban á la altura de los rangos superiores que constituían el genio ó la nobleza.

De la fecha anotada en adelante, debido á la revolución, que paulatinamente operó un cambio trascendental en las costumbres, fijando en la sociedad cierta fé definitiva en un destino más próspero, que había de tender á la nivelación de las clases sociales por medio de la supresión del privilegio civil, á Salabarrieta se le distinguió con el título de Don; que usado antiguamente antes del nombre apelativo de las personas de cierta alcurnia, llegó por último á generalizarse en términos de poder ser aplicado indistintamente á todos aquellos á quienes se quería considerar como personas de distinción.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Sin duda alguna, el hecho de haber servido Salabarrieta en las filas de los infortunados Comuneros; sus sufrimientos por esta causa; y su vida laboriosa y honrrada, fueron circunstancias que contribuyeron á que se le otorgara en su edad madura el título honorífico á que supo hacerse digno por la virtud.

Respecto de la Ríos, persona piadosa y excelente madre, según fidedignos testimonios, parece que también llegó á alcanzar en la sociedad de Guaduas, que en la época á que nos referimos contaba un movimiento de población de cerca de cuatro mil almas, la importancia social de su esposo. Sea lo que fuere, la caída de Amar, Virrey de Granada, efectuó un cambio casi total en las costumbres con los primeros asomos de la idea democrática; cambio que favoreció especialmente á la clase media del país, elevándola á una superior posición de aquella á que la tenían sometida las reglas civiles, y las preocupaciones de una aristocracia insípida importada de la Metrópoli.

Hé aquí lo que se sabe, bajo cierto respecto, de los progenitores de esa heroína nuéstra que, resuelta como Carlota Corday, y poseída de una especie de inspiración patriótica muy superior á la de Juana de Arco, entregó gustosa su vida y su sangre á la más noble causa que pudo idear la imaginación exaltada de un pueblo, pronosticando desde la cima del patíbulo el advenimiento de la República, que era el ideal de su grande alma.

©Biblioteca Nacional de Colombia

CAPITULO III.

El bautizo.

El dos de Febrero del año de noventa y cinco, cualquiera que hubiera entrado á la una de la tarde á la sala de recibo del señor Cura Beltrán, habría escuchado la siguiente conversación entre éste, su hermana Margarita y Salabarrieta:

—Me alegro de que ya esté buena su mujer.

—Mediante Dios y el señor Cura, contestó Joaquín, ya está Mariana completamente restablecida.

—Pues bien; ahora sí es tiempo de que bauticemos á la niña, porque no es corriente dejarla por más días fuera de la comunión de los fieles.

—Para solicitar este nuevo servicio es por lo que me he acercado al señor Cura.

—Entonces, mañana á las siete de la noche, me tendrá á sus órdenes en la Iglesia.

—Está corriente.

—Y ya se ha pensado en las personas que deben sostener la criatura?

—En cuanto al padrino, lo tenemos hablado. Respecto de la madrina.....

—Fluctúa usted?

—Es que se me ha ocurrido una idea tan atrevida, que me da no poca pena manifestarla.

—Explíquese.

—Pues en cuanto á la madrina, dijo Salabarrieta azorado, como si realmente le hubiera ocurrido algo que

©Biblioteca Nacional de Colombia

tocara los límites de lo extravagante, hemos pensado con mi esposa, en que sea la señora Margarita, si ella se digna dispensarnos este favor.

—Gracias, respondió la buena señora; y después de un rato agregó:

—Usted debe saber que yo no tengo otra voluntad que la de mi hermano.

Al oir esto, el Cura tendió una mirada expresiva á aquella dulce, sincera y casta compañera de su vida, y con un tono de voz bastante acentuado la dijo:

—El bautizo es un segundo nacimiento. La madrina es como la madre del bautizado, á quien debe suplir si llegare á faltar, especialmente para adoctrinarlo en las buenas creencias, y en las cosas necesarias á su felicidad.

—Comprendo todo eso, hermano.

—En tal caso, acepte usted la distinción con que se la honra. Servir al prójimo es un deber indeclinable, y entre nuestros prójimos, los últimos deben ser los primeros.

La señora Margarita, que era sólo amor para todos, un amor hecho de virtud y de abnegación, aceptó el cargo, y sólo pidió por favor que se difiriera la ceremonia para dos días más tarde, mientras preparaba á la que iba á ser como su hija, el ajuar con que debía ser cristianada.

A Salabarrieta le faltaban palabras para manifestar su reconocimiento y gratitud á la señora y al Sacerdote, y después de que se hubo expresado como le fue posible, se retiró, dejando á aquellas dos excelentes personas en uno de esos ratos sublimes que la vida tiene, como cuando nos

©Biblioteca Nacional de Colombia

encontramos en intimidad con las gentes á quienes amamos castamente, y tenemos la convicción de ser amados; cosa que pasaba entre el Cura y su hermana, pues que si ésta era para aquél indispensable, aquél era para ésta necesario.

Al tercer día de la entrevista que acabamos de referir, cerca de las siete de la noche, las campanas de la Iglesia de la Villa anunciaban que iba á tener lugar una función en el Templo. En efecto, quien hubiera llegado allí á la hora indicada y entrado al bautisterio, en donde el Cura solía rezar muy frecuentemente el Oficio divino, habría encontrado más de cincuenta personas entre curiosos é interesados, hallándose en el número de los primeros no pocos chicos de distintas edades, que presenciaban llenos de júbilo el bautizo de una criatura de correctas y bien delineadas facciones; que en vez de llorar, como es de costumbre en casi todos los niños que reciben el Oleo santo que ha de consagrar en el porvenir su fé religiosa, abría unos grandes ojos negros y sonreía graciosamente.

Pasada la ceremonia, los padres y padrinos de la niña y algunos invitados de distinción, amigos de Salabarrieta, entraron en la casa cural, en donde la señora Margarita había hecho preparar un refresco para festejar á sus compadres; á quienes de entonces para en adelante ligaría, no tan sólo el cariño que los buenos corazones tienen para con sus semejantes, sino el lazo de la más dulce y sincera amistad; que es un ideal de perfección en esas almas apacibles y virtuosas que saben creer y amar.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Al terminarse el convite, en el que reinó la cordialidad más completa, el Cura, que era una elevada conciencia, habló á los padrinos en tono afectuoso y digno, respecto de los deberes que contraían para con su ahijada; luégo de lo cual los concurrentes se retiraron á sus domicilios llenos de complacencia.

Pocos días después, Salabarrieta sacaba de los libros parroquiales de la Iglesia de la Villa, según la afirmación del señor Domingo Roche, la siguiente partida de bautismo:

"En la Villa de Guaduas de Indias, á cuatro de Febrero de mil setecientos noventa y cinco, yo, Pedro Gabriel Beltrán, Cura propietario de esta Santa Iglesia Parroquial, bauticé y puse Oleo y crihsma á María Policarpa, que nació el veintiséis de Enero del mismo año, hija legítima de Joaquín Salabarrieta y Mariana Ríos, naturales de esta Villa. Abuelos paternos: José Quintín Salabarrieta y Antonia Lee Alvarado; y maternos, Sebastián Ríos y Anselma Rivero. Fueron sus padrinos José Policarpo Melo y Rubio, y Margarita Beltrán, personas inteligentes de la obligación que contraen y parentesco espiritual. Es copia—*Pedro Gabriel Beltran.*"

Hé aquí, pues, aclarado uno de los puntos más oscuros, y por consiguiente controvertidos, de la historia de aquella mujer prodigiosa, que superior en mucho á la mezquina proporción humana, supo tener una voluntad tan sublime como inexorable!

©Biblioteca Nacional de Colombia

CAPITULO IV.

Infancia de Policarpa.

El nacimiento de Policarpa tuvo lugar bajo el Gobierno del Virrey Don José de Ezpeleta, quien entre otras medidas buenas que adoptó en favor de sus gobernados, se encuentran el fomento de la instrucción pública popular, bastante descuidada en las poblaciones de secundaria importancia, y la abrogación de las crueles visitas domiciliarias, establecidas por la "Junta Suprema de Gobierno del Reino," poco después de la insurrección de los Comuneros.

Este alzamiento, por más que hubiera sido castigado con lujo de martirio, dejó en los espíritus elevados honda huella, y cierto grado de calor revolucionario que, á semejanza de vertiginosa marea, se hacía cada vez más creciente.

Algunas impetuosas naturalezas, sobre todo, que no podían resignarse con ver en la Conquista ese signo definitivo de propiedad y dominio que la Metrópoli alegaba sobre los países conquistados, cultivando la idea de un Gobierno propio, del pueblo y para el pueblo, que pusiera fin á la opresión y distinciones de linaje, no dejaban un solo instante de trabajar por la libertad, en el íntimo convencimiento de que los sucesos ocurridos en mil setecientos ochenta y uno, no eran una simple insurrección sin trascendencia, sino un reto lanzado contra el Poder despótico.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Entre los caracteres firmes y entusiastas de que hablamos, está en primer término Don Antonio Nariño, ciudadano ilustre y de posición en la Colonia; quien tradujo hacia el año de noventa y siete "Los derechos del hombre y del ciudadano," importados de Francia.

Es evidente que bajo condiciones políticas poco pacíficas se desarrolló la infancia de Policarpa. Así como es indudable que la atmósfera revolucionaria que respiró en sus primeros años, contribuyó poderosamente á formar en ella el levantado carácter que determinó su destino.

La casa en que la joven pasó sus primeros años quedaba, según lo hemos dicho, unas diez cuadras distante de la Villa, al poniente, y era una habitación pajiza, como casi todas las de campo en aquella época, en que el gusto por esta especie de comodidades no había caído bajo las reglas estéticas del arte moderno. No obstante, en aquella apacible y poética morada, el aseo llamaba la atención, ya porque éste era el modo de ser de sus dueños, ya porque la limpieza es obligatoria en los climas cálidos, en donde la vida sufre las crueles asechanzas de no pocos reptiles é insectos venenosos.

Acababan de hacer grata á la vista la habitación de que se trata, los árboles frutales de que estaba rodeada, entre los cuales el naranjo, el odorífero pomarroso, y el granado, figuraban en primer lugar.

Marido, mujer é hijos se ocupaban en el cultivo de simientes leguminosas, cuyos frutos eran expendidos en las ferias de la Villa; lo mismo que la miel que producía un pequeño trapiche de mano, al que no se le dejaba va-

©Biblioteca Nacional de Colombia

gar en tiempo de cosecha, y cuyo artículo contribuía á suministrar el total de la subsistencia.

La Ríos, en extremo acuciosa, tejía sombreros de paja, en aquellas horas de feliz descanso que la dejaban libres los quehaceres domésticos y trabajos agrícolas; invirtiendo las pequeñas ganancias provenientes de sus esfuerzos, en el menaje de la casa, cuyo boato consistía en una estera siempre limpia, un par de escaños de madera, dos pequeñas mesas sobre las cuales se ponían vasos de arcilla cargados de flores, y algunos taburetes forrados en cuero de res crudo.

En medio de esta vida de trabajo, angustiosa algunas veces, pero muy frecuentemente feliz, entraba Policarpa en el torbellino incomprensible de la vida.

Cuando la niña hubo cumplido ocho años, ya bajo el Gobierno de Don Pedro de Mendinueta, se encontraba cursando en la escuela pública. Allí, según el plan de enseñanza de la Colonia, que consistía para las escuelas de primeras letras en amaestrar al aprendiz, bajo el rigor de una disciplina severa, en la lectura mecánica, la escritura, rudimentos de aritmética y las oraciones de la Iglesia, Policarpa desarrollaba su genio, haciendo rápidos y sorprendentes progresos.

Aquella imaginación precoz, en que tomaban pábulo determinados y sublimes instintos, se confortaba y hacía más viva bajo la influencia de un clima cálido, muy propio para dar margen á grandes ensueños, en que entran por mucho los ideales del pensamiento.

La entonces Villa de Guaduas, hoy ciudad, que debe

©Biblioteca Nacional de Colombia

su fundación á un religioso mendicante, está situada en un valle pintoresco, limitado por montañas que se bifurcan, y colocado á una altura de mil treinta y siete metros sobre el nivel del mar, con una temperatura media de veintidós grados.

Hase observado, y esta es una noción común entre las gentes cultas, que así como á los diferentes climas corresponden faunas y floras distintas, también el hombre, en lo físico como en lo moral, está sujeto á las condiciones modificantes climatéricas. Verdad es que este principio ha sido combatido por algún geólogo, que partiendo de la constitución primitiva de la tierra y las transformaciones que después ha sufrido, sostiene que han sido siempre unas las condiciones climatológicas del globo. Empero, contra esta aseveración basta apenas tener en cuenta, por lo que se refiere á la raza humana, que los habitantes del Norte y los del Ecuador presentan diferencias que, aun cuando no afectan la esencia de su organismo, sí modifican su modo de ser moral. Para corroborar esto, bastaría apenas hacer un paralelo entre la brillante imaginación y fecunda actividad de los habitantes de las regiones cálidas, con la indolencia habitual que demuestran generalmente los de las regiones frías.

Para nosotros es fuera de duda, que el hecho de haber nacido Policarpa en medio de cierta fermentación política, bajo un cielo siempre sereno, y en un clima templado, circuido de rientes horizontes, contribuyó á su actividad patriótica y pasmosa energía de carácter ; que bajo éste ó aquél punto de vista, y en éste ó aquél concepto de

©Biblioteca Nacional de Colombia

la crítica histórica, se prestó á fundar la libertad é Independencia de una vasta región que proseguirá, no obstante los infinitos desfallecimientos y catástrofes á que el orgullo de los unos, la envidia de los otros, y la vanidad de todos la ha sometido, en el camino de la República.

Insistimos: los alrededores de la Villa de Guaduas, en extremo confortables al espíritu y deliciosos á la vista, y aquella vida llena de esperanzas de muchos de sus habitantes, entre los cuales no eran de los menos ardorosos patriotas el Cura Beltrán y Salabarrieta, influyeron en una alma, por otra parte inspirada, á crear ese sentimiento supremo que había de ayudar á destruir el espantoso infortunio de dos millones de hombres, sometidos por el espacio de tres centurias á una desolación de que hay pocos ejemplos en la historia.

Policarpa no frecuentó la escuela pública más allá de la edad de once años; cosa que debe tenerse como punto fuera de discusión, si se considera que en aquellos tiempos los maestros que iban á las escuelas de las parroquias de poco censo, no eran aventajados en conocimientos, y poco tenían, por consiguiente, que trasmitir; y si se tiene en cuenta, por otro lado, que hacia principios del año cuarto del mando de Mendinueta, la jovencita era ya como un miembro de la corta familia del Cura de la Villa.

El parentesco espiritual que había adquirido la señora Margarita con Salabarrieta y su esposa, era suficiente causa para que el Sacerdote les prodigara también su simpatía; fuera de que éste y aquél se encontraron, acaso

©Biblioteca Nacional de Colombia

desde el momento en que se conocieron, un punto de contacto que los estrechaba cada vez más.

El Cura era, como lo hemos dicho, un hombre esencialmente religioso, lleno de fortaleza para cumplir su deber, y ajustado á lo que creía bueno. Amigo de los humildes y de los oprimidos, juzgaba que los soberbios y los opresores carecían de razón y violaban la ley de Dios. Salabarrieta, en su calidad de desheredado y oprimido, creía que estaba en su derecho para protestar contra la soberbia y la tiranía, y con estas ideas, á las que solían dar frecuente expansión, comunicándose sus intimidades, fueron remontándose por el hilo sutil del pensamiento, hasta llegar á ciertas cuestiones trascendentales en que se pusieron de acuerdo y cuya solución fue ésta: "El hombre no puede ser feliz sin la justicia, ni puede progresar sin la libertad."

La intimidad á que llegaron estos dos personajes fue en extremo propicia á Policarpa, pues que el Sacerdote acrecentó su cariño por ella, hasta el punto de llegar á quererla como á una hija.

La pródiga naturaleza suele otorgar al hombre por un lado, lo que por otro le niega. Sujeto el Cura al celibato, y sometido por su propio decoro á una castidad inviolable, tenía, á falta de ciertos placeres, una hermana que lo adoraba como á un sér sobrenatural, y había encontrado una niña que le prodigaba celestial afecto.

El amor que estos tres séres se tenían, puede medirse por el sentido del siguiente diálogo que tuvieron en el

©Biblioteca Nacional de Colombia

cuarto de costura de la señora Margarita, en la tarde de un esplendoroso día de Diciembre.

—No te gusta jugar? preguntó la señora á Policarpa.

—Nó, madrina.

—Y por qué no te agrada?

—No sé decirlo.

—Tutéame, como yo lo hago.

—Madrina es superior á mí, y no debo perderla el respeto.

—Te doy permiso para que lo hagas.

—A pesar de esto, jamás me atrevería.

—En este instante puso el Sacerdote un breviario en que estaba leyendo, sobre una mesa en la cual se hallaba apoyado, y se dirigió á Policarpa en estos términos:

—Niña, es necesario que usted haga lo que la dice mi hermana.

—No puedo.

—Y eso?

—Me da pena.

—Vaya!

—Además, en la cabeza de mi madrina asoman ya las canas, y he oído decir muchas veces al señor Cura que las canas no se tutean.

—Cuándo he dicho yo tal cosa?

—El domingo pasado.

—En dónde?

—En la Iglesia, antes de la misa.

—Oh!

—Mala costumbre es, dijo en el púlpito el señor Cura,

©Biblioteca Nacional de Colombia

reprendiendo ciertas costumbres de los niños malcriados, que los hijos tuteen á sus padres, que son su segunda Providencia, porque esto es una falta de respeto y hasta un pecado.

—Mi hermana no es su madre de usted.

—Sí lo es.

—Cómo ?

—También he oído decir al señor Cura, que una madrina es una segunda madre.

—Es cierto.

—Y la mía me trata como si yo fuera su hija.

A estas observaciones, el Sacerdote desistió de su demanda, y con la ternura que le era habitual puso su mano derecha sobre la cabeza de la jovencita, y la dijo mirándola con no poca atención :

—Vivir sin pecar es el sueño de los ángeles! Hace usted bien en todo.

—En todo nó, replicó la señora Margarita.

—Acaso he hecho algo que disguste á mi madrina ?

—Nó, nó, hija mía. Es que no estoy muy contenta con tu manera de ser.

—Y la razón ?

—Porque no me gustan los niños que viven melancólicos y pensativos.

—Yo estoy siempre alegre.

—Nó, estás triste, y á mí me complace que la infancia sea juguetona, grite, ría, se pasee sobre la hierba y en los bosques, corra detrás de las mariposas, chupe la miel de las flores, arranque sus verdes hojas á los arbustos, y.....

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Se complazca, agregó el Reverendo, de los grandes espectáculos que diariamente nos ofrece la naturaleza!

—A mí me parece todo lindo, y en esta casa estoy muy feliz.

—Entonces por qué es que jamás te veo jugar?

—Porque no tengo este placer.

—Si así fuere, medite, volvió á decirla el Cura. Hay la tarea palpable, que todos hacemos y vemos; y la tarea invisible, que sólo uno ve y comprende. Sócrates fue pensador desde los siete años, es decir, meditaba. Horacio hizo versos apenas cumplió tres lustros, esto es, obraba. Estos dos hombres fueron grandes, aunque de distinto modo; pero yo estoy por Sócrates sobre Horacio. Me gusta más la tarea invisible.

Al oír este discurso, la señora Margarita y Policarpa quedaron estupefactas, pues que nada podían penetrar de las palabras del Cura, quien después de una breve pausa continuó:

—Jesucristo, que nos redimió del pecado, ni jugó cuando niño, ni rió cuando hombre! San Juan hizo su Apocalipsis, que es una visión divina, al través de muchos años de meditación! San Diodoro, dos veces santo, santo como hombre y santo como Obispo, meditaba y lloraba desde que vino al mundo. Son signos de toda gran vocación el silencio y el recogimiento.

—Amén, dijo como distraída la señora Margarita, y el Clérigo prosiguió:

—Niña, usted es una persona formal, que piensa,

©Biblioteca Nacional de Colombia

y el pensamiento es una luz que penetra en las profundidades del porvenir. Que la Virgen María la guíe.

Al escuchar esta frase, "La Virgen María," la jovencita se arrodilló delante del Sacerdote, y abrazándole las rodillas le dijo:

—Señor Cura !..... y quedó como en éxtasis.

El Ministro la bendijo y se retiró en seguida. Sin duda había penetrado en el interior de su alma, y visto el fecundo germen que en ella se desarrollaba.

La primera y segunda infancias de Policarpa, desde su nacimiento á los siete años, y de los siete años á la pubertad, le fueron tan gratas, cuanto lo permitían su sexo, condición y los elementos que la rodeaban. Su carácter serio y severo, más parecía el de una persona en pleno desarrollo de las facultades de la razón, que el de una niña.

Jamás se la vió jugar, ni cuando estaba en la escuela, en que el alborozo de sus inocentes y gentiles compañeras la convidaba á la candorosa alegría. Siempre meditabunda, á pesar de estar dotada de una imaginación viva, huía del bullicio, para recogerse ante sus visiones interiores, tanto más serias mientras más penetraba en los enigmas de la vida.

Dotada de natural altivo é imperioso, no sabía obedecer sino por convicción, y gustaba de imponerse cuando se la desatendía; no porque á ello la llevara la soberbia, muy propia de la infancia, sino porque tenía una idea bastante acentuada de su superioridad.

Gustaba, como sucede á todas las inteligencias que

©Biblioteca Nacional de Colombia

no se contentan con tocar la superficie de las cosas, de averiguar el por qué de lo que pasaba á su alrededor, y mucho más si interesaba á su espíritu. Así, apenas pudo razonar, eran frecuentes las preguntas que hacía, especialmente al Sacerdote. Interrogantes, unas veces capciosos, y otras de una profundidad tál, que causaban asombro al Cura, el cual se expandía con ella en vista de la atención con que era escuchado, y del convencimiento que tenía de que sus palabras eran á semejanza de semilla sembrada en terreno fecundo.

No insistimos en algunos detalles relativos á la vida de los primeros años de Policarpa, porque creemos que basta lo dicho para formarse una idea completa respecto de los instintos de esta mujer excepcional, cuya grandeza apenas está empezando á vislumbrar la patria agradecida.

CAPITULO V.

Primer viaje de Policarpa á Santafé.

Hasta después de cumplidos catorce años, Policarpa franqueó los límites de su Villa ó país natal. Fue á mediados de mil ochocientos nueve que un acontecimiento inesperado la proporcionó la salida á los antiguos dominios de los Chibchas, para dirigirse á la ciudad fundada por el intrépido Jiménez de Quesada.

Hé aquí la causa de este viaje, tal vez soñado por ella muchas veces, pero imposible de realizar por las circunstancias especiales pecuniarias de sus padres.

Juzgamos que era un domingo del mes de Junio,

©Biblioteca Nacional de Colombia

cuando el señor Cura Beltrán, antes de empezar la misa dominical, subió al púlpito con paso tardío, la cabeza inclinada al suelo y marcado abatimiento. Los circunstantes que se fijaron en él, no pudieron ver sin gran sorpresa en su exterior edificante, el gran desconsuelo de que estaba poseído.

El Sacerdote ocupó la sagrada cátedra, y después de explicar algún punto de doctrina con la elocuencia que le era habitual, se despidió para siempre de sus queridos feligreses, asegurándoles que pediría de continuo al cielo por su felicidad.

Un rayo que hubiera caído en mitad de la Iglesia, no habría causado en las personas que la ocupaban mayor inmutación que las sentidas palabras del Sacerdote.

Pasado el primer momento, muchas gentes prorrumpieron en copioso llanto, al considerarse huérfanas de quien tánto las había amado.

Terminada la misa, una gran parte de los que á ella asistieron, juzgaron oportuno dirigirse á la habitación del Ministro, para rogarle que no los abandonara.

En efecto, á poco el señor Cura se vió rodeado de muchas personas de distintos sexos, que habían convenido en dar la palabra á Salabarrieta, por quien se sabía que el Padre tenía alta estima, para que le hablara en el sentido de su deseo.

—Señor Cura..... le dijo el comisionado, con el respeto propio de los hombres humildes.

—Qué hay?

—El señor Cura está enterado de que todos los habi-

©Biblioteca Nacional de Colombia

tantes de esta Villa lo estimamos tanto como hemos sido queridos.

—De ello no me cabe duda.

—Debe saber también, que si nos abandona, jamás será por nosotros suficientemente sentido.

—Agradezco tánta bondad.

—Señor Cura.....

—Qué se quiere de mí?

—A nombre de todos los paisanos aquí reunidos, y de muchos más que no han podido penetrar en este recinto, vengo á exigirle que se quede.

—No me es posible.

A este "No me es posible," una vieja melindrosa y fullera replicó:

—En alguna ocasión he oido decir al señor Cura, que nada hay imposible para la voluntad del hombre.

—Si he dicho eso, he blasfemado.

—Y por qué?

—Porque por encima de las determinaciones humanas está Dios.

—Y qué tiene que ver Dios con la resolución que el señor Cura ha tomado?

—Tiene que ver que yo no soy el dueño de mi voluntad.

—Nada comprendo!.....

—Sepa usted, señora, que así como el Obispo le debe obediencia al Papa, que es el Jefe de la Iglesia universal; el clero en cada Diócesis le debe sumisa obediencia al Obispo, que gobierna la Iglesia particular.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Qué más?

—Pues bien, yo debo obediencia á mi Obispo. El me ha mandado llamar, y acudo. Lo contrario sería faltar á la disciplina, y entre nosotros la disciplina es una regla inviolable.

—Por qué no se excusa el señor Cura? interrumpió Salabarrieta, quien no estaba muy satisfecho de que una tercera persona lo hubiera interrumpido en el uso de la palabra.

—Me pregunta usted por qué no me excuso?

—Sí señor.

—Ya lo he hecho.

—Y nada se ha obtenido?

—Nada. Debo partir dentro del tercero día.

—Imposible! dijeron muchas voces á un tiempo.

—Basta, amados míos, exclamó el Ministro levantando las manos. El hombre libre sirve donde quiere, el Sacerdote donde puede y le mandan. Se me ordenó trabajar en esta Villa, y en ella he trabajado por el espacio de diez y seis años. Ahora bien, como todos cuantos me escuchan me han estimado y sido buenos, los bendigo.

Era más de lo que los oyentes podían escuchar de su Pastor, para volver á renovar la escena de lágrimas que había principiado en el Templo.

El Cura en presencia de estas manifestaciones, se sintió atribulado, y solicitó de sus fieles, no pudiendo disfrazar su pena, que le permitieran retirarse.

En efecto se dirigió á la pieza contigua, que solía habitar su hermana; abrió la puerta que estaba entorna-

©Biblioteca Nacional de Colombia

da, y al llegar al quicio se volvió á la concurrencia y la dijo:

—Las miras del Señor son siempre desconocidas, pues que Él lo determina todo valiéndose de medios inaccesibles á nuestra débil inteligencia! Nada hay más peligroso que la felicidad mundana, ni tampoco nada más versátil! Así, el buen juicio no debe considerar como un mal los contratiempos.

Al decir estar palabras desapareció, y los oyentes fueron desfilando silenciosamente hasta que la casa cural hubo quedado sola.

Lleguemos ahora, por un instante, á la pieza de la señora Margarita.

Cuando el Cura entró en esta habitación, encontró á su hermana y á Policarpa haciendo líos y guardando objetos de sobre-mesa en un par de baúles. Dos ó tres horas hacía que se hallaban en esta ocupación, mudas y afligidas como las cristianas vírgenes de Verdume. Pensando en la ausencia, y en una ausencia tal vez definitiva, ninguna de las dos se atrevía á dirigir á la otra la palabra, respetándose cada cual en su inmenso dolor interior.

El Sacerdote, con ese tacto moral que le era propio, se sentó en un canapé fingiendo la actitud de un hombre cansado que desea reposo; y manifestando una emoción contraria á aquella de que estaba poseído, dió principio á la conversación·

—Qué piensa usted hacer, Policarpa?

—Yo?... Sufrir.

—Quisiera irse con nosotros?

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Lo que mi madrina disponga.

—Yo acepto lo que mi hermano quiera, dijo la señora Margarita, limpiándose con su blanco pañuelo de algodón unas gruesas lágrimas que asomaban á sus ojos.

—Entonces, Policarpa, replicó el Cura, usted nos seguirá, si sus padres lo permiten.

La joven que tenía una alma hecha para la reflexión, terminada la frase del Sacerdote, agregó:

—Al menos los acompañaré por algunos días, hasta tanto que me pueda conformar con el pesar de la separación.

—Con que es cierto que nos quieres mucho?

—Muchísimo, madrina. Acaso no les debo mi gratitud?

—Salabarrieta ha de venir esta noche, dijo el Cura, y hablaré con él.

Y al manifestar esto, cargó su espalda sobre el canapé; estiró las piernas; cruzó los brazos sobre el pecho, y cerró los ojos.

Comprendiendo entonces su hermana y Policarpa que deseaba dormir, ó al menos descansar de la fatiga en que se hallaba, salieron de la pieza tratando de evitar aun el menor ruido; empero, al salir oyeron que dijo como si estuviera solo:

—Qué joven!... Hace días que veo en ella mucho de magnífico!.....

A las ocho de la noche del día á que aludimos, la familia Salabarrieta, la señora Margarita y el Cura, regalándose con sendas jícaras de espumoso chocolate, arreglaban el viaje de Policarpa.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Se comprenderá que no era cosa muy sencilla para los padres de la joven la separación, aun cuando fuera por poco tiempo, de un miembro de familia para ellos tan distinguido. Al menos la Ríos, ya achacosa, no podía conformarse, á pesar de las conveniencias que en ello había, con la ausencia de su hija, que era á la que más distinguía.

No obstante todo, los vecinos de Guaduas, más ligados al Cura por el cariño, presenciaban, al tercer día de las escenas que hemos descrito, á eso de las seis de la mañana de un hermoso día, la separación del Clérigo, su hermana y la joven Salabarrieta.

El primer viaje de Policarpa á la Capital del Reino tuvo, pues, lugar el año sexto del Gobierno de Don Antonio Amar y Borbón, y no como se ha pretendido por algún historiador, el año de diez y seis bajo la tiranía de Morillo.

El fin que traía al Reverendo Padre Beltrán á Santafé, no nos es posible precisarlo. Lógico es creer que vendría á desempeñar algún curato de los en que estaba dividida la Capital, que era también en aquel tiempo, como lo es hoy, cabecera de Arzobispado.

Es muy natural que las grandes poblaciones sean un mundo insoportable para los espíritus que desarrollados en los pequeños centros, se sienten gravemente contrariados bajo el imperio de costumbres á que no han estado sometidos. En cuanto á Policarpa, no le aconteció esta novedad. A pesar de que Santafé tenía el cielo menos limpio y risueño que el de la Villa, y de lo distinto del clima y de los hábitos, la joven no extrañó estos cambios.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Poco tiempo después de su arribo á la ciudad, talvez á la segunda semana, la señora Margarita, engalanándola con un traje negro de sarga de poco costo, la llevó al Templo Catedral, y en presencia de tan famoso monumento quedó su ánimo embargado, exclamando al salir :

—Qué bello es el mundo, y cuán grandes los hombres que saben hacer estos prodigios !

Nuevos sentimientos tuvieron que levantarse en su alma delante de cosas para ella desconocidas; sentimientos que darían lugar á otros ensueños y esperanzas muy á propósito para fortalecer sus instintos.

Santafé, bueno es que lo dejemos consignado, fue á fines del año de nueve y á principios del año de diez, tiempo en que habitó la ciudad Policarpa, un campo de disputas políticas y religiosas ; penetrando el espíritu de discusión y polémica, más verbal que escrita, aun en el hogar de las gentes menos dadas á la controversia.

Los frailes dominicos y, sobre todo, los agustinos, que se creían superiores en ciencias, literatura y conocimiento de los Textos sagrados, al clero secular, discutían con éste acaloradamente puntos de Teología é historia sagrada, engolfándose en la explicación de algunos pasajes controvertidos.

Por su parte los laicos estudiaban con pasión puntos de doctrina política, y con bastante frecuencia sus polémicas degeneraban en serias molestias personales.

La casa del Padre Beltrán, según puede colegirse del contexto de algunos documentos, era uno de los centros más acalorados. Allí asistían entre otros discutidores exal-

©Biblioteca Nacional de Colombia

tados, el jurisconsulo Camilo Torres; el atrevido José María Carbonell; el infatigable Joaquín Gutiérrez, que escribía una hoja picante; el tribuno José Acevedo Gómez; de vez en cuando el agustino Diego Francisco Padilla, y el dominico Ignacio Mariño, que tan poderosa influencia debían ejercer en los destinos futuros de su país.

Amar, Gobernante sin ápice de malicia, era conocedor de la fermentación popular que á su vista se desarrollaba, pero confiaba mucho en su Poder; y vivía, por otra parte, muy preocupado con lo que á la sazón ocurría en la Metrópoli, cuya política contribuía á la libertad é Independencia de las Colonias

Muy probable es que Policarpa, observadora, y ávida de sensaciones, presenciara desde alguna pieza vecina, bien francamente, ó bien á hurtadillas, las discusiones que se tenían en la sala de recibo del Sacerdote, y que estos debates, en que campeaban las ideas revolucionarias, llevaran á su espíritu cierta luz de que necesitaba para poseerse debidamente del sentimiento de su extraordinaria misión.

CAPITULO VI.

El regreso.

En uno de los primeros días de Mayo de mil ochocientos diez, Salabarrieta se presentó una mañana en Santafé en casa del Padre Beltrán.

Grande fue la alegría de éste y de la señora Margarita, al ver de nuevo al viejo, aunque humilde amigo, y mucho mayor la de Policarpa al abrazar al autor de sus días.

©Biblioteca Nacional de Colombia

El labrador venía á la Capital á llevar á su hija para Guaduas, por razón al estado de alarma en que estaba la sociedad, á consecuencia del curso que tomaban las cuestiones políticas, próxima una revolución que todo el mundo veía, menos el piadoso Virrey.

Para que se conozca el peligro en que éste mandatario se encontraba, basta que copiemos el siguiente diálogo que tuvieron el Sacerdote y Salabarrieta, una vez que hubieron quedado libres de testigos que los oyeran.

—Con que está próxima la guerra?

—Así parece.

—Y el señor Cura la apoya?

—En cuanto es compatible con los deberes de mi ministerio. La religión de Cristo es esencialmente democrática, esto es, está por el derecho de todos, en vez de aceptar el derecho de unos pocos.

El labrador meneó la cabeza en señal de asentimiento, y el Reverendo continuó :

—Vea usted. Nuestros actuales mandatarios lo quieren todo para sí, y en su engreimiento sólo tienen desprecio por el pueblo.

—Es evidente.

—El Virrey es un buen hombre, esto es innegable, pero de su bondad abusan los que lo rodean, para hacer á la sociedad cuanto mal pueden.

—No hay duda.

—Partiendo de aquí, es preciso enfrentarse al Gobierno; no dejarle un rato de descanso ; disputarle todo ; sacar ventajas de lo inesperado, y luchar sin más piedad que aquella que aconseja la clemencia.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—La clemencia? Acaso la tuvieron para con nosotros los que nos burlaron en mil setecientos ochenta y uno?

—Usted toma parte en el movimiento, Salabarrieta?

—Mientras más vivo, más me convenzo de que debemos trabajar por ser libres.

—Sublime!

—Por mi parte, haré cuanto pueda por vengarme. Me hicieron trabajar dos años en los caminos públicos, al sol y al agua, con el látigo sobre la espalda!..... Caramba!... Esto exige de mí algo terrible!

—Bueno es que usted por amor al bien, á la justicia y á la humanidad, luche en la medida de sus fuerzas; pero no debe olvidar, que si para los Comuneros no hubo compasión, es preciso que los Comuneros y sus descendientes, si logran sus miras, tengan clemencia para con los vencidos. El perdón de las faltas es una gran virtud!

—Así es.

—Salabarrieta, la lucha que va á empezar en breve, lleva en sí un pensamiento fecundo.

—Cuál?

—La supresión de todo parasitismo por el trabajo libre, y la abrogación de las prerrogativas legales.

—Llegaremos allá?

—Confío en que los vencedores sabrán utilizar la victoria, sacando partido de nuestras riquezas naturales, y repartiendo nuestros terrenos eriales entre el pueblo infeliz, que habrá de trabajarlos en beneficio común.

—Es una santa idea!

—Preciso es, por otra parte, que el derecho, que es

©Biblioteca Nacional de Colombia

un salario innato concedido por Dios al hombre, se encarne en la ley.

—Convenido.

—Y es preciso también, que el Gobierno en vez de sostener la miseria, trate de desterrarla.

—Por supuesto.

—Y más preciso es aún, que el pueblo se acostumbre á formular su pensamiento con estas cuatro palabras : Independencia, libertad, justicia y progreso.

—Muy bien !

—Además, nada de amos.

—Corriente.

—Nada de esclavos.

—Nada.

— Mucha enseñanza.

—Mucha.

—Abajo las tinieblas que amordazan.

—Abajo ! exclamó el labrador entusiasmado.

Al llegar aquí, la mirada abrasadora del Padre se hizo más viva, y Salabarrieta feliz, con lo que acababa de oir, se movía para un lado y otro, y respiraba recio como si acabara de hacer una gran jornada y faltara el aire á sus pulmones.

En el momento el Sacerdote tomó una actitud pensativa, como si estuviera dominado por un tenaz pensamiento, y el labrador, pretendiendo sacarlo de un grave apuro, le preguntó :

—En qué piensa el señor Cura ?

—En el porvenir.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Será bueno?

—Así lo juzgo. La criatura humana ha sido hecha por Dios, no para arrastrar cadenas, sino para desplegar alas.

Este lenguaje, si bien era para Salabarrieta agradable armonía, no por esto dejaba de ser confuso.

—Amigo, continuó el Reverendo, con esa elevación y lucidez de palabra que le era peculiar, lo que la revolución está pensando en estos momentos, es extraordinario. Sepa usted que ya empiezan á bosquejarse grandes cosas!

—Ojalá.

—Pronto saldrán del país Don Antonio Amar y Borbón y su mujer, que es una cabeza infernal!

—Gracias á Dios.

—Cuando esto suceda, nos gobernarán nuestros paisanos.

—Será el más significativo de nuestros triunfos.

—Qué días tan grandes los de la Patria libre!

Cruzadas estas frases, y otras en que el Sacerdote hizo á Salabarrieta, en cuya discreción creía, algunas revelaciones respecto de los planes revolucionarios, recayó la conversación sobre Policarpa, por la circunstancia de haberse hecho presente la señora Margarita.

—Y mucho les ha dado que hacer la joven? preguntó el huésped á la señora.

—Todo lo contrario: juiciosa, obediente é interesada por nosotros, nos ayuda y alegra.

—Su hija de usted, agregó el Padre, tiene condiciones excepcionales y raras en su sexo.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Si eso fuera cierto...

—Se lo aseguro. La joven empieza la primavera de a vida, y en esta edad no hay mujer que no tenga la frivolidad del lujo, pensando ya en los medios de agradar.

—Con que sí?

—Ya se ve. Policarpa siempre viste en contra del uso; porque ha de saber usted que mi hermana no es amiga de las modas sino cuando han pasado.

—No me gusta el orgullo, replicó la señora.

—Pues bien, su hija, á pesar de estar al corriente de que su vestido no va al gusto del día, ni por la tela, ni por el color, ni por el corte, se resigna sin decir palabra.

—Hace bien; porque de lo contrario, quién habría de sostenerla el lujo?

—El lujo, dijo el Padre, como hablando consigo mismo, es una estupidez en los hombres, y el puente por donde bajan las mujeres frívolas y orgullosas al abismo de la perdición!

—Sin duda.

—Vea usted, pues, que Policarpa es una joven de mérito.

—Dios habrá de premiarme en mi hija.

—Sepa también, que tiene inteligencia muy lucida.

—Cuánto me alegro!

—Cuando deja su modo de ser meditabundo y da en hablar, dice cosas que admiran.

—Es raro en su edad!

—La gusta, por otra parte, pensar en todo, aun en las cosas más difíciles de comprender.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Prueba de que tiene juicio.

—Y mucho.

—Todo eso me encanta.

—También gusta de leer.

—Siquiera buenos libros?

—Por lo general no hay malos libros, Salabarrieta. Lo que hay son rudas inteligencias, que se asimilan lo malo y desdeñan lo bueno.

—Quién sabe!

—Todo libro es un razonamiento, todo razonamiento envuelve una idea, y toda idea es luz que vivifica.

La señora Margarita al oir el concepto de su hermano sobre los libros, teniendo el convencimiento, como lo tienen las personas timoratas, de que á excepción de los cuadernos de oraciones, todas las demás obras son pésimas, refunfuñó algunas palabras por lo bajo en señal de protesta, y volviendo luégo á su hermano y á Salabarrieta, les preguntó:

—No quieren ustedes comer todavía?

A esta pregunta, el Sacerdote sacó una muestra de plata que tenía en el bolsillo de su chaleco, y después de haber visto la hora, dijo:

—Vamos, Salabarrieta, usted tendrá ya hambre y yo también.

Y los tres se encaminaron al comedor.

Preciso es que se sepa que el Padre Beltrán no era gastrónomo, ya porque nunca había querido tener más de lo necesario, á pesar de haber gozado de pingües rendimientos, ya porque concienzudamente creía que el hombre debía comer para vivir, y no vivir para comer.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Así, en su casa se notaba lujo de limpieza, á la par que mucha humildad en la alimentación y el mobiliario. Para convencerse de esta aseveración, basta apenas que describamos el comedor, que es la pieza donde las gentes ostentosas suelen tener bastantes comodidades, seguramente por aquel principio de Bocaccio: "Con buen servicio no hay manjar malo."

Esta estancia que era reducida, carecía de estera y de papel, pero en cambio, los ladrillos del piso, que la señora Margarita hacía lavar, al menos todos los sábados, parecían acabados de sacar del horno, conservando intacto su color de fuego; y las paredes, pintadas de cal mezclada con yeso, no tenían la más imperceptible mancha.

En el centro del comedor había una pequeña mesa cuadrada, en la cual cabían cuatro personas, y sobre ella un mantel aborlonado de hilo de algodón, manufactura del país, tan blanco como la nieve.

Era costumbre muy inocente en los tiempos á que nos referimos, el hecho de que las personas pudientes, y sobre todo el clero que se llamaba "de campanillas," se regalaran con vajilla de plata; empero, el Padre Beltrán, quisquilloso en esto de la ostentación, jamás abrigó tal pensamiento. De suerte que los cubiertos de que se servía eran de hierro batido, y los platos de estaño.

Al rededor de la mesa había cuatro asientos. Una gran silla á la cabecera, del tiempo de antaño, bastante estropeada y forrada en damasco encarnado; dos taburetes de guardamesí á uno y otro lado, y al pie un banco de madera.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Todo el lujo en el servicio del comedor consistía en una bandeja ovalada ; una sopera ; una gran jarra de loza finas, y media docena de vasos de cristal en los cuales se servía el agua.

En cuanto á la comida, los alimentos favoritos del Reverendo eran : el pan, la leche, las legumbres, algunos cereales y carne de res. Aves y vino, sólo se servían en aquella casa por pascua florida.

Entrado que hubieron el Sacerdote, Salabarrieta y la señora Margarita al comedor, apareció en él Policarpa, no poco agitada y con las mejillas encendidas, como si hubiera estado en la cocina, y todos se sentaron en el orden siguiente : el Padre, en su silla ; su hermana y el huésped, á uno y otro lado, y Policarpa al frente del Cura.

El Ministro bendijo la mesa, y después de una corta oración que todos balbucearon, empezó la comida, que por ser tan escasa, no alcanzó á durar una hora ; luégo de lo cual se levantaron los concurrentes y pasaron á la sala de recibo.

Allí, con voz entrecortada y bastante pena, manifestó el labrador el motivo de su viaje.

—Con que nos quita usted á mi ahijada ?

—Es preciso, mi señora.

—Ha escrito ella para que la lleven ?

—Todo lo contrario.

Al oír Policarpa la pregunta que la señora hacía á su padre, se volvió y la dijo con aire marcado de sorpresa :

—Cómo se figura mi madrina que pueda dar cabida

©Biblioteca Nacional de Colombia

en mi corazón á la ingratitud? Yo estoy aquí feliz, se me atiende, educa y considera, qué más puedo apetecer?

—Dios te bendiga por esos buenos sentimientos, hija mía.

—Entonces, volvió á decir la señora Margarita á Salabarrieta, por qué se va mi ahijada?

—Porque ya ha estado ausente de nosotros mucho tiempo. Además, los días que vienen pueden ser calamitosos, y es justo que la familia esté reunida.

—Nada entiendo de lo que usted dice.

—Que el señor Cura se lo explique.

—Vea usted, hermana, exclamó el Reverendo; á mí me causa como á usted mucho pesar la separación de Policarpa, tan buena y tan pura, pero es preciso ser razonables y no dejarnos llevar por el afecto, porque descenderíamos al egoísmo. La joven á quien tánto hemos querido, forzoso es que comparta su corazón entre los suyos y nosotros; querer sustraerla de las personas á quienes debe la existencia, y de sus hermanos, á quienes está obligada á tributar su cariño, es una pretensión indebida y poco cristiana. Policarpa debe ir al lado de su familia, y luégo, si el mañana nos fuere propicio, volverá á nuestro lado.

Ante este razonamiento, la señora Margarita guardó silencio, no sin haber lanzado unos tantos suspiros, pruebas inequívocas del pesar que la causaba la separación de su ahijada, quien, por otra parte, se había hecho digna del cariño que se la rendía.

Al día siguiente, Salabarrieta y su hija tomaban camino de Guaduas, jinetes en mulas sonsas.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Pintar ó describir este viaje, por las sendas veredas por donde se transitaba en aquella época, sin caminos y aun sin posadas, no dejaría de ser curioso; pero nosotros, en vista de la brevedad de esta narración, omitimos hacerlo, anotando apenas que los viajeros gastaron tres días en llegar á la Villa, á pesar del buen tiempo de que disfrutaban.

CAPITULO VII.

La envidia.

La llegada de Policarpa á Guaduas fue, por de pronto, para cuantos habían sido sus compañeros de infancia y escuela, y aun para muchas personas que estaban al nivel de su estado social, un acontecimiento.

Visitar á Santafé en aquellos tiempos, era para los habitantes de las Villas, Comarcas y campos de la Colonia, que no habían tenido tal fortuna, un hecho extraordinario.

La Capital, asiento de los Virreyes, de la Audiencia, del alto clero, y demás autoridades con jurisdicción en todo el territorio; la Capital, decimos, en donde además de lo dicho, existían las más altas notabilidades del país, y cuanto en él había de magnífico en materia de monumentos y de artes, era lugar apetecible por todos los que vivían fuera, y centro de esperanzas para cuantos deseaban brillar entre sus modestos conciudadanos. Puede decirse que los que lograban visitar á Santafé eran tenidos por séres felices, á quienes las gentes sencillas deseaban ver y hablar, para inquirir noticias y ponerse al corriente de

©Biblioteca Nacional de Colombia

cierto movimiento, propio de las grandes ciudades en que se desarrolla la vida nacional.

La célebre hija de Guaduas fue, pues, visitada á porfía por las personas de su clase apenas llegó á la Villa; causando en las que habían sido sus compañeras de escuela, especialmente, no poca sorpresa. Era la verdad que Policarpa había variado un tanto en los diez meses de su permanencia en Santafé, no tan sólo en lo moral sino en lo físico. El clima frío había cambiado el pálido de su tez por un perla sonrosado que la daba mejor aspecto; se había desarrollado proporcionalmente; sus modales habían adquirido mejor compostura y atractivo, y su conversación era más culta y delicada.

Aun conservando siempre un aire meditabundo, como sucede á todos aquellos que son dominados por una idea fija, su expresión se había vuelto más franca y viva; y obedeciendo á determinadas reglas de educación trasmitidas por sus protectores, de desdeñosa que era por cierta rigidez de carácter, se tornó en amable, atenta y complaciente.

Si sus padres hubieran ocupado en la Villa una mejor posición social, Policarpa habría formado en primera línea entre la aristocracia lugareña; pero nacida de unos pobres, aunque honrados labradores, no podía exceder los límites de la medianía, en la opinión de aquellos que pertenecían á la alta alcurnia. Además, esta joven, por muchos méritos que tuviera, era, ante la nobleza realista de la Parroquia, la hija de un rebelde contra su señor natural, el Rey, esto es, la descendiente de un Comunero, co-

©Biblioteca Nacional de Colombia

gido *infraganti*, y condenado á trabajos forzados en los caminos públicos!

Por otra parte, murmuraban por lo bajo ciertas señoras "de tomo y lomo," esa tal Policarpa es la protegida del Padre Beltrán, tan hipócrita como impío! La verdad era que para estas piadosas damas, ya el Reverendo, á pesar del sigilo y compostura que había guardado durante su permanencia en la Villa, trascendía á revolucionario.

Sabido es que nada hay más insoportable y exigente que la nobleza sin títulos, y sobre todo la de pueblo. Apoyada en falsas ideas y llena de pretensiones, juzga que nada hay debajo del sol que se la iguale, y que, por consiguiente, todo cuanto respira y se mueve la debe cumplida obediencia. Así, lleva la moda, lleva la palabra y lleva la razón en cuanto la ocurre. Se impone, humilla ó se trata de humillar, y tiene todas las pretensiones del falso orgullo que se cree omnipotente.

Cierto es que esta especie de nobleza ha pasado ya felizmente, pero al que quiera tener una idea de lo que ella era en los pasados tiempos, le basta apenas fijarse un poco en lo que es actualmente el gamonalismo campechano de nuestros pueblos: que ni hace, ni deja hacer, es egoísta, no mira sino su propio provecho, aborrece á quien no lo adula, odia sin motivo, condena sin réplica, detesta toda superioridad, y es, por lo general, nulo.

Perdónesenos este paréntesis, y volvamos á nuestro objeto.

Cuando la nobleza de la Villa supo que la señora Margarita se había prestado á ser madrina de Policarpa, dijo:

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Con que el señor Cura ha permitido que su hermana se rebaje hasta el extremo de contraer parentesco espiritual con unos pobres diablos?

Cuando la nobleza vió que el señor Cura trataba íntimamente á Salabarrieta, exclamó:

—Apenas es creíble que el Reverendo Padre tenga relaciones con semejante foragido!

Cuando la nobleza supo que Policarpa había salido de la escuela, y pasaba los días enteros al lado de su madrina, prorrumpió:

—Háse visto papanatas igual al señor Cura? Dizque llevar á su casa una triste muchacha que para nada sirve!

Cuando llegó á oidos de la nobleza que, por instancias del señor Cura, la joven había abandonado la Villa para venirse á Santafé, remontada en alas de lo absolutamente incomprensible, preguntó:

—No habrá en esto algún enredo?

Véase, pues, cómo hay gentes malévolas, y únicamente por el placer de serlo! Personas que, á semejanza de las chimeneas, necesitan de mucho combustible que consumir, y toman al prójimo para devorarlo.

Apenas volvió la joven á su tierra, la nobleza, que se había hecho el deber de no perderla de vista, juzgó que el motivo de su regreso era porque el Reverendo Padre y su hermana la habían despedido, cuando menos por inútil.

Por su parte la clase media de la población y el pueblo labriego creían que la protección que el señor Cura Beltrán había dispensado á Policarpa, era un acto de bondad que le abriría las puertas del cielo.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Bajo los anotados auspicios, y como si dijéramos, en plena saña de escribas y fariseos, volvió Policarpa á su suelo natal; aborrecida por los grandes de la Parroquia, sin más razón que el disgusto que produce la envidia y pena del bien ajeno.

Aquí es necesario advertir que la familia Salabarrieta, por circunstancias que se ignoran, había abandonado su pequeño paraíso ó casa de campo, para trasladarse á una habitación de la Villa, ubicada al suroeste de la población, cuadra y media de la plaza, la cual se enseña hoy día á los viajeros con esta frase:

—Hé aquí la casa en donde vivió Policarpa Salabarrieta!!

La joven sentía á su alrededor el bullicio de la colmena que se complacía en punzarla; y convencida de su superioridad, dejaba correr el mundo con la conciencia serena de todos aquellos que han saboreado bastante la hiel que proporcionan las luchas de la vida.

Para que nuestros lectores aprecien el modo de ser á que había llegado Policarpa, nos permitiremos contarles el episodio que va en seguida:

Un día, cierta señora de alguna edad, más realista que el Rey, descendió de su posición hasta ir á hacerla una visita á la hija del foragido Salabarrieta. En efecto, apenas se anunció al portón, que por cierto era la puerta de la sala, la joven abrió é instó á la visitante, con maneras muy finas, para que entrara y se sentase.

—Es usted Policarpa Salabarrieta?

—Para servir á la señora.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Vaya!..... No parece que usted sea esa niña raquítica que conocí yo ahora cinco años.

—El tiempo todo lo cambia.

—Cómo se llama su padre de usted?

—Joaquín, un servidor suyo.

—Corriente. Ese sugeto que fue penado alguna vez, no me es desconocido, pero había olvidado su nombre.

—Es bien extraño, viviendo ambos en la Villa.

—Estoy acaso obligada á tener presente á los hombres de la baja ralea?.....

—Gracias.

—Y qué ha dejado usted por Santafé?

—Mucho.

—Y bien repartido, no?

—Mal repartido, señora; pero es muy probable que pronto se haga un reparto justo y equitativo.

—Qué es lo que usted quiere decir?

—Quiero decir que los que han estado penados, pueden llegar hasta ser exaltados y alabados.

—Ya me habían dicho que usted era loca.

—Es posible que llegue á pasar por tál en el concepto de algunas gentes.

—En qué se ocupa usted desde su regreso aquí?

—En lo que me conviene.

—No la agrada hacer oficio?

—Cada cual tiene su tarea.

—Y su padre de usted de qué vive, desde que tuvo la brutalidad de dejar su guarida de campo, para venir á meterse entre nosotros?

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Quisiera saber, señora, si su curiosidad es pagada por alguien, ó si sólo tiene por interesado á la curiosidad misma?

—Me interesa saber ciertas cosas.

—Por pura comezón de charlar después?

A esta pregunta, la noble señora no pudo contener un movimiento de indignación, y poniéndose de pie, con los ojos chispeantes de cólera y el rostro más colorado que cáscara de granada, dijo:

—Bien sabía yo que usted es tan malcriada como pretensiosa. Pero pierda cuidado, que tengo cogido el hilo de cierto misterio, y pronto estará descifrado el enigma.

Y al decir esto salió como un huracán.

—Desde este instante, la bulla contra Policarpa subió de punto en las tertulias de la nobleza guaduera; y la señora, á quien hemos dado á conocer, que no era otra que la mujer del Corregidor de la Villa, tuvo la llaneza de quitarle á la joven su nombre de pila, y la llamó "*La Pola*," que le ha conservado el vulgo.

Este artículo "La," era en los tiempos en que le fue aplicado á Policarpa, esencialmente depresivo de la dignidad, y sólo se anteponía al nombre de las mujeres que nada valían, bien por su humilde condición, ó bien porque hubieran tenido ó tuvieran malos hábitos ó relajadas costumbres.

Cuando Policarpa se acabó de penetrar de que había gentes en la Colonia para quienes jamás cabría, nó la justicia, pero ni siquiera la piedad, dió rienda á sus poderosos y sublimes instintos, y principió la lucha colosal y gloriosa que la había de conducir al patíbulo!

©Biblioteca Nacional de Colombia

CAPITULO VIII.

Por vocación ó inspiración?

Algunos han creído que la vida heróica de Policarpa fue efecto de la vocación, esto es, de un sentimiento profundo con que Dios dotó su alma, inclinándola, como la hubiera podido llevar, sea por ejemplo, á la vida contemplativa religiosa, á destino tan extraordinario!

Otros han juzgado que la heroína se exhibió tál por inspiración, es decir, por una ocurrencia espontánea que exaltó su imaginación repentinamente, hasta llevarla á la cima del desinterés y patriotismo más acentuados.

Por lo que es nuestro concepto, opinamos que esta joven tuvo numen para empezar su carrera, razón por la cual las ideas que la dominaban se desarrollaron de un modo fecundo, merced al medio ambiente que fertilizó su infancia: el clima, una poética y risueña naturaleza, determinadas costumbres sociales; y sobre todo, el modo de ser de las personas que influyeron directamente en su educación y que sirvieron de centro á su primitiva actividad.

La sola vocación ó la sola inspiración, ó ambas, en lucha con elementos repulsivos ó antagonistas, no habrían dado á Policarpa la fortaleza suficiente para resistir á los embates de la pérfida fortuna, con que de ordinario tropiezan cuantos saliéndose de las proporciones comunes á la vida ordinaria, se remontan sobre las medianías, y aun más allá de las medianías, dejando huella luminosa á su paso por el mundo.

©Biblioteca Nacional de Colombia

La historia nos enseña que todo lo grande que aparece en la humanidad depende en mucha parte de las condiciones especiales en que nace y se desarrolla. De manera que, sin guerras, no existirían famosos Capitanes; sin artes, hábiles artistas; ni sin ciencias, esos genios poderosos que arrancan por la investigación, valiéndose de primeros principios, sus secretos á la pródiga naturaleza. Esto no quiere decir que neguemos los instintos; pero los instintos son letra muerta desde el momento en que tropiezan con elementos que se opongan á su gradual desenvolvimiento.

Para convencernos de este aserto, supongamos á Policarpa con toda su vocación é inspiración, jugando en los acontecimientos políticos de mil setecientos ochenta y uno; qué habría sido de ella?..... Cuando más, la hubiera reportado su colosal energía la suerte de Manuela Beltrán: un triste desengaño, proveniente del desfallecimiento de los suyos y de su propia debilidad moral.

Hemos dicho que si la gente que componía la aristocracia de Guaduas era, hasta cierto punto, enemiga gratuita de la patricia, entre los de su clase y los que le eran inferiores, encontró entusiasta acogida. Estas luchas son comunes en las pequeñas poblaciones; pues nada hay más á propósito para levantar eso que se llama espíritu público, que la injusticia; ni nada más favorable á la ventajosa posición de una persona, que la saña inmerecida con que se la trate. Bajo lo que puede llamarse tristes auspicios, la víctima toma vuelo, y contra las esperanzas de sus malquerientes detractores, se pone sobre ellos precisamente cuando más caída y humillada se la juzga.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Policarpa, maliciosa ya de la misión que tenía que desempeñar en el sangriento drama que en breve se sucedería, necesitó de la resistencia, y dando impulso á su genio, supo sacar de ella todo el partido posible. De manera que, más hábil que sus enemigos, se mantuvo firme ante los embates que se la hacían, y no dejó pasar en blanco aquellas horas de prueba en que las almas débiles languidecen ó se aniquilan entre los paroxismos de su propia timidez.

Como Madama Roland, tenía la joven bastante artificio para hacerse á prosélitos y ganar partidarios. En su trato con las gentes, á unos hacía gratos recuerdos; á otros manifestaba ferviente simpatía; y á todos dejaba entrever algo extraordinario para próximos tiempos.

Puede decirse que á la segunda ó tercera semana de su arribo á la Villa, su casa fue el centro político de un movimiento relativamente agitado. Salabarrieta que, como no lo ignoran nuestros lectores, sabía por el Padre Beltrán que la guerra se acercaba, contribuyó mucho á que su hija estuviera de continuo rodeada de atenciosos oyentes.

Guaduas, que era una población, casi en su totalidad, enemiga del régimen reinante, tenía por entonces no pocos Comuneros y descendientes de Comuneros, resueltos á alzar bandera contra los que habían sido sus verdugos; y de aquí uno de los motivos del séquito que Policarpa tuvo en sus primeras tentativas; las cuales si en un principio fueron veladas, se hicieron en seguida francas, desafiando los oídos particulares y la acción del Gobierno local.

©Biblioteca Nacional de Colombia

El grupo más adepto que rodeaba á la joven lo componían algunos de sus compañeros de infancia y unos pocos hombres amigos del Comunero, probablemente mártires como él y sus compañeros de campaña en ochenta y uno. Entre estos últimos, se tiene conocimiento de unos caballeros Contreras, que hicieron papel en tiempo de la *patria boba;* un sujeto de apellido Melo ; y Antonio Galeano, con quien Salabarrieta había departido desde su juventud.

Cuando tuvieron lugar las primeras reuniones patrióticas, compuestas, por lo general, de personas de poca monta, pero sinceras de espíritu y llenas de buena voluntad, se creyó por el realismo lugareño que aquello carecía de significación y que bien pronto tendría término. Verdad es que el clamor público hacía patente el peligro de una próxima revuelta, pero los que estaban encima, veían tan pequeños y débiles á los que estaban debajo, que se reían de sus faenas.

Bajo este punto de vista, tál ha sido desde el principio del mundo la manía de los mandatarios. Engreídos de sí mismos, y juzgándose omnipotentes , creen que nadie puede osar el derribarlos, y que si hay alguno tan audaz que lo pretenda, les basta hacerse sentir para sucumbirlo. " De esta confianza, dice Tácito, es que han nacido para los Gobiernos las grandes castástrofes."

El señor Corregidor de la Villa, nada patriota, pero realista de poca fé, permitía por su parte que los neófitos rebeldes se solazaran, en el íntimo convencimiento de que todo cuanto hicieran no pasaría de los límites de una frívola francachela.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Juzgaba tan débiles á las personas que se reunían en casa de Salabarrieta, y tenía de la heroína una idea tan insignificante, á pesar de que su esposa no vagaba de infundirle sospechas, que los miraba á todos, si no con absoluto desprecio, al menos con indiferencia.

Cómo se engañaba el Corregidor! Si en pasados tiempos la tiranía secular tenía enteramente muda la conciencia pública y aterrados los caracteres, para mil ochocientos diez ya no era la noche tan oscura que se dejaran de ver algunas ráfagas de luz en el cielo estrellado de la patria naciente.

Sin duda, el largo despotismo puede hacer extraviar en el hombre el sentimiento de su dignidad, pero como la especie no consiente en suicidarse llegando hasta el olvido absoluto de su derecho, apenas renace en el pueblo la idea del deber, se hace temible.

De paso debemos consignar, que existía en el realismo una preocupación que debía tener profundas raíces, y era que no creía en la ley del progreso que protege las reacciones políticas y, por consiguiente, no vislumbraba ningún ideal hacia el cual avanzaran los oprimidos al través de sus agitaciones y sufrimientos.

La guerra de los Comuneros podía haberle demostrado: en primer lugar, que el despotismo es un falso cálculo de dominación; en segundo, que los colonos podían ser capaces de sacudir su esclavitud; y en tercero, que si el instinto de libertad no se había aún cambiado en razón, y si los elementos de un nuevo orden social y político fermentaban todavía en las tinieblas del cáos, ya empezaba

©Biblioteca Nacional de Colombia

á formarse la luz de donde debía salir la República. Pero en su pedantería, no le dió á aquel acontecimiento sino el carácter de un simple hecho sin trascendencia, convencido de que los criollos,acomodados con la servidumbre, girarían siempre dentro del mismo círculo, sujetos á perpetuidad á los mismos males.

Al fin tuvieron los mandatarios su desengaño, y cuando quisieron volver atrás de su credulidad, ya fue tarde.

Veamos una pequeña, pero significativa prueba de este aserto.

Una noche pasaba el Corregidor por el frente de la casa de Policarpa, y oyó bulla en la sala que daba á la calle. Deseando cerciorarse de lo que acontecía, se paró en el quicio de la puerta y aplicó el oído ; mas aun cuando no escuchaba sino frases confusas, entró en sospechas y quiso inquirir por sí mismo de qué se trataba en aquella reunión.

Dando margen á su deseo, se fue precipitadamente á su casa, tomó la vara, símbolo de la autoridad, se puso en un alcaide y se dirigió á la habitación de Salabarrieta.

Al llegar á la puerta dió tres recios golpes y esperó. Al momento una persona de la concurrencia vino á abrirle, y el Corregidor, sin permitirse siquiera el saludo de cortesía, se zampó de un brinco, bastón á lo alto, en mitad de la sala.

—Presos, en nombre de la autoridad, dijo.

—Y por qué se nos aprehende? contestó una fresca voz de mujer.

—Por bochincheros.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Nos da la gana reunirnos.

—Vea, la Pola qué insolente!

—Insolente?

—Bien me habían informado que es usted una moza alocada.

—Crea el señor Corregidor lo que guste.

—Irá usted conmigo.

—No iré.

—Irá.

—Repito que no iré.

—No irá, agregó Salabarrieta.

—Digo que irán todos, repitió la autoridad con voz de mando.

—Y yo que no irá nadie, dijo resueltamente Policarpa.

—Nadie, agregaron muchas voces.

Ante esta general resistencia, el Corregidor quedó mohino, pues era la primera vez que se le desobedecía, y dejando su porte imperioso volvió á preguntar con no poca humildad:

—Desearía saber de qué se ocupan ustedes, pues el pueblo ya está alarmado de sus continuas reuniones.

—Con que desea saber de qué nos ocupamos?

—Ya se ve, señorita.

—Y con qué objeto?

—Porque la autoridad debe estar al corriente de lo que hacen las personas que tiene bajo su custodia.

—Eso de la custodia, sería en otro tiempo.

—Y ahora por qué no?

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Porque no todos los tiempos son iguales.

—Sí lo son.

—Sostengo que no. Antes el pueblo era siervo, hoy está en vía de ser señor.

Al oir semejantes palabras, el Corregidor soltó una estrepitosa carcajada, y exclamó:

—No hay duda, usted está loca!

—Señor Corregidor, sepa que si hasta hoy la libertad ha cedido á la fuerza, en adelante la fuerza cederá á la libertad.

—Qué está usted diciendo?

—No más amos, dijo Policarpa, con dominante acento. Muy pronto todos seremos iguales en el hecho y en el derecho.

—Loca, loca, loca! prorrumpió el Corregidor, y se lanzó á la calle con su compañero el alcaide, con esa rabia satánica que produce la contrariedad en las personas acostumbradas al mando.

Compréndese perfectamente por las frases trascritas, que en el momento á que hemos llegado de la vida de la heroína, todo lo que no era la patria libre había desaparecido de su exaltada imaginación! En presencia de este ideal, hacía un reto tremendo al Poder constituído, desencadenando sobre su persona una terrible tempestad, con esa grandeza de miras respecto del porvenir que le fue siempre sorprendente!

Tal vez muchos de los que la escucharon la noche á que aludimos, poco al corriente de lo que en realidad significaban su inspiración y vocación extraordinarias, la juzga-

©Biblioteca Nacional de Colombia

ron poco reflexiva. Empero, sus palabras fueron un paso muy avanzado en su trágica cuanto sublime carrera, desde luégo que ellas constituían una protesta formal contra la injusticia del despotismo; protesta á la cual unía su existencia de una manera indisoluble, firmemente convencida de que el Poder de la Monarquía en América empezaba á declinar á su ocaso, y llegaría á extinguirse como un astro sin lumbre en lejanísimo horizonte.

Los amigos de la heroína, resueltos á todo, y creyendo que el Corregidor había ido á buscar gente para aprehenderla, no la abandonaron en toda la noche; y es lógico creer que en aquellas horas de angustiosa espera, la joven, alejando de sus oyentes hasta la más imperceptible duda respecto de los buenos días que habían de venir, y arraigando en sus almas la convicción del próximo advenimiento de la libertad, les hablara en su entusiasmo, con esas atrevidas afirmaciones con que se expresan de ordinario aquellos espíritus de doble vista, que dominados por profundas ideas lo miran todo bajo el prisma severo de una convicción fundamental.

Al día siguiente por la mañana se disolvió el grupo de revolucionarios, bajo la sincera promesa de auxiliarse recíprocamente; pero ni en este día, ni en los siguientes ocurrió novedad alguna.

El señor Corregidor refirió á su esposa la ocurrencia de la insurgente, y aquella noble señora la trasmitió en el acto á todos los de su alcurnia. Mas la autoridad local, no pudiendo hacer nada para castigar á la loca y sus amigos, á pesar de las sugestiones de la nobleza, se enconchó

©Biblioteca Nacional de Colombia

dentro de su propia impotencia, dándose tan sólo el placer de expiar á la heroína, que debía seguir el espinoso camino del patriotismo con incomparable serenidad!

CAPITULO IX.

El triunfo.

La escena que acabamos de referir tuvo lugar en la noche del diez y ocho de Julio de mil ochocientos diez, antevíspera del pronunciamiento ocurrido en Santafé, que derrocó el Gobierno de Amar y Borbón, y proclamó la Independencia de la Patria.

Este Virrey Amar y Borbón, digámoslo de paso y con permiso de su memoria, tenía un alma cándida de niño, sin voluntad propia! Le era en todo superior su esposa, la señora Francisca Villanova, nobleza de sangre; la cual hubiera hecho gran papel, si su marido tiene la alteza de su posición y defiende su causa con malicia y brío. Era tal la bondad, paciencia y candidez del Virrey, que la señora Virreina, cuando se disgustaba con él y daba en zaherirlo, le decía: "Al fin Borbón," aludiendo probablemente al desgraciado Luis XVI.

Amar, consecuente con su apellido, concretaba toda la actividad de su vida en amar á su esposa, ocupándose poco de los asuntos del Gobierno, al cual, debemos decirlo, no era afecto, pues que varias veces renunció el mando, empeñándose para que se le admitiera su dimisión con su querido primo el Conde de Orence, sujeto de gran valimiento en la Corte española y Ministro de Estado.

©Biblioteca Nacional de Colombia

La noticia de la caída del Virrey se tuvo en Guaduas dos días después del acontecimiento. El Reverendo Padre Beltrán la comunicó por expreso á Salabarrieta, refiriéndole todo lo ocurrido con bastante precisión y claridad. "Loado sea Dios, decía al terminar su carta, que todo esto se ha hecho sin una sola gota de sangre!"

Y era la verdad. Ningún movimiento de tan trascendentales consecuencias se había efectuado á tan poco precio de sacrificios, como la caída del Gobierno Real en el Nuevo Reino de Granada. La insurrección hizo su borrasca en presencia de los mandatarios, con energía, calma y serenidad sorprendentes; pues que la gran masa popular á pesar de ser arrebatada por la elocuencia y brío de sus tribunos al más alto grado de entusiasmo, en sus trasportes de cólera, si se exceptúa algún desmán que cometiera contra la Virreina á quien aborrecía, estuvo, por lo demás, tan altiva como noble con los vencidos.

Para convencerse de esto, basta recordar que habiendo penetrado en el Palacio del Virrey el veintiuno de Julio, se descubrió la cabeza en señal de respeto ante el que había sido su Soberano, y si bien aplaudió cuando la comisión del "Cabildo extraordinario" le notificó las medidas que esta Corporación había tomado en beneficio de la libertad del pueblo, y que en realidad significaban el pleno desconocimiento de la autoridad real, mostró, á pesar de ciertas manifestaciones hostiles, no poco acato al infortunado Virrey.

Este singular acontecimiento de nuestra historia, hoy día, después de trascurridos ochenta años, despierta en

©Biblioteca Nacional de Colombia

muchos pensadores esta reflexión: ¿Por qué se dejó caer un Gobierno cuya existencia contaba trescientos años, al través de una hora de agitación?..... ¿Acaso no contaba el Poder con elementos suficientes para defenderse de los agitadores, haciendo nula su saña con un rato de energía? ¿Los destinos del Virreinato estaban sometidos solamente á la incuria y débil voluntad de Amar?

Contestemos á estos interrogantes. Así como en la vida del hombre en particular no hay hechos insignificantes, tampoco los hay sin trascendencia en la historia de la humanidad. Los grandes sucesos, como los grandes azares, como las grandes aventuras de los pueblos, jamás tienen por origen eso que nuestro débil criterio llama Casualidad. En la marcha definitiva de las sociedades hacia el progreso, Dios lo prepara todo hasta llegar al término final; de manera que, el acontecimiento de hoy, no es más que la acción lógica del acontecimiento de ayer; como el acontecimiento de mañana, es el resultado del acontecimiento de hoy. Partiendo de aquí, la revolución del veinte de Julio de mil ochocientos diez tiene su primera tentativa en los Comuneros, que demostraron, ó al menos trataron de demostrar á sus omnipotentes señores, que sobre el supuesto derecho divino de los Reyes, estaba el derecho natural de los pueblos; y tiene su segunda jornada en Napoleón, que invadiendo militarmente la España, debilitó la fuerza del Gobierno peninsular, y no permitió á su Monarca acudir en tiempo oportuno á la defensa de sus posesiones ultramarinas.

Por lo demás, aun cuando en el Virreinato existie-

©Biblioteca Nacional de Colombia

ran hombres de influencia, capaces de amar decididamente su causa, el realismo de la Colonia no contaba con héroes ; y estaba rodeado de mucha ambición repleta y mucha fortuna labrada, que no sentían sino una sed, la de la tranquilidad. Y no es, por lo común, con gentes que han realizado sus aspiraciones y viven á la sombra de la felicidad real ó ilusoria, que los Gobiernos se defienden y salvan, sino con aquellos á quienes guían lisonjeras esperanzas de un porvenir mejor que el presente en que viven.

Apenas supo Policarpa lo ocurrido en Santafé, lo comunicó con el mayor sigilo que le fue posible á sus sinceros amigos, y los invitó para el día siguiente á la plaza de la Villa, con el fin de hacer una manifestación popular.

En efecto, á la hora citada, después de haberse lanzado al aire unos tantos cohetes, y puesto á vuelo las campanas de la Iglesia, como era y es costumbre en los pueblos de origen latino cuando quieren celebrar algún fausto suceso, la heroína leyó al pueblo amotinado la carta que había recibido su padre, reservándose el nombre del autor, pues que ella sabía que el Cura Beltrán no gustaba de la ostentación.

—Juráis, preguntó entonces á los concurrentes, defender la libertad hasta la muerte ?

—Sí juramos, contestó la multitud descubriéndose y levantando sus sombreros.

—Prometéis ser soldados fieles de la patria ?

—Prometemos, volvió á decir el pueblo !

©Biblioteca Nacional de Colombia

Y dando en seguida un " Viva " general á la joven, la llevó en hombros hasta su casa. Hé aquí la primera manifestación de carácter público, que recibió la patricia, y que acaso contribuyó, no á levantar en ella el sentimiento de su misión, de que ya estaba convencida, sino esa sorprendente energía revolucionaria que supo mantener hasta su muerte.

Ahora bien, ¿ qué partido tomaron los realistas de la Villa al tener noticia de lo ocurrido ? Más asustados que la cierva ante la jauría que la persigue, unos huyeron por de pronto á los bosques, temiendo á la venganza de sus víctimas ; y otros menos culpables, se guardaron humildemente en sus casas á puerta cerrada, contando con la clemencia de los vencedores.

El Corregidor fue de estos últimos. Criollo de nacimiento, y teniendo la conciencia tranquila, se presentó poco después en casa de Salabarrieta, implorando la gracia de éste y la de Policarpa ; y habiendo sido perdonado, se decidió por la causa de la libertad, sirviendo luégo en cuanto pudo á la República naciente.

El quince de Agosto siguiente, Salabarrieta, que había sido nombrado Corregidor de la Villa á principios del mes, recibía en una casa preparada al efecto, al Virrey y á la Virreina, que salían del país desterrados por imposición del pueblo de la Capital ; que si bien aborrecía en Amar al funcionario y no al hombre, odiaba en la señora Villanova á la mujer y á la Virreina.

El Comunero, á pesar de los sufrimientos de que había sido víctima, y cuyo recuerdo exaltaba su ánimo hasta

©Biblioteca Nacional de Colombia

llevarlo á la indignación, respetando las opiniones del Padre Beltrán, que le había aconsejado la clemencia para con los vencidos, trató á los que habían sido sus Soberanos con el acatamiento que merecían su desgracia y su rango.

Hizo más, el pueblo ávido de emociones y novelero, al llegar los desterrados á Guaduas se agrupó al rededor de ellos, convergiendo todas las miradas hacia la Virreina. Esta, viéndose objeto de la curiosidad, hubo de decir alguna frase imprudente contra la multitud, y en el acto algún entusiasta patriota la echó un "Muera" que repercutió entre sus demás compañeros; entonces el Corregidor disolvió el tumulto, improbando tal acto de cobardía.

Por la noche, como muchos curiosos se agruparan al frente de la casa de los proscritos, Salabarrieta, temiendo que la señora Villanova pudiera ser ultrajada como lo había sido en la Capital, la llevó á dormir á su modesto hogar, poniéndola bajo la salvaguardia de Policarpa, por quien el pueblo tenía grandes miramientos.

La Virreina, á pesar de su carácter altivo y asaz desdeñoso, tuvo palabras muy cumplidas para el labrador y su familia. Estimando sobre todo la delicadeza de modales y energía de Policarpa, á quien, según díceres de sus paisanos, obsequió una bella cruz de oro que ésta llevó siempre al pecho.

Cuéntase también, refiriéndose á un testigo ocular, que al despedirse la señora Villanova de Policarpa, se cruzaron las siguientes palabras:

—Adiós, señorita, y para siempre, pues que jamás volveré á este ingrato país.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Aun cuando la señora lo quisiera, le sería imposible.

—Imposible!... Por qué?

—Porque el pueblo está resuelto á no admitir más amos, y menos si son extranjeros.

—Es decir que ustedes creen que la España consiente en que se la usurpen sus dominios?

—Lo que la señora cree que son nuestras usurpaciones, no es otra cosa que nuestros derechos.

—Joven, cuide de su suerte y no se precipite en un destino trágico!

Policarpa se sonrió ante estas palabras, que encerraban un sentido profético.

Para no volvernos á ocupar de Amar ni de su esposa, concluiremos diciendo que descendieron del Poder sin autoridad, pero con gravedad. Su caída, que los borró completamente del horizonte político de la Colonia, para dar lugar á un orden de cosas diametralmente opuesto, fue para la Virreina una desgracia, puesto que contrariaba su orgullo de raza; para el Virrey, la felicidad, siempre que ya estaba cansado de una posición oficial que no podía sostener.

Por lo demás, el pueblo hasta donde le fue posible ser compasivo, se manifestó digno de la victoria que había alcanzado. Como en esta especie de sacudimientos sociales, que todo lo trasforman, sólo la crueldad trae la crueldad, y la sangre, sangre que vengar, los vencedores dieron completas garantías á los vencidos, tanto españoles como americanos, siendo todos respetados en su vida y propiedades.

©Biblioteca Nacional de Colombia

CAPITULO X.

Un paréntesis.

Pasando ahora á una consideración de carácter general, diremos que la revolución de Julio, que era el hecho, tenía que ser justificada por el derecho. No bastaba destruir la obra del pasado, sino que era preciso edificar, esto es, proclamar garantías que sustituyeran el antiguo régimen: la igualdad ante la ley, la libertad de conciencia, la libertad de pensamiento, la accesibilidad de todas las aptitudes á todas las funciones, la libre apropiación, la industria libre; todo cuanto cupiera dentro del radio de la libertad racional.

Los principales autores del movimiento, mejor dicho, los que hicieron cabeza, hombres de luces, probos, atrevidos y sinceros republicanos, que compusieron el "Cabildo Extraordinario de Santafé," y que formaron en parte la "Suprema Junta de Gobierno del Reino," para satisfacer la exigencia pública acordaron entre otras cosas:

Primero: depositar en la Junta el Supremo Gobierno del Reino, y

Segundo: llamar á todas las Provincias que componían la Colonia á elecciones; á fin de que enviaran sus Diputados á la Capital, para que dictaran la Constitución que debía regir en adelante al país.

Esta convocatoria se hizo para el mes de Diciembre, y el día veintidós se reunió el primer Congreso Granadino;

©Biblioteca Nacional de Colombia

compuesto tan sólo de los representantes de seis Provincias, de las trece en que se hallaba dividido el Virreinato. Congreso que se vió á poco desconocido por la Junta; ya porque no tenía un carácter verdaderamente popular, y ya porque sus pretensiones lo llevaron hasta el hecho de querer ejercer el Supremo Gobierno de la Nación, centralizando la autoridad.

Era lo cierto que varias Provincias, entre ellas Popayán y Cartagena, no se habían adherido al movimiento de Julio; la primera porque estaba en poder del Teniente-coronel Don Miguel Tacón, realista contumaz é intrépido, que la tenía supeditada; y la segunda, porque temía que al reunirse el Congreso en Santafé, se fundara la forma central en el Gobierno, en vez de la federación que ella quería, imitando el ejemplo de los Estados Unidos del Norte.

Habiendo calado la idea de la federación, y queriendo cada Provincia ser soberana, la de Santafé reunió en Marzo de mil ochocientos once una Asamblea, á que se dió el nombre de "Colegio Constituyente;" el cual Colegio expidió el cinco de Abril siguiente el Código político que debían acatar todos los habitantes de la Provincia, á la que se llamó "Estado de Cundinamarca."

La Constitución para Cundinamarca, que debía servir de modelo á las demás que se dictaran en las otras secciones del territorio granadino, no fue aceptada por muchos revolucionarios, que queriendo imitar á los revol. tosos franceses de los últimos tiempos del pasado siglo, trataban de festinar los acontecimientos, osando una for.

©Biblioteca Nacional de Colombia

ma de Gobierno esencialmente democrática federal, bajo la libertad más amplia. Forma incompatible en un todo con los hábitos y educación de un pueblo que acababa de salir de la servidumbre.

Al fin Nariño, el traductor de los "Derechos del hombre y del ciudadano," viendo que todos los esfuerzos hechos por los patriotas podían ser nulos ante la anarquía que amenazaba devorarlo todo, asumió el Poder en Cundinamarca por exigencia del pueblo; haciendo desde su exaltación á la Magistratura alarde de sus ideas centralistas, por creer, como era lo natural, dada la crítica situación de la naciente República, amenazada en el norte y el sur por enemigos poderosos, que era la federación el sistema menos á propósito para sacar avante una causa que contaba con pocos recursos, y que no podía vencer de sus contrarios sino mediante la unidad de un plan llevado á cabo con energía y concierto.

El Gobierno de Nariño fue el principio de la guerra civil que tuvo lugar entre los patriotas, y que retardó en Nueva Granada el triunfo de la libertad, sembrando los campos, del uno al otro extremo del país, de cadáveres ilustres, que dieron su sangre á la anarquía obedeciendo á superfluas tendencias!

Mientras tenían lugar estos acontecimientos, ¿qué era de la vida de Policarpa?

Ella, que no podía intervenir en asuntos relativos al modo como se constituye un Estado, veía correr las cosas con el pesar que producen en las almas apasionadas y sensibles esos rompimientos funestos entre gentes de una misma comunión política.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Por el testimonio de Antonio Galeano, amigo y servidor muy sincero de la heroína desde su niñez, se sabe que ésta, mediante el tiempo que duró la guerra civil entre centralistas y federalistas, que fueron los nombres que tomaron los bandos disidentes patriotas, permaneció en Guaduas sufriendo la pena que la causaban las luchas entre los suyos.

Por este tiempo, sin duda, ayudó á Salabarrieta, indiferente también á la guerra, á desempeñar sus funciones de Corregidor ; en cuyo puesto fue respetado hasta fines de mil ochocientos trece. Y nada tiene de raro, que más de una medida urgente, más de un acto de audacia, y muchos oportunos consejos, se dieran á éste por aquélla, tendentes á la buena administración pública de la Villa, y á afianzar más en el corazón de los modestos pero decididos patriotas guadueros el sentimiento de la Independencia.

El mismo Galeano afirma que por los años once y doce, Policarpa, llevada de la buena intención de cultivar más su inteligencia, se pasaba las horas leyendo, y que de las lecturas que hacía, sacaba no poco provecho. Esta aseveración tiene que ser exacta, pues ya sabemos por el verídico testimonio del Padre Beltrán, que á la joven le agradaba la lectura ; y luégo por algunas cartas suyas, dirigidas á Fray Ignacio Mariño á los Llanos de Casanare, cuando estaba en plena actividad de su espiritualismo revolucionario y ejercía gran papel en los acontecimientos, se puede colegir que su alma se había fortalecido mucho, y había en ella un fondo de doctrina que atemperaba su fé.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Dedúcese, pues, por lo dicho, que se han engañado cuantos han creído que Policarpa era una moza campechana, que si tuvo muerte célebre fue por un efecto de la casualidad. O mejor, una especie de Rosa Lacombe de la revolución francesa, á quien los marselleses otorgaron corona cívica por ciertos actos de desvergonzada intrepidez, nó. Nuestra heroína, y debemos vanagloriarnos de que así haya sido, fue espíritu excelso, acaso uno de los más extraordinarios de su siglo !

CAPITULO XI.

El primero y único amor.

A pesar de que en este Libro no debiéramos tratar sino de la vida pública de Policarpa, se nos excusará el que nos ocupemos de un incidente particular, por la circunstancia de que él presenta bastante novedad en la existencia de aquella mujer, y da á conocerla en toda la plenitud de su gran carácter.

Por consecuencia de la lucha civil entre los republicanos, para mil ochocientos trece la Patria libre estaba amenazada de muerte. Por el sur del país, acaso, el horizonte estaba cargado de negrísimas nubes, que presagiaban una tempestad furibunda capaz de sucumbirlo todo: hombres é ideas.

Don Toribio Montes, encargado de la Presidencia de Quito, había levantado un ejército, que á cargo del Brigadier Juan Sámano lanzó sobre los valles del Cauca. Esta

©Biblioteca Nacional de Colombia

fuerza, después de haber cosechado algunos triunfos, ocupó á Popayán, apoderándose de toda la Provincia de este nombre.

Los libres de Santafé, justamente alarmados por lo ocurrido en el sur, dieron de mano á sus resentimientos, y se pusieron á las órdenes de Nariño, que gobernaba á la sazón en Cundinamarca.

Entre estos patriotas se encontraban muchos jóvenes valerosos y ricos en dotes de alma ; uno de ellos, Alejo Savarain, joven de buena figura y criollo de nacimiento.

Este Savarain fue comisionado por Nariño para ir á la Villa de Guaduas, á hacer un enganche de gente, que debía traer á la capital, para que ingresara en la división que el Jefe republicano preparaba contra Sámano.

El comisionado llegó á la Villa á mediados de Julio, y dirigiéndose á la casa del Corregidor, solicitó el auxilio de su autoridad en favor de la pretensión que llevaba.

Salabarrieta, deseoso de servir, puso su prestigio personal y su influencia de funcionario, á disposición del Oficial, y lo alojó, además, en su casa de habitación ; circunstancia, esta última, que dió lugar á los primeros y únicos amores de Policarpa.

Detengámonos aquí por un instante para dar una idea de Savarain, personaje importante de esta historia, y hacer conocer á la patricia físicamente.

Alejo Savarain era de elevada estatura y facciones correctas. Llevaba con gracia el uniforme de Capitán con que se le había distinguido ; y manejaba con viveza, cual si hubiera sido veterano, el sable como el fusil.

©Biblioteca Nacional de Colombia

En su actitud resaltaba el orgullo, y todos sus movimientos eran rápidos como su pensamiento.

La expresión habitual de su fisonomía, que representaba un tipo perfecto de hombre, era la amabilidad comunicativa.

Tenía el ánimo dispuesto para todo, y gozaba de un metal de voz sonoro y dulce á la vez.

Expresaba con franqueza su pensamiento, y se entusiasmaba cuando trataba de política.

En cuanto á principios, probable es que no tuviera otros que los que pudiera darle su adhesión á la libertad.

Miraba la revolución bajo el punto de vista del derecho abstracto; deseando los combates, á fin de dar paso á sus facultades hacia la gloria, que es por lo regular la ambición de la juventud.

Cuando fue á Guaduas tendría venticinco años; edad en que el hombre está en toda la plenitud de la belleza, y en que el corazón se extasía en el amor.

Policarpa, y estamos viendo su retrato al trazar estas líneas, tal vez la única imagen parecida que se tiene de ella; Policarpa, no era ni alta ni pequeña, tenía esa estatura regular, que en la mujer equivale á la pequeñez física de un hombre ya formado.

A la par de su talla estaba su musculación; así, no era ni gorda ni flanca, pero sí muy esbelta.

Sus cabellos abundantes tiraban á negros, y los usaba, ya sueltos, y ya convertidos en una gran trenza, que ataba con una cinta lacre y echaba sobre la espalda.

Su cabeza un poco inclinada hacia atrás, sobresalía

©Biblioteca Nacional de Colombia

gallardamente de los hombros, y giraba sobre el cuello con facilidad y viveza.

Su frente era espaciosa, muy bien modelada, y tenía la costumbre de ponerse sobre las sienes una rosca de pelo que la sentaba divinamente.

Sus ojos negros, velados por largas pestañas, estaban llenos de vivacidad, dejando conocer en su fugaz mirada la sensibilidad de su alma y la energía de su inteligencia.

Su nariz recta, perfectamente bien formada, y el óvalo de su cara, la daban un distinguido tipo aguileño.

Su boca entreabierta, pequeña y graciosa, casi siempre estaba risueña.

Sus manos se asemejaban á las que sabían pintar Van Dyck y Ticiano.

Policarpa era bella. Verdad es que hay tántas especies de belleza, cuantas son las diversas clases de impresiones que reciben nuestros medios de conocer; y aunque lo bello es una abstracción de límites tan vagos, como son de inexplicables los sentimientos que produce, basta que la belleza sea una creación del alma, ocasionada por la acción de cierto orden de impresiones *sui generis*, para que sostengamos que la heroína, muy capaz de producir estas impresiones, era bella.

Savaraín quiso á Policarpa á poco de conocerla. Bien es cierto que á la edad en que él estaba se tiene mucha afición por la mujer; pero nos atrevemos á decirlo, el Oficial amó á la que había de ser el sueño de toda su vida, apenas la trató unos días.

Estas impresiones repentinas no son raras, por lo

©Biblioteca Nacional de Colombia

mismo que la belleza, en lo físico como en lo moral, es un juicio puramente particular de nuestro entendimiento, y que cada cual está obligado á tributar culto á todo cuanto le admira.

Por su parte Policarpa correspondió á Savaraín ; entrando en ensueños para ella desconocidos !

Trascribimos aquí la primera conversación que tuvieron estos dos séres, á quienes si Dios negó la felicidad de la tierra, al menos hizo representar un papel en algo semejante, y otorgó un fin idéntico en el espantoso drama de su destino !

—Te presento al señor Oficial, dijo Salabarrieta á su hija, cuatro ó cinco horas después de la llegada de aquél á la Villa.

—Y cómo se llama el señor? preguntó la joven al Capitán.

—Alejo Savaraín, contestó éste.

—De dónde?

—De Santafé, señorita.

—Qué deja usted en la Capital?

—Malas noticias.

—Continúan batiéndose los patriotas, unos con otros?

—Algo peor.

—Nada puede haber peor que esto.

—Qué quiere usted, el orgullo.....

—Es detestable consejero, no es así?

—Pero, quién es capaz de probarnos que estamos en el error, cuando nos domina el amor propio?

—Usted qué es, centralista ó federalista ?

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Yo no pertenezco á ninguno de estos dos bandos.

—Hace muy bien.

—Soy patriota, puro y neto.

—Me lo había figurado.

—Por qué razón ?

—Porque á esta casa jamás llega ningún realista.

—Declaro que esa gente tiene muy mal gusto.

—O muy bueno.

—Huir de usted, que es.....

—Qué ?

—Tan linda !.....

Al oir este calificativo, las mejillas de Policarpa se encendieron ; pasó por su frente la impresión del pudor ; sus labios dejaron entrever una expresión de sonrisa ; meneó ligeramente la cabeza sobre su gentil cuello, y dijo :

—Gracias por su concepto, señor Oficial.

—Puedo asegurar á la señorita, que es sincero.

—Decía usted que hay malas noticias ?

—Sí, señorita.

—Se podría saber cuáles ?

—Don Juan Sámano ha ocupado á Popayán con un ejército de dos mil hombres.

—No es poco !

—Y ha escrito al General Nariño, manifestándole que se rinda si no quiere que el país sea devorado por la guerra.

—Y qué ha contestado el General ?

—Que lo reduciría todo á cenizas, antes de entregar su amada patria al despotismo, que es una forma de Go-

©Biblioteca Nacional de Colombia

bierno condenada por la razón en todos los períodos de la historia.

—Cuánto me encantan los militares resueltos !

—Los hombres de corazón siempre inspiran simpatía.

—Sabe usted qué piensa hacer el General ?

—Atacar á Sámano en sus posiciones, en vez de ponerse á la defensiva.

—Bravo !..... Y tiene tropas suficientes ?

—Se están levantando, hija, la dijo Salabarrieta, y el señor Capitán viene por el contingente que corresponde á esta Villa.

—Cuente usted con él, dijo Policarpa á Savaraín, con un tono de seguridad tál, como si los habitantes de Guaduas fueran cosas de que ella pudiera disponer á su arbitrio.

La sorpresa de Savaraín al oir á la joven iba cada vez en aumento ; llegando al más alto grado, cuando al siguiente día por la noche, vió reunidas en casa de Salabarrieta un gran número de personas que escuchaban con atención á la heroína, y la aplaudían con ferviente entusiasmo.

Poco después de esta reunión, y sin necesidad de que el Corregidor hiciera mayor esfuerzo, Savaraín tenía á sus órdenes cincuenta hombres que traer á Santafé, á disposición de Galeano, sujeto de alguna edad y de mucho valor. Y, debemos decirlo de paso, fue Policarpa, cuya influencia era irresistible entre los suyos, quien arrastró esa gente á la campaña ; pues aun cuando el pueblo de Guaduas era exaltado por la libertad, es

©Biblioteca Nacional de Colombia

posible que hubiera rehusado por entonces este sacrificio, si no median las exigencias de la que juzgaba su caudillo.

Savaraín duró en la Villa dos semanas, tiempo suficiente para dar pábulo á ese amor inmenso, que empezando por miradas más ó menos ardientes y palabras expresivas, concluyó por promesas y juramentos de carácter eterno.

Para dar una idea de cómo estos dos séres llegaron á comprenderse y amarse, nos basta trasmitir aquí la última entrevista amorosa que tuvieron la víspera de su separación, sentados debajo de un corpulento naranjo dulce que había en el patio de la casa, gozando del fresco de la noche bajo un cielo tachonado de estrellas.

—Con que se va usted mañana?

—Es forzoso; y créame que lo hago con el pesar más grande.

—Sí?

—No lo cree?

—Quién sabe!

—Se figura que uno se puede separar de la persona á quien ama sin ser devorado por la tristeza?

—Con que es cierto que me ama?

—Más que á mi propio amor; como á mi vida.

—Qué bueno es usted!.....

—Por qué?

—Porque querer á una joven como yo, sin mérito, cuando en Santafé hay señoritas tan bellas, es mucha bondad de corazón!

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Para mí es usted lo más casto y lindo que jamás hayan visto mis ojos.

—Se ofusca.

—La prometo que no.

—Cree que no se ha engañado, ni me engaña?

—Engañarme? Tengo profunda convicción de lo que la digo. Engañarla? Y con qué objeto? Eso sería una tontería de mi parte.

—Sepa que no me deja ser feliz la desconfianza.

—Pues es preciso que disipe toda duda y me crea.

—Usted ha querido en otra ocasión?

—Es la primera vez que me apasiono.

—Me lo jura?

—Se lo juro.

—Perdóneme que le diga que vacilo.

—Es decir que usted duda de mí?

—Oh!

—Mire. Desde que la ví, he sentido una alegría, una felicidad, una adoración, que no he podido comprender!

Al escuchar estas palabras que penetraron hasta el fondo de su alma, Policarpa que era una persona grave y sensible, y que como todas las mujeres comprendía con el corazón, levantó la cabeza, lanzó un suspiro, y se sintió embargada por su propio amor!

Savaraín la contempló por un instante á la pálida luz del cielo, y luégo la dijo como arrebatado:

—La amo á usted como un loco; como un insensato!

—Tánto así?

—El amor es como una serpiente que devora. Y

©Biblioteca Nacional de Colombia

usted me atrae como el boa atrae al pájaro, á quien obliga á descender hasta su boca abierta.

—Cuán feliz soy!

—Me corresponde?

—No sé qué decirle; pero debe saber que desde que le ví, las horas que paso á su lado son demasiado cortas; y comprendo que las que pase ausente de usted serán demasiado largas.

—Gracias, Policarpa. Pero dígame, me ama?

A esta categórica pregunta, la joven iba á contestar afirmativamente, pero un sentimiento de candor se apoderó de su alma y guardó silencio, limitándose á fijar sus ojos chispeantes en su bien amado. Savaraín no podía engañarse respecto de lo que significaba el fuego de estas miradas, pero ávido de felicidad volvió á preguntarla:

—Me ama? Sí ó nó?

—Qué juzga usted?

—Yo?

—Usted.

—Qué quiere que juzgue?

—Consulte á su corazón, á ver qué sospecha.

—Es al suyo que debo consultar.

—Pues el mío me dice.....

—Qué? responda.

—Hágalo usted por mí.

—Comprendo que no soy amado.

—Ingrato, exclamó con triste acento la joven, á quien le era difícil pronunciar el sí que se la pedía, pues en el primer amor de una mujer, nada hay más difícil

©Biblioteca Nacional de Colombia

que lanzar este monosílabo que compromete la existencia entera.

—Adiós, Policarpa, la dijo Savaraín poniéndose de pie, y con un acento de ternura indefinible, amémonos siempre más.

—Está bien.

—Sepa que nada hay tan bueno y santo en este mundo como el amor.

—Si usted lo dice.....

—Lo afirmo por lo que en mí pasa ; y muriendo yo con este cariño que me hace vivir, sería demasiado dichoso.

—Desconfía de la lealtad de su afecto?

—Eso, jamás.

—Ojalá no se equivoque.

—Usted me será consecuente?

—No se pueden romper las mallas de la red del amor en que una ha caído por primera vez.

—Así es ! Así es ! La prometo serla fiel hasta la muerte.

—Yo lo mismo, dijo la heroína.

En este momento se dieron la mano, y despidiéndose en medio de una profunda excitación febril, se separaron, no sin haber renovado antes esos juramentos de fidelidad que suelen darse los amantes en el dintel de la ausencia.

Al amanecer del día siguiente, Savaraín dejó la Villa, más apesarado que un rico avaro que pierde su tesoro, y Policarpa, al influjo de nuevas impresiones, sentía algo en sí que no la dejaba un momento de reposo. Sin duda había caído en el abismo del profundo amor inefable !

©Biblioteca Nacional de Colombia

CAPITULO XII.

Segundo viaje de Policarpa á Santafé.

Seis meses duró la joven en la Villa después que hubo partido de ella su amante; y en estos seis meses, ignorando lo que hubiera sido de Savaraín, que había partido con Nariño para el Sur, cruzó todos los grados de la desesperación.

Bien sabido es que la ausencia para las personas que se adoran es una desgracia apenas comparable. Largas horas desapacibles; esperanzas desvanecidas; recuerdos que arrastran á la más honda tristeza; noches de desvelo; quiméricos ensueños, todo esto y más trae consigo la separación. Siendo tarea inútil el empeñarse en dar al olvido ese cúmulo de pensamientos y variadas emociones que se suceden paulatinamente, haciendo de la vida un infierno!

Desde el momento en que se ausentó Savaraín, Policarpa dejó de ser esa joven resuelta, ardiente y firme, que pensando tan sólo en la Patria, vivía forjando planes y proyectos para el porvenir. El amor, esa cosa tremenda é imperiosa, la había sumergido en un éxtasis, que ella no podía comprender, y del cual juzgaba no poderse librar nunca.

Más preocupada y meditabunda que jamás lo había estado, el paseo no la distraía; la soledad la fastidiaba; el bullicio la era insoportable; y la poética naturaleza, en medio de la cual vivía, que había hecho el encanto de su

©Biblioteca Nacional de Colombia

infancia, se hallaba ya sin hermosura, vacía ante sus ojos. ¿Cómo aquella alma tan grave, tan altiva y serena, se había dejado abatir tánto?

Savaraín había ido á la guerra, pensaba, y la guerra no mata sin compasión?..... Qué privilegio tenía su amante para no morir?..... Volvería á verle alguna vez?... Hé aquí un círculo de preguntas de las que la joven no salía; y cuya solución estaba siempre envuelta en la siniestra sombra de la fatalidad!

Salabarrieta y su esposa, que presenciaban el inmenso desconsuelo de su hija, trataban de aliviarla y la daban buenos consejos, pero todo era en vano, porque ella vivía haciendo conjeturas; y quien forja conjeturas sobre ausentes queridos no hace más que darse tormento. Al fin, después de una prolongada tristeza, y cuando ya eran visibles en su semblante las huellas del sufrimiento, resolvieron que se trasladara á Santafé.

Allí, al lado del Padre Beltrán y de la señora Margarita, pudiera que encontrase consuelo al dolor que la sucumbía.

Así fue que, en Enero de mil ochocientos catorce, hizo Policarpa su segundo viaje á la Capital, contando ya la edad de diez y ocho años.

El Padre y su hermana recibieron á la joven con el cariño con que siempre la habían distinguido; y al verla tan demudada no pudieron menos que sorprenderse.

—Ha estado usted enferma? la preguntó el Sacerdote.

—No señor. Me he mantenido bien.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Pero estás ojerosa, pálida y flaca, la dijo la señora Margarita.

—Efectos del clima.

—Eso no es posible.

—Por qué no es posible, señor Cura ?

—Porque á una persona como usted, nacida y acostumbrada á la temperatura de Guaduas, esa atmósfera no puede hacerla mal. Además, usted está en la primavera de la vida, y en tan bellos años, si no ocurre algún incidente desgraciado, es cuando se vive más sano y feliz.

—Díme de qué padeces, ahijada ?

—Prometo á mi madrina que no tengo mal alguno.

—Físico ?

—Físico.

—Y moral ? la replicó el Padre.

Policarpa que no sabía mentir y que, por otra parte, tenía pena de contar á sus benefactores el amor de que estaba poseída, guardó silencio, pero se trasparentó en su rostro lo que pasaba en su corazón.

—Vaya ! Sea razonable. Usted tiene algo que la está matando.

—Es verdad. Sufro.

—Y por qué sufre ?

—Es que amo, señor Cura.

—A Dios? la preguntó la señora Margarita con una sencillez y un candor extraordinarios.

—A un hombre.

—Jesús Credo ! exclamó la señora, como si hubiera escuchado una blasfemia. Usted está perdida !

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Perdida, y por qué?

—Porque las pasiones son del mundo; y el mundo no da sino penas y desengaños.

—Según, replicó el Sacerdote. Dios ha sometido al hombre á la ley del amor; y cuando el amor es casto, Dios lo bendice y la sociedad no puede menos que aplaudirlo. Amarse unos á otros, identificarse, fundirse en el seno de la familia por medio del sacramento, hé aquí una cosa grata, y un deber en cuantos no han hecho voto de castidad. La unidad es infecunda, mientras que el matrimonio es eterno. Por eso la Providencia ha querido que la especie humana se propague por el amor.

—Es decir que se me absuelve?

—De qué?

—De la pasión que siento.

—Según.

—Cómo así?

—Usted tiene un amante?

—Ya lo he dicho.

—Ese amante es su novio?

—Aún no lo sé.

—Cuánto tiempo tiene ese amor?

—Quince días de felicidad, y seis meses de ausencia.

—El hombre por quien usted ha sufrido tánto, la ha ofrecido su mano?

—No. Apenas me hizo la promesa de no olvidarme.

—Cómo se llama ese caballero?

—Alejo Savaraín.

—No le conozco.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Es hombre formal.

—Muchas condiciones debe de tener cuando usted que es una joven juiciosa é inteligente le ama.

—Y mucho, señor Cura.

—Esa pasión ha sido casta?

—Pura. Lo juro por mi alma.

—Sé que usted exhala virtud, como la violeta perfumes; pero quién quita que su amante.....

—Repito que es bueno.

—Bien. Y en dónde está ese sér, objeto de sus afanes y desvelos?

—En el Sur, con el General Nariño.

—Desgraciada joven! Un amor en campaña es asunto grave!

—Lo comprendo.

—Y es preciso resignarse á todo.

Policarpa inclinó la cabeza, y después de un instante de meditación, exclamó sollozando:

—Cuán desdichada soy! é inclinó su cuello sobre el pecho, semejante á la paloma, que cuando quiere gemir, oculta la cabeza bajo sus alas!

La señora Margarita la miró de hito en hito; la dió en seguida un abrazo, expresión sincera de su ternura, y luégo la dijo.

—No la manifesté yo, que el amor del mundo no puede ofrecernos sino pesares?

—Es muy cierto, madrina. Pero acaso está en nosotros huir de la pasión que nos avasalla?

—Policarpa, prorrumpió entonces con gravedad el

©Biblioteca Nacional de Colombia

Sacerdote. Usted ha sido desde niña pensadora y severa; y yo comprendo que el amor tan grande que ahora siente, y que está en el orden de la naturaleza, no es un capricho de su imaginación, sino un impulso racional á que las almas están sometidas. Tiene usted, pues, derecho para amar, siempre que sea amada, y que este amor vaya á parar en el matrimonio. Empero, mientras usted no obtenga de su amante la promesa de que será su esposo, necedad fuera dar pábulo á una pasión que puede hacerla infeliz. Oculte por ahora su cariño, como en urna sagrada, en el fondo de su corazón, y hágase fuerte á los recuerdos y sentimientos que la devoran, si quiere recobrar su tranquilidad.

Ante estas frases, tan sencillas como razonadas, Policarpa guardó silencio, y continuó su pesarosa vida entregada á la angustia, y como embrutecida por la pasión que la dominaba!

Embrutecido aquel sér tan inteligente y altivo? Respondemos que sí. Alguien ha dicho que "el amor se compone de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño;" y ello es cierto, pues que nadie que ama está exento de cometer los hechos más triviales, yendo de la tontería al ridículo, como de ejecutar las acciones más grandes, hasta remontarse al sacrificio de sí mismo! A estos grados de frivolidad, como de excelente abnegación, había llegado la joven, viendo deslizar su sombría existencia en la cavilación, que la obligaba á pensar continuamente en los quince días de ventura que había pasado en compañía de Savaraín, al aire libre, á la clara luz del sol

©Biblioteca Nacional de Colombia

y de las estrellas, y bajo los hermosos árboles del campo.

Para salir de este laberinto de recuerdos que se agrupaban sin cesar á su mente, el valor, la voluntad, todo le faltaba á la vez, y consentía en dejarse llevar por la desesperación, que siempre está rodeada de fragilidades.

Es verdad que en ella no se había extinguido el extraordinario instinto patriótico que siempre la había animado, pero en semejantes casos, ¿ acaso el culto por un hombre, y por un hombre que daba su vida por la causa de la libertad, no refundía en un solo efecto el amor humano con el amor abstracto de un principio ?

La señora Margarita, haciéndose cargo del desconsuelo de su ahijada, trataba de distraerla, pretendiendo inculcar en ella un profundo sentimiento religioso, que apoderándose en absoluto de su alma, la hiciera desviar de pensamientos mundanos ; pero su tarea, si bien no era del todo inútil, no alcanzaba á producir los resultados apetecidos.

El Sacerdote, por su parte, la hablaba frecuentemente, con ese tacto que tienen los hombre de juicio, para que calmara su cariño y esperara mejores días ; ofreciéndola que él pondría todo el contigente de su influencia en el sentido de su felicidad, pero la joven persistía en dar rienda á su ternura, acariciando arrobadores ensueños.

Sobre todo, Policarpa no podía conformarse con no haber sabido de Savaraín, desde el triste momento en que se habían dado el último adiós !

Al fin, del veintiséis al veintiocho de Marzo, se tuvo noticia de que Nariño había triunfado de Sámano en el

©Biblioteca Nacional de Colombia

alto Palacé y Calibío, con poca pérdida para sus tropas y muchas bajas en las del enemigo.

Esta nueva, que el Padre Beltrán comunicó lleno de alborozo á Policarpa, fue para ella una especie de renacimiento. Verdad que no se sabía si Savaraín había muerto, pero era lógico que viviera, desde luégo que el desaparecimiento de un Oficial distinguido, no era cosa para ocultarse. Y si vivía, qué mayor contento que ver á su amante, probablemente á su esposo, servidor de la Patria, triunfador del realismo, y coronado de laurel?

Desde la fecha á que aludimos, la joven, haciendo suya la victoria, dió en cambiar su aire melancólico y taciturno, tratando de recobrar su pasado imperio. De manera que, en vez de entregarse á la soledad, instaba á la señora Margarita para que la sacara á la calle y la llevase donde sus amigas.

Fue entonces cuando la heroína conoció de trato y vista á las señoras Andrea Ricaurte de Lozano, Carmen Rodríguez de Gaitán y Juana Petronila Nava de García Hevia, muy amigas del Padre Beltrán; señoras de grandes virtudes y valimento y patriotas distinguidísimas, que impulsaron á Policarpa á marchar por la vía brillante, al par que tenebrosa, que la condujo á la inmortalidad!

Avidos de noticias los republicanos de Santafé, supieron á poco con gran contento que el intrépido Nariño, en su deseo de conquistar para la libertad el Reino de Quito, había marchado sobre Pasto y obtenido nuevas victorias en Juanambú, Cebollas y Tacines.

Con estas nuevas ventajas, la campaña del Sur se creía

©Biblioteca Nacional de Colombia

terminada y exenta la Patria de nuevas invasiones por aquel lado ; que era por donde los libres habían tenido más faenas, desde el momento en que apareció la República.

Por estos días, Policarpa, que empezaba á restablecer la tranquilidad de su ánimo, recibió la nueva de la muerte de su madre, y esto la hizo dejar á Santafé para dirigirse á Guaduas, á donde la seguiremos.

CAPITULO XIII.

La resignación.

La joven llegó á la Villa con el corazón despedazado por la tristeza. Haber perdido á su tierna madre, fue para ella un golpe tremendo, ante el cual desfallecía la energía de su espíritu.

La primera diligencia que hizo apenas hubo llegado á la casa paterna, fue ir á visitar la tumba de la difunta, que era un hoyo de siete pies, sin más signo que una alta cruz de madera.

Al frente de aquel símbolo, sobre la tierra recientemente removida, se arrodilló la huérfana con la cabeza entre las manos, como tratando de aplacar el inmenso dolor que la agobiaba, y quedó en oración. Un cuarto de hora después se puso de pie, el rostro bañado en llanto, y salió del cementerio con paso lento, seguida de algunos de sus hermanos que la acompañaban, y de varios amigos fieles, que más la querían mientras más conocían la alteza y dignidad de su carácter.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Si la heroína no hubiera tenido á su lado gentes buenas y sinceras, que lloraban con su llanto en los aciagos días, así como reían con sus sonrisas en las horas de felicidad, probablemente el trance por que acababa de pasar la habría llevado de la desesperación á la locura! Pero cuando la vida está rodeada de elementos apetecibles que la hacen amable, y se goza de la sinceridad de un grupo más ó menos crecido de amigos y servidores con quienes se vive en dulce comunismo, entonces, por más grande que parezca la desolación, jamás se penetra en el abismo sombrío del total aniquilamiento.

Guaduas, á la verdad, no satisfacía en la época en que vamos de esta narración, la perspectiva llena de realidades y de ilusiones que se había formado la patricia; mas pasado el tiempo le fue preciso tomar la resolución de resignarse, en vista de las especiales circunstancias á que se hallaba sometida. ¿Qué hubiera sido de sus ensueños, patria y amor, si cede á los golpes de la ingrata suerte y sucumbe al influjo de una lenta agonía?

Su padre, entrado en la ancianidad, y viudo, necesitaba de sus cuidados y caricias; y en cuanto á sus hermanos, siendo ella la persona más respetable y respetada de la casa, su presencia en el hogar era necesaria.

En vista de esta situación, Policarpa, sin dar de mano á las esperanzas que había acariciado, se propuso ser útil á su familia.

Consecuente con esta idea, dispuso que su hermano menor, llamado Bibiano, que tendría de trece á catorce años, viniera á la Capital con el fin de entrar en el servicio del Padre Beltrán.

©Biblioteca Nacional de Colombia

El Sacerdote había ofrecido á Salabarrieta en varias ocasiones, teniendo en cuenta el interés que tomaba por la educación de sus hijos, ayudarlo en cuanto le fuera posible ; y Policarpa, valiéndose de esta generosa oferta, que juzgaba sincera, le enviaba su hermano para que le abriera alguna carrera ; como en efecto sucedió, dedicándolo á la vida eclesiástica, en la cual el Padre Salabarrieta, que murió de bastante edad, haciendo parte del "Coro Catedral de Bogotá," según parece, fue hombre ejemplar por sus muchas y eximias virtudes.

En cuanto á sus demás hermanos, se propuso enseñarles lo que había aprendido, tratando de hacer de ellos personas útiles, dignas del nombre de sus honrados padres. Y cuéntase que los otros dos varones, José y José María, siguieron también la carrera religiosa, vistiendo el hábito de Agustinos, en cuya regla vivieron y murieron.

Al lado de Policarpa y en compañía de sus hermanos, adquirieron algunas nociones otros jóvenes, hijos de sus amigos ; á quienes la tierna maestra atendía con tanta solicitud y cariño como si hubieran sido de su misma sangre.

En la pequeña escuela que la heroína regentaba, era todo serio y formal, y las horas se deslizaban como en un oasis, entre consoladoras esperanzas. Policarpa, no tranquila, pero conforme con su posición, y dando de mano á sus amargos recuerdos, veía pasar los días, unas veces llena de confianza en el porvenir, torturada otras por la cruel incertidumbre. Salabarrieta, su ángel custodio, la seguía

©Biblioteca Nacional de Colombia

los pasos y trataba de calmar las inquietudes que la exaltaban, ya respecto de la suerte de la Patria, ya de su amor ausente.

Algún tiempo llevaba la joven de esta vida, si se quiere tranquila al parecer, pero azarosa por las contrarias noticias que se tenían respecto de la marcha de la guerra del Sur, cuando una tarde se le presentó en su casa, cadavérico el rostro, su antiguo y viejo amigo Galeano.

Indecible fue la impresión que recibió al volver á ver á este hombre, que cuando niña la había arrullado en sus brazos ; cuando jovencita, tributado su afecto y caricias ; y cuando mujer, rendido culto y obedecido.

—Viene usted vencedor, Galeano? le preguntó apenas le hubo pasado la primer sorpresa.

—Vengo vencido.

—No ha triunfado el General Nariño?

—Después de haber obtenido la victoria en Palacé, Calibío, Cebollas, Juanambú y Tacines, ha sido derrotado en Pasto.

—Y qué ha sido de él?

—Fusilado !

A esta respuesta, Policarpa cayó como desmayada en un asiento. En cuanto á la noticia, no era cierto que el General hubiera sido pasado por las armas. Hé aquí lo que había ocurrido. Habiendo perdido la batalla del Egido de Pasto, se ocultó en la inclemente montaña de Sabandijas, en donde duró solo, desesperanzado y sufriendo los rigores del hambre, por el término de tres días, pasados los cuales se presentó á las autoridades de Pasto.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Allí se le encerró en un calabozo y mandó fusilar por Montes; salvándose de la muerte, merced á la magnanimidad de Don Manuel de Santa Cruz, Jefe político de la ciudad, quien lo remitió preso á Quito, pasando luégo á Lima y en seguida á España, sepultándosele en los Fuertes de Cádiz!

Una vez que Policarpa hubo vuelto de su desmayo, ya en presencia de su padre que había venido en su auxilio, continuó su interrogatorio á Galeano:

—Con que fusilado el General Nariño?

—Y lo duda?

—Oh, cortar aquella cabeza tan digna de ser respetada, es un crimen! Guerra sin tregua é implacable á la tiranía. Vivir libres ó morir!

—Hé aquí lo único que nos queda por hacer, agregó Salabarrieta.

—En cuanto á mí, á todo estoy resuelto, repuso Galeano.

—Buen amigo, volvió á decirle la heroína, y Savarain?

—Savaraín es un héroe.

—Qué ha sido de él?

—Vaya un hombre prodigioso! Monta á caballo sin poner el pie en el estribo, enrollando la crin de su bagaje en la mano izquierda!

—Antes de todo, dígame si vive ó ha muerto.

—Con la misma facilidad con que sube, baja de un salto de la bestia.

—Contésteme, por Dios, á lo que le pregunto.

—Si ustedes lo hubieran visto!.....Manejaba con tánta

©Biblioteca Nacional de Colombia

destreza la bayoneta del simple soldado, como la espada del General.

—Hombre, téngame compasión.

—En Juanambú estuvo terrible. En el Egido prodigioso!

—Comprendo, exclamó Policarpa con voz ahogada, Savaraín ya no existe.

—No, señorita.

—Ha muerto, ha muerto! continuó la infeliz, retorciéndose los brazos con desesperación.

—Mi palabra que vive.

—Cayó prisionero?

—Está libre.

—Fué herido?

—Las balas lo han respetado.

—En dónde se halla?

—Regresó de Pasto sobre el valle del Cauca.

—Solo?

—Con una fuerza que quedó acampada en Tacines, y que no entró en la acción del Egido.

—Piensa acaso combatir más?

—Mientras viva y haya tiranos en su patria.

—Ah! en tanto que yo desfallezco, Savaraín conserva su energía, y se hace fuerte contra los reveses de la fortuna!..... Cuán grande es!

—Llegará á serlo si no muere.

—Y ha pensado en mí?

—Constantemente.

—Con entusiasmo?

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Con delirio.

—Es decir que me ama ?

—Como un loco.

—Y por qué lo abandonó, Galeano ?

—Así lo quiso él.

—Cómo es eso ?

—Me ha mandado cerca de usted.

—Cuán bueno y noble es !

—Yo sé, Galeano, me dijo, que Policarpa lo estima, y que usted ha sido siempre leal al cariño que ella le ha profesado. Usted ya está viejo y es locura sujetarse á las faenas de la campaña activa ; váyase donde esa joven tan linda, á quien ha querido como á una hija, viva como siempre á su lado, y dígala que como la prometí en una ocasión, no la he olvidado ni la olvidaré nunca.

—Con que todo eso le dijo ?

—Algo más.

—Qué ? Cuéntemelo todo.

—Prométala bajo el sagrado nombre de mi madre, que me escucha desde el cielo, que si vivo será suyo mi corazón para siempre.

—Era cuanto deseaba saber, exclamó la joven, con visible emoción de felicidad ; y se sentó en un taburete que tenía al lado, como para gozar á solas y en plena calma de la dicha que la sonreía.

Entretanto, Galeano y Salabarrieta continuaron :

—Por qué se perdió la batalla del Egido ?

—Por lo mismo.

—Qué es lo que usted quiere decirme ?

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Que perdimos, porque perdimos.

—Estuvieron cobardes nuestros soldados?

—No, pero demostraron el aturdimiento de un ejército que no está acostumbrado á la guerra. Por otra parte, la fuerza deliberaba en presencia de sus Jefes; y una tropa que discute ante sus Generales, es lo mismo que una mano que quisiera pensar é imponerse á la voluntad que la guía.

—No hay duda.

—Nosotros no haremos campaña que dé buen resultado con gente bisoña.

—Así lo creo.

—El valor tiene que ayudarse de la disciplina.

—Por supuesto.

—Además, los Jefes deben ser Jefes y no soldados.

—Así opinaba Galán, el más inteligente y temible entre los Comuneros.

—Lástima de hombre!... Todavía se refleja sobre nosotros el brillo de su memoria!

—Y murió mucha gente en la desgraciada campaña?

—Puedo asegurar á usted que antes de llegar á los alrededores de Pasto, los patianos, usando del sistema de asaltos y emboscadas, hicieron gran carnicería en las tropas libres, fuera de que nuestros Jefes no ahorraron sangre!

—Perecieron muchos paisanos?

—De los cincuenta hombres que sacamos de aquí, más de la mitad quedaron en el campo!

—Y el resto?

©Biblioteca Nacional de Colombia

—No sé de él.

—Pobre gente! exclamó Policarpa, tomando de nuevo parte en la conversación.

—Cuánta madre sin hijos !...Cuánta mujer sin esposo !...Cuántos hijos sin su padre! dijo Salabarrieta entristecido.

—Las viudas y los huérfanos serán recompensados, agregó la heroína, al menos en sus descendientes ; porque ningún trabajo humano se pierde; ninguna sangre derramada es estéril; ni ningún pensamiento de virtud queda burlado.

—Lo cree usted así ?

—Cómo no, Galeano. Nosotros sabemos ahora lo que queremos, pero ignoramos el modo de conducirnos para llegar al fin que nos proponemos. Posible es que esta lamentable ignorancia nos haga marchar en adelante sobre lagos de sangre, pero al fin de la jornada tropezaremos con la libertad, que será suficiente recompensa para todos.

Estas palabras fueron pronunciadas por Policarpa con tanta fé, que ni su padre ni su amigo se atrevieron á contradecirla. Era evidente que la joven veía la Patria en peligro, y ante la perspectiva de una próxima catástrofe, trataba de dar al olvido el infortunio de los malos presentimientos, haciendo revivir en su alma los poderosos instintos que la habían animado !

Dejemos ahora á los tres personajes de que nos ocupamos, para dar lugar á ciertas consideraciones de importancia al curso de este Libro.

A tiempo en que los resultados de la campaña del

©Biblioteca Nacional de Colombia

Sur eran funestos para los patriotas, en casi todo el territorio de la Nueva Granada, tenían lugar lamentables acontecimientos. La guerra civil que había empezado poco después de la caída de Amar, seguía su camino de exterminio, sin que los libres se dieran por entendidos de la aciaga situación en que estaban colocados respecto de sus enemigos.

Ha de tenerse presente que Nariño, al hacer su expedición sobre el Cauca, encargó del Poder en el Estado de Cundinamarca á Don Manuel Bernardo de Álvarez, y que este Magistrado, en su afán de sostener el *Centralismo*, como los hombres públicos del Gobierno de las demás Provincias la *Federación*, continuaron desangrándose en infecunda lucha!

No entramos en ciertos pormenores de política interior, que manifiestan la sencillez de las pasiones y el poco valor de los intereses que se agitaban al rededor de los caudillos patriotas que peleaban entre sí sus pretensiones opuestas, y pasamos á hacer presentes algunos episodios que, como hemos dicho, interesan á la trabazón sistemática que nos hemos propuesto en el presente estudio.

Huésped Bolívar en Nueva Granada para fines de mil ochocientos catorce, tuvo que poner el valioso contingente de su influencia para ver de terminar la fratricida lucha que desolaba el país. Lo que no pudo conseguir, sino mediante una batalla en la Capital, que terminó con el sometimiento de la Provincia de Cundinamarca al infortunado régimen federal. Sistema el menos á propósito para sacar avante una causa naciente.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Pensando entonces el Libertador encaminarse á la Costa atlántica á dirigir las operaciones contra los reales españoles, pidió permiso al Gobierno de la Unión con tal objeto, y habiéndole sido concedido, se puso en marcha para Cartagena. Mas apenas llegó á Mompós, la autoridad civil y militar de aquella plaza, á pesar de que los realistas habían ocupado toda la Provincia de Santa Marta, desde el mar hasta Ocaña, se resistió á que Bolívar continuara su marcha. Oposición que dió lugar á hostilidades bélicas que terminaron por una transacción, debido al conocimiento que se tuvo en Cartagena de la llegada de Don Pablo Morillo á las fronteras de Venezuela con una expedición, acaso la más numerosa y mejor equipada que hubiera pisado la América del Sur.

El arribo de esta escuadra á la intrépida Isla de Margarita tuvo lugar en el mes de Abril del año de quince ; época en que Fernando VII, libre ya de cuidados en España, podía atender á la guerra en sus posesiones ultramarinas.

Morillo, después de haber arreglado á su arbitrio el Gobierno de la Colonia de Venezuela, se embarcó en Puerto-Cabello, haciendo rumbo hacia la Nueva Granada, y puso á poco sitio á Cartagena de Indias, el once de Agosto del año anotado, empezando á bombardear la ciudad el veinticinco de Octubre siguiente.

Ciento ochenta días duró el asedio de aquella plaza, acaso la más fuerte posición militar de la América del Sur; al cabo de los cuales el caudillo español, no sin haber recibido pruebas inequívocas del valor de la raza mestiza del Nuevo Mundo, entró victorioso en la "Ciudad heróica."

©Biblioteca Nacional de Colombia

Mientras tenía lugar el sitio y toma de Cartagena, continuaba la guerra en la Provincia de Popayán, entre libres y realistas. Campaña que terminó con la batalla de la Cuchilla del Tambo, en la que se perdieron, entre otras fuerzas, las reliquias del ejército del benemérito Nariño, y en la que Sámano obtuvo la victoria que le había sido hasta entonces esquiva.

CAPITULO XIV.

El terror.

La toma de Cartagena abrió á Morillo las puertas de la Nueva Granada. Así, poco después de vencedor, se dirigió á Santafé, á donde entró el veintiséis de Mayo de mil ochocientos diez y seis.

El *Pacificador*, que así se llamaba por antonomasia el feroz peninsular, apenas se posesionó de la Capital del Reino, empezó á tomar medidas tendentes á implantar el Terror; juzgando que tál era el medio conducente para la completa subyugación del país.

Convencido de que la vida del enemigo era un derecho del vencedor sobre el vencido, estableció el famoso Tribunal llamado "Consejo permanente de Guerra," para juzgar á todos aquellos que, directa ó indirectamente, hubieran promovido ó tomado parte en la revolución de la Independencia,y que gozaran de alguna posición entre sus conciudadanos ilustres; instituyendo, además, la pena de trabajos forzados en los caminos públicos, para castigar á los rebeldes al Rey, que pertenecieran á la clase pobre del

©Biblioteca Nacional de Colombia

pueblo ; y la " Junta de Secuestros," para alzarse con la propiedad del enemigo.

Jamás vencedor alguno pudo cometer mayores atentados, violando los fueros de la humanidad, que los que ejecutó Morillo en el país conquistado por las armas españolas ; precisamente por los mismos soldados que con tánta generosidad acababan de pelear por la Independencia de su país, buscando para ellos la libertad que negaban al pueblo americano.

Desconociendo el caudillo, que la sociedad está fundada sobre la naturaleza del hombre, y que la sociabilidad tiende á perfeccionarse cada vez más, bajo la fórmula de la moralidad, de la ciencia y del progreso jurídico, se puso en oposición de toda prescripción de derecho, tomando el camino de la arbitrariedad. De manera que, implacable en su odio, y sufriendo la sed de sangre que inmortalizó á Atila, hizo recaer su detestable rencor sobre lo más florido de la sociedad, antagonista irreconciliable del saber y del genio ! El déspota creía que condenando á muerte las luces y la inteligencia, era como cimentaba la paz de un modo definitivo. Mas, en sus terribles maquinaciones, nunca se dió á considerar que hay sangre que fecundiza el suelo que la recibe, tal vez porque Dios, en sus fallos inescrutables, permite la venganza contra la ceguedad de la injusticia.

Morillo, incapaz de respetar nada, y no contento con hacer funcionar diariamente el patíbulo, apresó á muchos Sacerdotes respetables por sus virtudes y méritos, sometiéndolos á los rigores de la cárcel, del destierro y del confinamiento !

©Biblioteca Nacional de Colombia

Entre los que sufrieron esta última pena, se encuentra el Reverendo Padre Beltrán, quien fue confinado en el mes de Julio á la ciudad de Cúcuta ; cometiéndose con él el atentado de no permitirle que su hermana lo acompañase ; queriendo sujetarlo al más triste de los infortunios, pues que la señora Margarita era para él toda la felicidad de su vida.

La esencia de la tiranía consiste en organizar la fuerza pública de manera que el déspota no tenga que temer nada de ella, y sí el pueblo. Pues bien, Morillo, sabedor de esto, sobre que traía soldados de su tierra que le tributaban cumplida obediencia, se rodeó de gentes del país capaces de hacer cuanto se las mandara contra el derecho de sus mismos conciudadanos ! " Nunca, dice un historiador, se vió hombre más cruel y apasionado, ni colaboradores más serviles !"

No pudiendo, pues, existir el despotismo, ni en la justicia de las leyes, ni en el amor de la sociedad, que no sufre sino con recóndito pesar el abrumador yugo, todo el que quiera tiranizar debe escoger instrumentos que pierdan la conciencia de sus actos, y el caudillo español se dió maña de elegir los esbirros que le convinieran para llevar á cabo sus devastadores propósitos ; los cuales pueden medirse por el sentido del siguiente párrafo de una carta, que escribió á Fernando VII apenas se posesionó de Cartagena : "Para subyugar nuevamente, le decía, á los habitantes de estas tierras, se necesitan los mismos medios que fueron empleados para la primera conquista ! "

Así, hizo cuanto le ocurrió, y cuando se cansó de cas-

©Biblioteca Nacional de Colombia

tigar la parte noble de la sociedad granadina, declarando ostentosamente que la España no necesitaba de sabios, tendió su mirada carnicera sobre el pueblo, que en algún modo era adepto á la libertad, y llenó los caminos públicos de trabajadores; obligándolos á abrir vías inútiles de comunicación en climas insalubres, en donde morían de hambre y de fatiga centenares de infelices!

Entre las víctimas de esta horrorosa medida, tormento mucho más cruel que los suplicios inquisitoriales del siglo quince, se encuentra Joaquín Salabarrieta, quien sufrió por segunda vez el rigor de las inclementes estaciones y el látigo de malévolos capataces, hasta que hubo de librarse de tánta crueldad fugándose á las montañas.

Verdad era que este hombre, patriota desde el día en que aparecieron en el horizonte político del Reino los primeros albores de la libertad, había sido Comunero, y servido, por otra parte, á la República naciente; pero también es cierto que ni en su calidad de revolucionario en mil setecientos ochenta y uno, ni como funcionario civil después de Julio de mil ochocientos diez, había cometido acto alguno criminal que lo hiciera acreedor al duro castigo que se le imponía.

Cuando Policarpa supo que habían sido fusilados eminentes patriotas á quienes conocía; tuvo noticia de que al Padre Beltrán se le había confinado, y vió por sus propios ojos el modo desapiadado como se trataba á su padre y á algunos de sus amigos de la Villa, empezó á conspirar de nuevo contra el despotismo, asumiendo la responsabilidad que le aparejara su audacia y varonil entereza.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Seis meses después de su permanencia en Santafé, y cuando ya creyó asegurada la tranquilidad pública, Morillo se dirigió el seis de Noviembre á Venezuela, en donde el alarmante estado de la política reclamaba su presencia; dejando en la Capital, encargado del mando del país, con el título de Gobernador militar, á Sámano, á quien había hecho venir del Sur con tal objeto.

Ningún sustituto más á propósito pudo encontrar el tirano para llevar á cabo su régimen de exterminio de vidas y haciendas, que aquel otro caudillo, fanático é inhumanitario, que creía que era un acto meritorio para con Dios el matar á un rebelde; considerando como rebeldes á todos aquellos á quienes algún Jefe ú Oficial realista profesara antipatía ó juzgara sospechoso!

Bueno es que no pasemos adelante, sin dar á conocer semejante hombre.

CAPITULO XV.

Don Juan Sámano.

Sámano era de estatura y corpulencia proporcionadas.

Tenía la cabeza grande y con pocos cabellos. La cara más bien larga que redonda. La nariz levantada hacia la mitad y puntiaguda. La boca desabrida y curva. Los ojos negros y hundidos; y la tez de color de muerto!

Su voz era un poco chillona, y de tal modo precipitada, que cuando se energizaba al expresar su pensamiento, no se percibían muchas de sus palabras.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Estuviera sentado, de pie ó andando, trataba de dar á su porte cierto tono marcial, que no siéndole propio, lo exhibía ridículo.

A pesar de estar septuagenario cuando se hizo cargo del mando de Granada, su columna vertebral se mantenía recta.

Tenía poca barba, y en ocasiones se dejaba crecer la que le brotaba al rededor de las quijadas; adquiriendo entonces su fisonomía un aspecto más serio del que le era natural.

De ordinario, era desaseado en su persona y vestidos; mas en ciertos días solemnes, como el Jueves Santo, y el cumpleaños del Monarca español, se mondaba la barba hasta dejarse la cara brillante como un espejo, y ponía de punta en blanco.

Cubierto el torso con la corta esclavina que de continuo usaba, y metido el pescuezo entre el enorme cuello de su camisa, se asemejaba á uno de esos miembros del antiguo Tribunal del Santo Oficio, que pinta Dellare.

Así como en lo físico no era Sámano ni alto ni pequeño, ni gordo ni flaco, en lo moral representaba una medianía. De manera que no era ignorante ni instruído, ni torpe ni inteligente, ni cobarde ni arrojado en el peligro.

El distintivo especial de su carácter uraño, era la necedad llevada al más alto grado de vanidad. Así, cuando se le metía alguna cosa en la cabeza, la llevaba á cabo con serenidad imperturbable, juzgando que cuanto

©Biblioteca Nacional de Colombia

le ocurría estaba en perfecta consonancia con la justicia, la verdad y la razón.

Fue estudioso en su juventud, según cuenta Toreno, pero no logró coronar ninguna carrera. Estuvo primero en la Academia de Ingenieros de Guadalajara, y no aprendió gran cosa. Pasó luégo al Seminario de Toledo, y sólo se le quedó en la mollera un poco de latín, de que hacía uso cuando se quería exhibir sentencioso. Fue, por último, á Madrid á cursar el Derecho, y se convirtió en un leguleyo tanto más temible, cuanto que sin tener mayor discernimiento para penetrarse del espíritu de las leyes, las aplicaba de un modo arbitrario.

Probablemente debido á la educación que recibió, á la poca visión de su intelecto, y más que todo, al capricho, ningún hombre hacía más resistencia al progreso.

Adherido al pasado, su intransigencia para con el porvenir, que trae la luz á las inteligencias, era tan acentuada, que negaba la existencia de los hechos más inconcusos, cuando ellos herían inveteradas prácticas, costumbres ó tradiciones; ignorando, sea por ejemplo, que así como un conjurado no puede obrar en un solo día el misterio de una revolución, tampoco un déspota puede detener las ideas, ni ahogar las generaciones que se adelantan en busca de las divinas leyes de su derecho. Hombre desgraciado, que no sabía, como no lo comprendió Morillo, que todas las instituciones que permanecen inmóviles y estacionarias, tienen grandes inconvenientes y producen prolongadas catástrofes.

Para corroborar lo que llevamos dicho respecto de

©Biblioteca Nacional de Colombia

Sámano, veamos algunos de los principios que profesaba como sectario y hombre público :

" La sociedad, decía, se compone de Pastores y ovejas. Los Pastores son los sacerdotes, ungidos del Señor, y las ovejas cuantos no han alcanzado esta gracia."

" Los Pastores tienen absoluto derecho sobre las ovejas."

" La verdad solamente ha sido revelada al Papa y al Rey."

" El Papa y el Rey obran de común acuerdo, como que á ellos solos les fue confiada por Dios la misión de enseñar y dirigir á los hombres."

" El Rey gobierna en lo temporal por mandato del Papa y de Dios, y hay que obedecerlo sin réplica."

" El que se alza contra el Rey, se rebela contra el Papa y contra Dios, y no es digno de perdón."

" Por ley natural hay en el mundo jerarquías. Existen el Papa y el Rey, que no deben obediencia sino á Dios ; la nobleza, que no debe obediencia sino al Papa y al Rey ; y la demás gente, vulgo ó canalla, que debe obediencia á Dios, al Papa, al Rey y á la nobleza."

Basta lo dicho para comprender cuáles eran las ideas de Sámano en toda clase de asuntos, y el punto de partida de su criterio para juzgar de los hombres y de los acontecimientos.

Refiriéndonos ahora á las dos grandes aptitudes que creía tener, la de Militar y la de Magistrado, podemos apreciarlo bajo estos dos puntos de vista partiendo de sus antecedentes.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Como militar, había visto en su país ejércitos numerosos, bien reglados y disciplinados, y conocía algo de táctica y estrategia, pero no daba ninguna importancia á los principios del arte.

En extremo pedante, tenía más confianza en sus propios juicios que en los ajenos, y hacía gala de desdeñar la experiencia y la ciencia.

Carecía del golpe de vista que es peculiar á un buen Jefe de operaciones. Se mostraba en el campo de batalla, cuando no torpe, atolondrado; y faltaba á su espíritu la intrepidez del soldado de profesión.

En extremo supersticioso, había ocasiones en que aparecía sereno en el combate, contando de antemano con la victoria, como le aconteció en la jornada de la Cuchilla del Tambo; y otras, como en la acción de Calibío, en que se manifestó de tal manera pusilánime, que tuvo que sacarlo del campo, sobre sus espaldas, el Sargento pastuso Cruz Iglesias, que fue siempre su mejor esbirro.

En su calidad de militar, no fue Sámano más que un regular organizador; debiendo á esto solamente la inmerecida fortuna que alcanzó entre los suyos.

Como Magistrado, era todavía más nulo. Rencoroso, injusto, engreído, arbitrario, al fin remedo de déspota, opinaba que el Poder civil no era otra cosa que el látigo de las venganzas divinas.

"Dios, dijo en una ocasión solemne, instituyó al Rey. El Rey elige sus agentes para que le ayuden á gobernar sus vasallos en nombre de Dios; luego los delegados del Rey lo son de Dios, y deben gobernar conforme con sus inspiraciones."

©Biblioteca Nacional de Colombia

Con este acomodaticio criterio, movía siempre la misma rueda en torno del mismo eje, y hacía cuanto le daba la gana, prescindiendo de Jueces, de leyes y de toda prescripción legal. Hé aquí, pues, un Preboste, mucho peor que aquellos que humillaron la Europa en la Edad Media, y aniquilaron la Francia en tiempo de Carlos VI.

Agréguese á la índole asaz discrecional de Sámano, que el tal hombre padecía la enfermedad de gota, cuyos dolores lo hacían rabiar de continuo, y carecía en absoluto de educación ó cultas maneras, y se formará un juicio cabal de semejante *Magister*, que tenía la singular costumbre de tratar á empellones á cuantos tenían la desgracia de contrariarlo.

En resumen, este caudillo que no puede ser considerado como político y guerrero, sino á la altura de un tirano de capricho, bueno para Rey de melodrama, tiene un papel importante en nuestra patria historia; y en su calidad de verdugo, va unida su memoria á la de Policarpa Salabarrieta, siempre que nadie recuerda á esta mujer heróica, sin lanzar una maldición sobre aquel viejo Anquises, que contribuyó á hacer más odiosa la causa de la madre España en los dominios americanos.

CAPITULO XVI.

Ultimo viaje de Policarpa á la Capital.

Por falta de documentos auténticos, no podemos determinar de un modo preciso el día del tercero y último viaje de Policarpa á Santafé; pero juzgamos que aconte-

©Biblioteca Nacional de Colombia

ció á principios del mes de Enero de mil ochocientos diez y siete.

Como lo llevamos dicho, unas pocas semanas después de haber ocupado Morillo la pintoresca altiplanicie de los Chibchas, la joven guaduera perdió la aparente tranquilidad de que gozaba en el seno del hogar paterno, obligándosela á entrar por la triste vía de las tribulaciones. El confinamiento del Padre Beltrán, y los ultrajes cometidos al anciano autor de sus días, no eran de los menores sufrimientos que debía padecer antes de saborear los horrores del patíbulo.

Policarpa, mediante estuvieron los patriotas en el mando, gozó en la Villa de bastante influencia personal y aureola pública ; mas apenas cayeron, vino sobre ella la apasionada persecución de la aristocracia guaduera. Y debemos decirlo en honor de la justicia, mientras la joven disfrutó de la superioridad que la dió el triunfo, tal vez ni con la intención quiso perjudicar á nadie. Mas no obstante el haber sido su actividad en la política esencialmente benévola, no por esto quedó lejos de la saña del realismo. De manera que la autoridad local hizo no pocas tentativas para aprehenderla, librándose la perseguida de los conflictos de la prisión en solitarios campos, ó en alguna casa de la Villa, merced á la clemencia de algún buen corazón que la diera generosa acogida.

Cualquier cosa que hubiera sido, es lo corriente que teniendo la heroína plena conciencia de la aciaga suerte que la esperaba si permanecía en su suelo natal, resolvió abandonar el querido hogar para venirse á la Capital,

©Biblioteca Nacional de Colombia

en donde tenía teatro más amplio para su patriótica carrera, y podía obrar más activamente y con mayor provecho, si procedía con el tino y cautela que demandaba la situación.

Compréndese el pesar que experimentaría al dar su adiós, que juzgaría el último, al pedazo de tierra en que vió la primera luz y se desarrolló su grata infancia ; y mucho más, cuanto que resuelta á dar pábulo á sus instintos, que cada vez tomaban mayor amplitud en el campo de la idea revolucionaria, se encaminaba á un lugar, si más á propósito para cosechar glorias, no menos aparente para un fin ruidoso y trágico.

Pudorosa en extremo, respetando ese *qué dirán* con que de ordinario viven amedrentadas las personas que tienen en mucho su buena reputación, no quiso venir á Santafé sin algún hombre de respeto que la acompañase, y que por su excepcional condición pudiera estar con ella libre de las amargas críticas de la suspicaz maledicencia, y encontró á Galeano, su amigo íntimo desde niña ; viejo muy formal, lleno de candorosa bondad, resuelto á todo y nada conocido en la Capital. Así fue que con este fiel servidor abrió la inspirada su cruenta campaña, sin que llegara á pasar por su mente la idea de que podría comprometer á su querido compañero hasta hacerlo expiar su lealtad en el cadalso.

Policarpa había adquirido tal convencimiento de su misión, y creía con tan buena fé que al ponerse en actividad no lo haría sin buenos resultados, que apenas llegó á la ciudad dió principio á su tarea, con una audacia de que hay pocos ejemplos en la historia !

©Biblioteca Nacional de Colombia

Los dos viajeros llegaron á posar á la casa del Padre Beltrán, y la señora Margarita, á pesar de que cruzaba la más inmensa desolación, los recibió complacida.

Debemos advertir aquí, que la hermana del Sacerdote, poco enterada del curso de la política, y lejos del bullicio del mundo, se la pasaba, desde que el despotismo la había arrebatado su dulce benefactor, en perpetua oración ; sin más compañía que una sirvienta que la respetaba, y el joven Bibiano Salabarrieta, á quien el Padre le había dejado para que la hiciera aquellas diligencias difíciles á las mujeres.

—Madrina del alma, dijo Policarpa á la señora, echándose en sus brazos.

—Cómo te va, ahijada?

—No sabe usted cuánto la he pensado.

—Yo lo mismo.

—Somos las criaturas más desgraciadas.

—Pero, confianza en Dios, algún día tendrán fin nuestros sufrimientos.

—Así lo espero.

En este momento la buena señora saludó con marcado cariño á Galeano, y después de haber cruzado con él algunas frases amistosas, los tres circunstantes tomaron asiento y continuaron la conversación.

—Con que muy abatida, mi señora?

—Mucho, Galeano. Le prometo que no puedo conformarme con la ausencia de mi hermano.

—Y ha sabido de él, madrina?

—Me escribió diciéndome que se halla bien de salud.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Gracias á Dios.

—En su carta me dice que nos piensa mucho, y que ora día y noche por todos los infortunados.

—Es tan bueno el señor Cura!

—Excelente, ahijada. Pobre de él.

—Y pobres de todos nuestros conciudadanos.

—Desdichados. Sujetos como están á la voluntad de un hombre, mucho más implacable en sus odios que Morillo!

—Más implacable Sámano que Morillo?

—Mucho más, Galeano.

—Entonces qué significa la sangre del General Antonio Villavicencio?

—Ah!

—Y qué la del ilustre Camilo Torres?

—Ave María!

—Y qué la del sabio Francisco José de Caldas?

—Y qué la de tántos otros varones beneméritos? agregó Policarpa.

—Miren ustedes, arguyó la señora Margarita. Es verdad que Morillo ha matado, desterrado, confinado é injuriado á lo mejor que ha tenido la sociedad, y además, confiscado sus bienes á las víctimas; pero al menos todos aquellos á quienes ha dado muerte y afligido, conspiraban contra el Rey y tomaron parte en la revolución de Julio. Pero qué dicen ustedes de Sámano, que lleva su odio á las pobres gentes del pueblo, que ninguna participación han tenido en la política, y mata americanos por el mero hecho de ser americanos?

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Bárbaro! exclamó Policarpa.

—Tan cruel es ese hombre, ahijada, que tiene enrolados en las filas realistas á muchos jóvenes patriotas que han caído prisioneros, y los hace tratar como á animales obligándolos á ocupaciones humillantes.

—Apenas es creíble!

—Yo no soy testigo de lo que les cuento, pero Bibiano que lo ha visto me lo ha referido.

En este momento entró Bibiano, que venía de la calle, y después de saludar á todos y hacerle tiernas caricias á su hermana, preguntó á la señora Margarita:

—Se ocupaba la señora de mí?

—Sí.

—Y qué decía?

—Que usted ha visto el modo como los esbirros de Sámano tratan á los oficiales republicanos que tienen en su poder.

—Vaya si lo he visto! Y por cierto que conozco á uno de esos pobres señores.

—A quién? preguntó Policarpa.

El joven volvió á mirar maliciosamente á su hermana, y antes de contestar á su pregunta la dijo:

—Y usted también lo conoce.

—Yo?

—Usted.

—Es algún amigo de Guaduas?

—Estuvo en una ocasión en la Villa, pero no es de allí.

—Cómo se llama?

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Alejo Savaraín.

—Oh! exclamaron á un tiempo Policarpa y Galeano, poniéndose de pie.

—Qué la sucede, hermana?

—Nada, Bibiano.

Y la heroína quedó por un rato como cuerpo sin alma; pues que cualquiera hubiera creído al ver su rostro, que estaba allí su gentil figura, pero que su espíritu había volado á otra parte.

Tan luégo como la pasó su primera fuerte emoción, se dirigió á Bibiano preguntándole:

—Tiene usted conciencia de haber visto á Savaraín?

—La tengo.

—Déme sus señas.

Y el joven se puso á darla suscintamente la filiación que se le pedía, hasta que la heroína le dijo:

—Basta, Bibiano. El es!

Bueno es que sepan nuestros lectores por qué se encontraba Savaraín en Santafé.

El ínclito Oficial se halló en la batalla de la Cuchilla del Tambo, y después de haberse batido bizarramente, quedó prisionero en el campo. Al otro día se le encerró con otros de sus compañeros en la cárcel de Popayán, y á poco tiempo Sámano dispuso que todos los cautivos fueran *quintados*. Verificado el sorteo, Savaraín fue uno de los que sacó boleta de muerte; y al tercer día, él, con los demás que debían morir, marchó hacia el lugar donde debían ser fusilados. Veinte pasos les faltaban para llegar al sitio de la ejecución, cuando oyeron redobladas

©Biblioteca Nacional de Colombia

descargas de fusilería ; entonces levantaron la cabeza y alcanzaron á ver los cadáveres despedazados de los Generales patriotas Rosas, Lataza y España, á quienes había hecho asesinar el tirano. En los mismos banquillos ensangrentados en que estos patricios acababan de morir, fueron sentadas las nuevas víctimas, y al momento en que el Oficial que mandaba la escolta iba á dar la voz de "Fuego," un realista se le acercó precipitadamente y le dijo :

—Suspenda usted la ejecución!

—Por qué motivo ?

—Así lo manda el General Sámano, por resolución de su Excelencia el Presidente Montes.

—Y qué se hace con estos pícaros ?

—El General ha resuelto que sean enviados á Santafé, á disposición del eminente *Pacificador* Don Pablo Morillo.

Pocos días después de esta horrible aventura, Savaraín y otros desgraciados fueron remitidos á la Capital, y Morillo los cargó de cadenas é hizo encerrar en una prisión, de donde los sacó Sámano al asumir el Poder, para hacerlos trabajar como á presidiarios ; incorporándolos luégo en el primer cuerpo del Regimiento de Numancia.

El amor, como todos los grandes sentimientos capaces de llevarnos al extremo de la alegría ó del pesar, tiene supremos momentos que precipitan, pasados los cuales, si bien puede conservar su vigor, entra en una especie de calma que lo hace reflexivo. La pasión que Policarpa había contraído por Savaraín, muy exigente en su origen, se

©Biblioteca Nacional de Colombia

había hecho luégo tranquila merced á la ausencia; no porque se hubiera extinguido en lo más mínimo, sino porque es ley de la naturaleza humana ceder al tiempo, cuya poderosa influencia todo lo transforma.

El alma humana tiene, sin duda, regiones superiores y delicadas donde se extasía, y entre estas cimas estaban para Policarpa el amor y el patriotismo. Con el amor soñaba y se sentía tierna; pensaba en el patriotismo y se creía fuerte. Empero, á la hora en que estamos de su vida, un sentimiento resplandecía en ella por encima de Savaraín que era su ídolo, y era la patria libre que había constituído su primer ideal.

De manera que, si había amado á aquel hombre era, entre otras cosas, porque él había luchado por la libertad; y si continuaba amándolo, esta pasión tenía por apoyo el patriotismo de su amante.

Forzoso era, pues, verlo cuanto antes, hablarle, y cerciorarse de que la seguiría en la escabrosa pendiente que había de fundir en uno sus destinos.

Lo que acabamos de decir es un hecho; y este hecho es, precisamente, uno de los arranques más prodigiosos y sublimes de la heroína; pues si en los momentos que atravesaba cede al amor de un hombre, en vez de aceptar con todas sus consecuencias el amor á una idea, su vida no habría constituído el drama más asombroso que registra la historia, siempre que jamás hubo mujer que tuviera un fanatismo político más bien dirigido y exaltado!

©Biblioteca Nacional de Colombia

CAPITULO XVII.

La entrevista.

Al día siguiente de haber llegado la patricia á la Capital, se puso su modesto traje de calentana, y salió á la calle en compañía de Galeano.

Pensando en la señora Ricaurte, á quien, como hemos dicho, había conocido, se dirigió á su casa de habitación y entró en ella, dejando á su amigo plantado en el portón con orden de que la esperase.

—De dónde viene usted? la preguntó la citada señora.

—De Guaduas.

—Cuándo ha llegado?

—Ayer.

—Qué asunto la trae aquí en momentos de tanto peligro?

—Uno muy serio.

—Se podría saber cuál?

—El ver en qué puedo servir á la patria!

—Viene á tiempo.

—Podremos levantar bandera?

—Usted debe saber que los Gobiernos tiránicos que no respetan las leyes, y abusan contra el derecho de los ciudadanos, son á propósito para provocar las sediciones populares.

—Lo comprendo.

—Pues bien, aun cuando todas las Provincias de la Nueva Granada tascan nuevamente el duro freno de la

©Biblioteca Nacional de Colombia

servidumbre, la de Casanare se ha levantado en rebelión; siendo los indios de las parroquias de Tame y Betoyes los primeros que se han puesto á las órdenes del dominico Fray Ignacio Mariño.

—Eso es evidente, señora?

—Tan evidente como la luz que nos alumbra.

—Cree usted que Fray Mariño pueda sacar alguna ventaja de sus esfuerzos?

—Por qué nó? Cuántas veces se han visto cosas que maravillan?

—En todo caso, morir por la Patria es el más meritorio de los sacrificios.

—Es usted muy entusiasta, no es cierto?

—Muchísimo, señora. Tenemos que tumbar la tiranía: edificio de abusos, de iniquidades y de crímenes.

—Nos ayudará en esta ardua empresa?

—Hasta con mi vida. Servir á la libertad es el pensamiento más imperioso de mi alma.

—Bien, en los angustiosos momentos que atraviesa la República, todo auxilio que se la preste puede servirla de mucho; y los esfuerzos de una persona como usted, cuya energía y decisión son poco comunes, según he oído decir, serán un contigente muy valioso.

—Al menos no hay enemigo pequeño.

—Es evidente.

—Allá verá usted que puedo hacer algo.

—Con que decididamente contamos con su ayuda?

—Desde el instante mismo. Dígaseme qué papel me corresponde, y trabajaré con constancia y energía.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Entonces véngase mañana á eso de las siete de la noche, y la presento á un pequeño círculo de revolucionarios que aquí se reúne.

—Puedo traer conmigo un compañero?

—Persona con cuya discreción se puede contar?

—Ha servido á la República en la campaña del Sur.

—Cómo se llama?

—Antonio Galeano.

—Tráigalo, y no pierda de vista que el sigilo es una necesidad del tiempo.

—Estoy enterada de la situación.

—La mano del verdugo está sobre nuestras cabezas!

Policarpa se despidió y retiró feliz de la acogida que la había dado tan distinguida señora. Tanto más satisfecha, cuanto que supo que había patriotas en armas, á pesar del empeño que mostraba el Gobierno por mantener á sus enemigos en la más absoluta quietud.

A la noche siguiente ocurrió la heroína con su amigo Galeano á la cita que se la había hecho; y encontró reunidas en la casa de la señora Ricaurte varias personas, entre ellas á las señoras Carmen Rodríguez de Gaitán y Juana Petronila Nava de García Hevia, Joaquín Suárez, cachaco santafereño muy patriota, sagaz y perseverante, y al astuto y denodado Coronel llanero Juan Galea, que había venido á la Capital de incógnito, con el fin de pulsar el estado de la opinión pública y buscar recursos de guerra para el Ejército que se proyectaba levantar en Casanare.

Apenas entraron la heroína y Galeano, la señora Ri-

©Biblioteca Nacional de Colombia

caurte los presentó á sus amigos, á cuya presentación Galea, que tenía el ángulo facial bastante amplio, prueba de mucha agudeza de entendimiento, y que, por otra parte, era hombre tanto menos culto cuanto más valeroso dijo:

—Ya yo la conocía de nombre, señorita.

—A mí?

—No es usted de la Villa de Guaduas?

—En efecto.

—Revolucionaria desde mil ochocientos diez?

—A su disposición, señor Coronel.

—Cómo se engaña uno! Me la figuraba á usted una mujeraza, capaz de tumbar un roble de un soplo.

—Muchas veces nos equivocamos respecto de los juicios que hacemos de las personas.

—Y por qué es que no la han ahorcado?

—He procedido con cautela.

—Pues continúe cuidando de su pellejo.

—No dejaré de hacerlo.

—Quiere usted prestar sus servicios á la Patria?

—A eso he venido á la Capital.

—Con qué cuenta para ayudarnos?

—Cuento con el señor que es un soldado valeroso, y señaló á Galeano.

El Coronel que, como se habrá comprendido, no era sujeto de guardarse nada de lo que sentía, y que antes por el contrario, pecaba de franco, se volvió á Galeano y le preguntó:

—Con que usted también piensa tomar las armas?

—Y por qué nó?

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Hombre, usted va ya cuesta arriba para el otro mundo, y los viejos son un obstáculo en los campamentos.

—A pesar de mi edad prometo que puedo ser útil.

—Util ó nó, para algo ha de servir Matusalén. Al menos le declaro que me gusta su buena voluntad Cuente con un amigo.

—Agradezco al señor Coronel la distinción con que me honra.

—Yo lo mismo, le manifestó á su vez Policarpa.

—Y bien, señorita. De qué será usted capaz ?

—Yo ?

—Usted, que es á quien me dirijo.

—De cuanto se me exija, por más difícil que parezca.

—Se atrevería á montar en un potro sin domar?

—Eso es contrario á la delicadeza de mi sexo.

—Entonces no ronque por los codos.

—Gracias.

—Las tiene usted todas.

—Las mujeres sirven de mucho, le dijo Suárez á Galea, deseando cortar la conversación entre éste y la heroína.

—Ya lo creo, respondió el Coronel. Al menos son útiles para enviarles noticias á sus copartidarios, teniéndolos al corriente de los planes y movimientos del enemigo.

—Y para buscar recursos, que no es poco, replicó la señora Rodríguez de Gaitán algo enfadada.

El Coronel, que comprendió que sus palabras no habían sentado bien en el ánimo de sus oyentes, se levantó del asiento en que estaba, y dirigiéndose á todos se expresó en estos términos :

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Alma de Barrabás! Se enfadan ustedes porque hablo con toda la boca? Lo siento. Se conoce que no están hechos á las armas. En fin, ya los dejaré de mortificar, puesto que parto esta misma noche para Tame, con los pocos ó muchos recursos que se han podido conseguir.

—Aguárdese otros días, Coronel, le dijo en tono de súplica la señora Ricaurte.

—No conviene por más tiempo mi permanencia en esta ciudad, porque he notado que se me espía, y no quiero que el viejo Sámano se dé conmigo un buen rato.

—Sería muy de lamentarse, repuso Suárez.

—Por supuesto, dijo el llanero, haciendo temblar el suelo de una patada y cerrando ambos puños. Cuando pienso que ese canalla, corta cabezas, puede ponerme la mano, de buena gana ahogaría á alguien. Y luégo agregó dirigiéndose á Policarpa: porque si se me suprimiera, quién había de echar lanza al enemigo, á horcajadas sobre los potros cerreros de la llanura?

—Y no teme el señor Coronel ser de repente descuartizado por una de esas fieras?

—Jamás me ha ocurrido pensar en semejante frivolidad. Desde que nací soy hombre de pelo en pecho, y esto lo puedo jurar por el vientre de Judas!

A tales palabras todos soltaron la risa.

—Digan ustedes á los amigos, continuó Galea sin darse por notificado, que sin hacer fuerza no se alzan cargas; que no se escondan temiendo la cólera de ese pobre bestia de tiranuelo, á quien ojalá se cargue el Diablo, y con tal gana, que no volvamos á oír hablar de él ni en

©Biblioteca Nacional de Colombia

esta vida ni en la otra. Con que no se les olvide, manifiesten á los patriotas que salgan á batirse por la República, si no quieren morir debajo de sus camas. Adiós, pues, y trabajar sin descanso, que allá vendrá la cosecha, como dicen los de mi tierra.

—Suplico al señor Coronel dé á Fray Mariño un buen apretón de manos á nombre de todos nosotros, dijo la señora de García Hevia.

—Con mucho gusto. Y han de saber ustedes que el tal Fray Mariño es un tesoro de inestimable precio. Audaz como pocos y vivo como ninguno ! Y lo mejor del cuento es que para conservar el prestigio que tiene entre los suyos, usa las charreteras encima de su traje talar, y pone la espada en el suelo ó sobre el facistol cuando va á celebrar el santo sacrificio de la misa.

Esta narración de Galea produjo gran hilaridad en su auditorio, y como maliciara que no se le creía lo que acababa de decir, prosiguió :

—No me creen lo que les acabo de contar de Fray Mariño ? Pues va más allá este buen Aquiles. Cuando quiere salir de algún *chapetón* de esos que deben algunas muertes y que son indignos de ser perdonados, para evitar la efusión de sangre y la irregularidad canónica, lo insacula y hace arrojar á la primera caudalosa corriente que se halle á mano.

—Hasta dónde llega el furor de su patriotismo ! exclamó Policarpa.

—Muchas veces la inmensa indignación produce explosiones inconcebibles.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Es evidente.

—Adiós, señorita.

—Adiós, señor Coronel. Cuente con una aliada.

—Insiste en servir á la causa ?

—Con decisión.

—Si así fuere, daré á usted un consejo.

—Que atenderé gustosa.

—Dormir de día y trabajar de noche; porque de noche ni el vestido ni el rostro perdidos en la oscuridad nos señalan á las miradas de nadie.

—Es muy cierto.

—Confíe en que nosotros, si somos ayudados, levantaremos la República de la postración en que se halla.

—Quiéralo el cielo.

—Y usted si sigue tan guapa como hasta hoy, aun cuando solamente pertenezca al arma de infantería, llegará á ser Porta-estandarte del Gran Regimiento de la Independencia.

Y al decir, salió sin escuchar más razones.

Al partir de esta noche, en que Policarpa se expresó con ferviente entusiamo en favor de la libertad, dejando en sus oyentes gratísima impresión, volvieron á reunirse los conspiradores, ya en la misma casa, ya en otros puntos; pues era forzoso variar de sitio, desde luégo que por este medio no infundirían sospechas á la autoridad y podían trabajar con más ventaja.

En una de estas reuniones, Suárez habló á Policarpa de Savaraín ; manifestándole que tenía relaciones con él y que lograban verse frecuentemente.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Si esto es así, le dijo la patricia, facilíteme una entrevista con ese joven.

—Para qué ?

—Es un secreto que no puedo revelar.

—A dónde quiere que lo lleve ?

—A casa del Padre Beltrán.

—El Reverendo está ausente.

—Pero aquí ha quedado su hermana, en cuya compañía vivo.

—Cuente usted con que mañana por la tarde cumplirá su deseo.

En efecto, al día siguiente á los tres cuartos para las seis de la noche, Suárez y Savaraín se presentaron sigilosamente en la habitación de la señora Margarita, pues que la casa del Padre Beltrán, á pesar de encontrarse él lejos, no era bien mirada por los agentes del Gobierno.

Dejemos á la virtuosa hermana del Sacerdote, á quien causó no poca sorpresa la visita aludida, hablar con Suárez de su nunca olvidado ausente, y estegnografiemos la conversación que tuvieron Policarpa y Savaraín ; quienes al verse frente á frente, experimentaron tal emoción que paralizó por el momento su voz.

—En su fisonomía se ven las huellas del dolor y del insomnio, dijo al fin la heroína á su amante.

—Son los verdaderos compañeros de la desesperación.

—Está usted muy demudado !

—No he de estarlo, si he sufrido tánto y por tan largo tiempo ?

Y aquí refirió Savaraín á su amada la historia de

©Biblioteca Nacional de Colombia

su vida, desde que se habían separado en Guaduas hasta el momento presente. Historia que Policarpa escuchó tan conmovida, especialmente cuando la contó el episodio de su condenación á muerte, y la manera casual como se hubo salvado del patíbulo, que no fue dueña de dominar un sentimiento de indignación, á la vez que de suprema alegría.

—Es una rareza que nos hayamos vuelto á ver.

—No sé qué presentimiento me anunciaba que no moriríamos antes de hablar otra vez de nuestro amor, la contestó el cautivo, en cuyos ojos resplandecía el fuego de la pasión.

—De nuestro amor? le preguntó Policarpa mirándolo con fijeza, y sintiendo que su pecho palpitante respiraba vida y felicidad.

—Sí, de nuestro amor. Es que usted ya no me ama? Si me convenciera de ello, no sé qué me pasaría.

Y al ruído de estas palabras ambos á dos quedaron en una profunda, dulce y vaga meditación, pues que el inmenso cariño que se profesaban, por tánto tiempo contenido, brotaba nuevamente de sus corazones, como se abre una rosa á los ardientes rayos del sol.

Policarpa leía en el pensamiento de Savaraín como en un libro; Savaraín penetraba en el de Policarpa con su mirada escrutadora!

A un instante, aquél continuó:

—Usted sabe que apenas la ví la profesé un amor grande é indestructible! Amor que es mi gozo y mi tormento! Amor que me causará la muerte, y que sin embargo moriré bendiciéndole.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Policárpa, que gozaba en extremo con sentirse amada, sonrió con esa dulce expresión de una madre que escucha alguna gracia de su hijo, y exclamó:

—Tiene usted un excelente corazón!

—La prometí adorarla siempre y lo he cumplido, eso es todo.

—Juzgué que me había olvidado.

—Jamás. En la campaña hablaba día y noche con Galeano de usted. De mis esperanzas de ser feliz alguna vez á su lado.

—Todo me lo ha referido.

—Y qué es de ese buen amigo?

—Me acompaña.

—Cuánto me alegro de que haya sido fiel á la promesa que me hizo.

—Bien mío.....

—Ya la escucho.

—El verdadero amor, emanación celeste de una divinidad incomprensible, proporciona en sí mismo placeres tan inefables, que hay circunstancias en que no nos permite aspirar ni apetecer los goces de los afectos de la tierra.

Savaraín, que opinaba que la pasión por la mujer se compone de dos sentimientos: uno físico, que se llama interés, y otro moral, que se denomina reconocimiento, quedó por un momento filosofando como lo hacía Hamlet ante Gertrudis, y luégo dijo:

—El amor como la belleza, son para ser gozados.

—Qué me quiere decir?

—Quiero decirla que no puedo prescindir de usted.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Y bien ?

—Háble me con franqueza.

—Váyase.

—Me despide ?

—Lo despido.

—Por qué me causa tamaño enojo ?

—Es que hay cosas imposibles ; y al manifestar esto Policarpa parecía que todo el fuego de su alma se evaporaba en suspiros.

—Sufre con tenerme á su lado después de una ausencia tan larga ? Y es esto amor ? Y es este el aprecio que hace usted de las promesas que me hizo en una ocasión ?

—Tenga piedad de mí.

—Infeliz del hombre que se deja engañar por los frágiles juramentos de una mujer !

—Qué está usted diciendo ?

—Digo que me matan la rabia y el pesar.

—Hace mal en encolerizarse.

—Tengo razón. Soñarla á usted por tánto tiempo, y no encontrar al través de mis ilusiones otra recompensa que el desengaño, es para volverme loco.

—Deje ese lenguaje, se lo suplico.

—Con qué palabras quiere que me exprese al oirla que me despide ?

—Sea razonable.

—Para qué me ha hecho venir á su lado ?

—Para verlo, que era todo mi anhelo.

—Nada más ?

—Es usted libre ?

©Biblioteca Nacional de Colombia

—A qué viene esa pregunta ?

—Contésteme. Es libre ?

—Qué entiende usted por libertad ?

—Entiendo por libertad, el poder dirigirnos á donde quiera nuestro deseo; el estar á donde nos plazca; el obrar según los honestos consejos de nuestra voluntad.

—Y qué hay ? la interrogó Savaraín con acento seco y nervioso.

—Hay que usted es un cautivo del despotismo.

—Y este cautiverio me hace indigno de su amor ?

—No. Es apenas una fatalidad.

—Por qué me recuerda mi infortunio ?

—Óigame con paciencia. El cielo hizo nuestros corazones el uno para el otro; y no me queda duda de que si hubiéramos nacido en un país libre, seríamos demasiado dichosos. Desgraciadamente venimos al mundo bajo la sombra secular de la tiranía, y esto, si bien no nos quita el derecho de amarnos, no nos permite ser felices.

—Lo cree así ?

—Cómo no he de creerlo ? Sería lo más grato para mi corazón verlo á usted todos los días; oír sus sentidas palabras de cariño; gozar de sus ternezas, y llegar á ser suya por los medios que la religión y la sociedad le permiten á una mujer pertenecer á un hombre. Pero es que el despotismo nos consiente semejante dicha ?

—Mas no podrá prohibir que nos amemos.

—Ya lo he dicho, y por esto es que nos amamos.

—Nos amamos, repite usted ?

—Sí, porque yo le amo tanto como soy amada; pero

©Biblioteca Nacional de Colombia

si este amor puede ser eterno en nosotros, jamás tendrá otro resultado que el sufrimiento, mientras no vivamos al amparo de la libertad.

—Es usted superior á mí en todo !

—No lo crea.

—Reflexiona, y yo me dejo llevar de la pasión que me arrebata !

—En lo que se muestra poco juicioso.

—Juzga usted que no podremos ser felices mientras no seamos libres, y debo creerlo.

—Entonces ?

—Entonces ?

—Trabajemos primero por la libertad.

—Lograremos acabar con la tiranía ?

—Nada hay eterno, menos la iniquidad.

—Hagamos, pues, nuevos esfuerzos.

—Hagámoslos. En el convencimiento de que si el despotismo que carece de pudor existe, es porque la servidumbre le concede más de lo que él se atreve á pedirla.

—Qué quiere usted que yo haga ?

—Conspirar.

—De qué manera ?

—No tiene amigos entre las gentes que lo custodian ?

—Los tengo. En el Numancia hay republicanos

—Introdúzcase mañosamente con ellos.

—Lo haré.

—Desde esta misma noche.

—Convenido.

—Bien, Savaraín. Retírese ya, y trate de verme siem-

©Biblioteca Nacional de Colombia

pre que le sea posible. Suárez, que está conmigo frecuentemente, dirá á usted los sitios donde podemos encontrarnos.

Al terminar estas frases, Policarpa llamó la atención de Suárez para darle las gracias por el importante servicio que le había prestado, y después de cruzar con él unas breves palabras, los dos caballeros se retiraron; el uno con su buen humor de siempre, y el otro maldiciendo la tiranía que no lo dejaba ser feliz.

—Con que ese joven es tu novio? preguntó la señora Margarita á su ahijada.

—Ese es Savaraín, á quien los españoles han sometido á servir en sus filas.

—No me disgusta.

—Es encantador.

—Y cuándo se casan?

—Eso sólo Dios lo sabe.

—Cómo así?

—No podemos unirnos hasta que no seamos libres.

—Jesús, María y José! dijo la señora santiguándose.

—De qué se asombra?

—De lo que me acabas de decir.

—Cómo quiere que me despose con un cautivo?

—Entonces, desistir del asunto. Porque antes verá un réprobo la cara de Dios, que nosotros la libertad.

—Desconfía mi madrina?

—Desconfío. Y me permito darte un consejo.

—Veamos cuál.

—Déjate de tomar parte en la política.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Por qué?

—Porque cuando menos lo pienses, puedes ir á parar á la cárcel.

—Madrina, perdóneme que la diga que no puedo volver atrás.

—Entonces, ahijada, tengo la pena de decirte que no estando presente mi hermano, á esta casa no pueden entrar personas sospechosas que lo acaben de comprometer; y menos en estos momentos en que algún buen corazón se empeña con Sámano para que le levante la pena que le impuso el General Morillo.

—Excuse las molestias que la haya causado.

—No han sido ningunas, pero yo no quiero que continúes conspirando.

—Siento no poderla complacer.

Y al decir esto Policarpa se retiró á la pieza que tenía en la casa de su madrina, en donde la esperaba Galeano; y al día siguiente por la mañana ambos dejaron la compañía de la señora Margarita, y se instalaron donde la señora Ricaurte, quien les dió, ya por bondad, ya por que eran sus copartidarios, muy favorable acogida.

CAPITULO XVIII.

Asechanzas.

Desde el momento en que Policarpa vino á la Capital y visitó á la señora Ricaurte, entró con poderoso ahínco en plena carrera revolucionaria, haciendo á un lado

©Biblioteca Nacional de Colombia

todo cuanto pudiera interesar á su persona, para poner el sello de la ejecutoria á su trascendental misión.

Resuelta á desafiar la adversidad, á que en breve se vería sometida, espiaba todos los pasos del Gobierno; solicitaba recursos de los patriotas; compraba armas; seducía soldados realistas; y escribía continuamente correspondencia epistolar, todo con el fin de servir á su causa.

Y téngase presente que cuando la heroína obraba con mayor intrepidez, era cuando Sámano, dementizado por la crueldad, mataba sin compasión; pretendiendo aterrar al pueblo, y sobre todo á los caudillos republicanos que vivían escondidos, sin saber qué partido tomar contra la implacable saña de aquel déspota, muy semejante en su conducta pública á los antiguos Procónsules Romanos.

Sin duda la patricia, valiéndose de la sutil destreza y extraordinaria malicia propias de la mujer apasionada, penetró hasta el recóndito de tántos hombres que habían perdido la fé, y tuvo que presenciar mucha debilidad de parte de algunos de sus copartidarios, que no alcanzaban, por entonces, á deletrear una sola palabra del consolador programa del porvenir.

Tal vez debido á esta circunstancia, corrió un espacio de tiempo de cerca de ocho meses, en que el alma ardiente de la heroína fue el centro de donde partieron todos los rayos de la nueva reacción que se operaba en la Capital. Así, ella se imponía en las pequeñas reuniones de republicanos, atemperaba los espíritus desfallecidos y daba calor á los corazones. Y juzgamos que, debido á la

©Biblioteca Nacional de Colombia

firmeza de su carácter, sinceridad de sus convicciones é inquieta imaginación, llegó hasta adquirir una gran dosis de elocuencia, que la sirvió de mucho para atraer no pocas gentes al culto de la Patria libre.

Es evidente que el hombre tiene el genio de la verdad, pero no es menos cierto que la mujer posee la pasión que conduce á tributarla homenaje; razón por la cual hay siempre una de ellas en el origen de todas las causas grandes! Por esto, en el movimiento iniciado contra el ominoso poder de Sámano, quien descendió de la Magistratura á cañonazos, la revolución encontró á Policarpa, cuyos esfuerzos fueron incalculables, y cuya sangre sirvió de fecundo rocío á los corazones libres para enfrentarse implacablemente á la tiranía, hasta alcanzar cruentas pero definitivas victorias que consagraron la Independencia de todo un continente.

Preciso es no perder de vista que cuando la heroína entró en activa rebelión, la Patria fincaba todas sus esperanzas en una pequeña fuerza que ocupaba la Provincia de Casanare. Entonces era necesario proteger á aquellos leales y sufridos amigos, y Policarpa, que tenía alma fundida en molde de acero, se dedicó á esta tarea, y con tánto entusiasmo, que no pasó una semana, hasta el momento en que fue aprehendida, en que no enviara recursos á los Llanos.

Referir todos sus trabajos durante los últimos meses de su vida sediciosa, sería larga tarea; baste decir que en este tiempo envió á Casanare, según el testimonio de Fray Mariño, dado en mil ochocientos diez y nueve después del

©Biblioteca Nacional de Colombia

triunfo de Boyacá, más de ochocientas armas blancas; doscientas de fuego; cerca de veinte mil pesos en alhajas y moneda acuñada; muchos oficiales y soldados, algunos de los cuales hicieron fama, é infinidad de cartas dando noticias importantes respecto del estado del Ejército real, de los parques del Gobierno y de los movimientos del enemigo.

Compréndase cuánto afan, cuánto desvelo, cuánta angustia y cuánta alarma sufriría aquella mujer, que hacía sus salidas fuera de la ciudad, no tan sólo para ver de conseguir recursos, sino también para salvar á patriotas á quienes perseguía el realismo.

De rigor era que su pasmosa y privilegiada actividad no pudiera permanecer oculta, y en una ocasión, entre otras, se cogió un posta que iba hacia la Cordillera con correspondencia importante para Fray Mariño y Galea, firmada por una mujer que decía llamarse María de los Dolores.

El Gobierno, justamente alarmado, se puso en averiguación de la responsable, y como el nombre de la firmante no era conocido en la Capital, recayó la sospecha del hecho: primero en la señora Ricaurte, y luégo en la señora Rodríguez de Gaitán; mas como ambas comprobaran que no tenían parte en el asunto, el realismo quedó atónito sin saber de dónde le venía el golpe, cuyo autor era Policarpa.

Empero, como al posta cogido se le hicieran dar las señas de la persona que le había entregado la correspondencia, continuaron las averiguaciones con el tesón que merecía la importancia del asunto. Cogido el hilo que podía conducir al conocimiento del responsable, el realismo supo que había una mujer en la Capital, turbulenta

©Biblioteca Nacional de Colombia

y muy audaz, que conspiraba día y noche, y se entendía con los revoltosos de Casanare.

Indignado Sámano, se propuso averiguar quién era la rebelde, y entre los esbirros que designó con tal objeto, puso toda su confianza en el Sargento Iglesias; hombre brutal y astuto, dado á los placeres de Baco, y por quien el mandarín tenía mucha deferencia, á pesar de la llaneza de su privanza y de la tenacidad de sus aspiraciones.

Iglesias se dió á husmear su presa, cuya filiación conocía, y más de un chasco sufrió en maliciosos reconocimientos. Al fin, un día creyó haber dado con la patricia, merced á la siguiente circunstancia:

Pasaba por el frente de la casa de la señora Margarita, considerada, como ya se sabe, por sospechosa, y vió salir de ella á un joven, al cual se dirigió preguntándole:

—De quién es esta casa?

—De la señora Margarita Beltrán.

—Qué eres de tal señora?

—Su sirviente.

—Sólo tú vives con esa mujer?

—Y una criada.

—Nadie más que los tres?

—También suele pasar mi hermana algunos días con nosotros.

—Cómo se llama tu hermana?

—Policarpa.

—Espera, chico, que yo he oído ese nombre! Y después de cavilar un rato, agregó: está adentro esa joven?

—Nó, pero esta noche ha de venir.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—A qué horas?

—De las siete á las nueve.

—Guapa es cuando sale en tiempo tan trabajoso.

—Y por qué no ha de salir, si es una pobre muchacha?

—Es cierto.

—Y muy puesto en lo corriente.

—Sabe que tengo de hablar á tu hermana.

—Sobre qué?

—Para darla un recado que la manda un Oficial, que se muere de amor por ella.

—Se lo diré, y cuente con que esta noche la verá, si como nos dijo el otro día, no se ha ido ya para el campo.

—Sigue tu camino.

A este mandato, Bibiano, que era el joven con quien departía el Sargento, se fue retirando poquito á poco, y apenas perdió de vista á Iglesias, á quien había visto como á los dedos de sus manos, pues que este mal hombre era tan conocido en la ciudad como la malva, echó á correr en busca de la heroína, que estaba á la sazón en casa de la señora Ricaurte.

Por lo demás, Iglesias estuvo de plantón en el quicio de la puerta de la casa de la señora Margarita, desde las seis de la noche hasta cerca de las once, y como no viera entrar ni salir de ella á nadie, se rascó la cabeza y partió diciendo:

—Ese demonio de muchacho me ha dado una mala pasada, pero allá me las pagará.

Lo que en efecto sucedió. Sirviéndole, por otra parte,

©Biblioteca Nacional de Colombia

el conocimiento que hizo de Bibiano, muy parecido por cierto á Policarpa, para reconocer á ésta y entregarla á sus enemigos.

La insurgente, dando la debida importancia á lo que la refirió su hermano, improbándole seriamente la indiscreción que había cometido, tomó el partido de ocultarse; mas como en ella había un fuego que sólo debía extinguirse con su sangre, se cansó pronto de la vida ociosa é inactiva, y volvió á salir desafiando brazo á brazo la muerte que la esperaba. En la grande y extraordinaria empresa en que había entrado, muy propia de su carácter, tenía la mayor confianza en la fortuna y contaba con la victoria, pues que consideraba al cielo colmado de hacer sufrir males á su querida Patria.

No pudiendo reunirse ya con sus amigos de conspiración en las casas y lugares donde hasta entonces se habían entendido, pensó en otro punto más á propósito, por estar fuera del ojo de Argos de la autoridad, y con el infatigable Suárez convinieron, en que en adelante el sitio de reunión sería una pequeña casa de que éste era propietario, ubicada en el barrio de las Nieves, en la cuadra siguiente, acera izquierda, de la antigua calle del Arco, hoy completamente trasformada.

Por desgracia, estando Policarpa bajo la vigilancia de previsoras asechanzas, esta casa de Suárez fue el punto de partida de ese inmenso calvario á que el destino, que multiplicaba á su alrededor los abismos, la obligaba á precipitarse para convertirla en gigante.

©Biblioteca Nacional de Colombia

CAPITULO XIX.

El realismo en conflictos.

Si á fines del pasado siglo, una opresión que pudiéramos llamar feudal, excitó en los siervos el sentimiento de la rebelión; en mil ochocientos diez la idea del derecho, emanada del privilegio y régimen reinantes, fue la causa de ese general trastorno, que empezando sin sangre, concluyó por una desastrosa lucha de diez y siete años, acaso la más formidable y apasionada que haya osado la razón colectiva del pueblo.

Los descendientes de los Comumeros comprendieron que les era difícil, si no imposible, abrirse paso hacia la igualdad legal sin la guerra, que aunque un obstáculo para desarrollar los dulces afectos, era necesaria para que la sociedad cambiara, transformándose los sentimientos de los hombres por la acción libre de los individuos; que es lo único que puede consagrar el dogma de la justicia en la libertad.

Para llegar á este resultado hubo matanzas, pero con los hechos triunfó la doctrina; porque la doctrina y los hechos no son dos mundos aparte, como quieren hacerlo creer cuantos desconocen la manifestación de la Providencia en la filosofía y en la historia; desde luégo que la teoría no se separa nunca de los acontecimientos, como no se separa el ingenio más bizarro del medio ambiente en que Dios plugo colocarlo.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Para no ir muy lejos en la prueba de la mutua relación entre los hechos y las ideas, nos basta apenas recordar que si Morillo, Sámano y otros caudillos realistas, gobiernan con la clemencia y la ley, en vez de echarse por el abuso del Poder y la fuerza, elevando el patíbulo á rango de institución militar, y haciendo del verdugo una necesidad política, probable es que la España no hubiera perdido sus Colonias; pero la tiranía que era el hecho, aquilató en los oprimidos el amor á la libertad que era la idea, y de aquí la pertinaz tendencia de los criollos contra el despotismo.

El año de diez y siete, la lucha entre patriotas y realistas era algo más que una temeridad por parte de los primeros; siempre que no contaban con elementos para enfrentarse á un enemigo tan poderoso como engreído. Pero así y todo, la crueldad hizo aparecer grandes almas que no desmayaron ante el infortunio, y ellas fueron suficientes á reconstruír el gran partido que consagró la Independencia en la América meridional.

Entre esos espíritus, ricos en buenas prendas, está en primer término Policarpa. No tanto por la circunstancia de sus naturales talentos, sino por los esfuerzos que hizo durante su vida revolucionaria; entre los cuales, sus buenos oficios y actividad en la formación del Ejército de Casanare, que abrió paso al Libertador para trepar la Cordillera andina, hacen la apoteósis de su genio.

Hay para todos aquellos á quienes la Providencia destina algún papel de importancia en los acontecimientos humanos, un momento en que es tan extraordinario

©Biblioteca Nacional de Colombia

el peso de su misión, que los precipita en la escena final del drama que les ha tocado representar.

Principiaba el mes de Octubre del año últimamente anotado, y ya le era imposible á la heroína continuar conspirando sin provocar el destino ; pues que el Gobierno sabía quién era, y lo que había hecho ; y se la buscaba con mayor tesón que nunca, para darla cuando menos afrentoso tormento.

La patricia, resuelta á sacrificarse por la República, con la fé y el heroísmo con que esas vírgenes del tiempo de las guerras de las Cruzadas iban á morir en suelo extraño por su Dios y el orgullo de su Nación, antes de caer en alguna simple emboscada, quiso dar las últimas pinceladas al cuadro que había de consagrar su gloria, y tomó una suprema resolución.

Era el veintisiete del mes en referencia, y en la noche de este día debían reunirse algunos conjurados en la casa de Suárez, para tratar de un asunto de grave importancia. El Gobierno, alarmado por el curso que habían tomado los acontecimientos políticos, que se sabrán en seguida por boca de los conspiradores, había mandado redoblar la vigilancia en toda la ciudad, y puesto precio á las cabezas de una media docena de insurgentes, inclusive á la de Policarpa.

El tiempo era lluvioso y la noche estaba casi tan negra como paño mortuorio, cuando á eso de las diez, una mujer envuelta en una larga mantilla, sacó de la faltriquera de su traje de pancho azul una llave, la introdujo en la cerradura de la puerta principal de la casa á que hemos hecho alusión, y entró en ella.

©Biblioteca Nacional de Colombia

A otro rato llega al mismo sitio un hombre de edad avanzada, hace lo mismo que la mujer y se le une.

No habrían pasado tres minutos, cuando un tercer personaje se zampó también en la habitación, sin más trabajo que el haber empujado la puerta que el viejo había dejado entornada.

Menos de un cuarto de hora después, se asoció á los tres conjurados un cuarto conspirador, é iba á reunírseles un quinto, cuando oyó cerca de sí los pasos de una persona que le seguía. Entonces, en vez de entrarse en la casa, continuó su camino y se precipitó en la oscuridad.

El hombre que seguía al sedicioso, no era otro que el Mayor Don José de Olmedilla, segundo Jefe del primer Cuerpo del Regimiento de Numancia; quien se quedó estupefacto al ver que la presa que tenía entre sus garras se le había escabullado y como hundido en la tierra!

No obstante, como el Mayor no sabía quién era la persona á quien espiaba, ni á dónde se dirigía, prefirió no volver sobre sus pasos, encaprichándose en seguirla la pista por mera curiosidad. Mas todo fue en vano, porque el perseguido, malicioso y ligero como un ciervo, bajó dos cuadras y media al partir de la casa de Suárez, subió en seguida tres, llegó á la esquina de la tercera Calle Real, se paró un instante mientras tomaba resuello, y luégo siguió paso entre paso en dirección al camellón de las Nieves, silbando una tonada báquica muy en boga.

Al llegar al Puente de San Francisco, se encontró con un cuarto de ronda que lo contuvo, preguntándole:

—Quién va?

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Gente de paz.

—Haga alto.

—Soy el Cabo Ambrosio Arellano, del Numancia.

—A dónde se dirige?

—Un poco más adelante, á cumplir una comisión.

El Oficial que mandaba la patrulla, que era quien interrogaba á Arellano, sacó un fósforo, lo rascó y le arrimó la llama á la cara. Una vez que lo hubo reconocido, le dijo:

—Con que verdaderamente va usted en comisión?

—Se entiende.

—Ah, pícaro! Estoy seguro de que trabaja en asunto propio.

—Es probable, mi Capitán.

—En todo caso, que encuentre usted á su amada durmiendo sola.

Y diciendo esto, se dejó oír una estrepitosa carcajada á dúo, y Arellano, que era sujeto muy estimado por su buen carácter, siguió su camino.

El Cabo, á quien Savaraín había conquistado para la Patria, sin darse por notificado de lo acontecido, se dirigió al lugar de la cita y reunió con sus compañeros.

Una vez juntos los conjurados, y no habiendo más á quien esperar, Policarpa les dirigió la palabra en estos términos:

—Amigos, los momentos que atravesamos son preciosos y críticos.

—Más que críticos para el viejo Sámano, ese malvado que no se harta de desgracias, y que cada día anhela más

©Biblioteca Nacional de Colombia

desdichas, hasta ver el fondo del abismo del humano infortunio, agregó Suárez.

—Sí, continuó la heroína. El tirano está sorprendido del incremento que han tomado nuestras fuerzas de los Llanos, y aterrado con los movimientos que ejecutan estos valientes sobre la Cordillera.

—Es eso cierto? la preguntó Savaraín.

—Tan cierto como que ya Fray Mariño ocupó con ochocientos hombres el pueblo de Chire.

—Bravo! exclamó Arellano entusiasmado.

—Hay más, la guerrilla que los jóvenes Almeidas levantaron en Machetá, cuenta hoy, debido en parte á nuestros esfuerzos, cerca de trescientos lanceros denodados, que se han dirigido á Chocontá y establecido allí su Cuartel general.

—La cosa marcha! repuso Suárez lleno de contento.

—Sé á ciencia cierta que mañana sale de aquí el Coronel Tolrá con ochocientos veteranos á combatir á los Almeidas; y como ya están otros tantos soldados de la tropa real sobre la Cordillera, es claro que la ciudad va á quedar custodiada con muy poca gente.

—Con más de mil hombres.

—Contando los del Numancia, entre los cuales tenemos muchos amigos; no es verdad, Arellano?

—Evidente, amigo Suárez.

—Quedan ustedes enterados de la situación, que no puede sernos más favorable; y les juro por el Dios que está en los cielos, que tengo la creencia de que hay un poder que vela por la felicidad del género humano, y que nosotros contribuiremos á fundar la libertad.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Los actuales momentos son en extremo ventajosos para un golpe de mano, manifestó Suárez.

—Para un golpe de mano ?

—Sí, Policarpa.

—Está usted loco ?

—Hablo formalmente.

—Apenas me atrevo á creerle !

—Pues lo siento en el alma.

—Qué quiere usted decir ?

—Quiero decir que Sámano debe pagar con su vida todas las muertes que ha hecho, y que debemos tener el valor de salir de él.

—Y quién lo mata?

—Yo.

—Y yo, dijo Arellano, dándose una fuerte palmada sobre el pecho.

—Cómo lo matan ?

—Entramos en Palacio con cualquier pretexto, eso no faltará, y.....

—Le damos de puñaladas en el corazón, agregó el Cabo, rapándole la palabra al fanático patriota santafereño.

—Y luégo ?

—Con la muerte del tirano quedarán aterrados sus sicarios, y nuestros amigos podrán aumentar los conflictos en que está el realismo, haciendo más densas las nubes que están empañando el horizonte de la tiranía, y abriendo anchas vías al porvenir de la Patria.

—Y si se erra el golpe ?

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Si se erra el golpe, Policarpa, mi cabeza será del verdugo.

—Y la mía, agregó Arellano.

—Qué dicen ustedes de mi proyecto?

—Por mi parte no lo acepto, contestó la heroína.

—Ni por la mía, repuso Galeano.

—Ni por la mía, dijo Savaraín.

—Por más lógico que parezca el tiranicidio á los entendimientos exaltados, repuso la patricia en defensa de su negativa, siempre es un hecho que peca contra la moral y las leyes de la humanidad.

—El tirano, que es el que torna en injusto el Poder que se le ha conferido, se pone fuera del amparo de dichas leyes.

—No, Suárez, le arguyó Savaraín. Matar en lucha franca y leal, puede que sea disculpable y aun corriente. Matar en todo otro caso, aun cuando sea al más depravado de los hombres, es una infamia y un crimen.

—Y cómo Sámano mata por docenas?

—Porque ese hombre, respondió Policarpa, aborrece por instinto y sistema! Porque es torpe en sus aspiraciones, y juzga que el único medio de conservar el mando es segando cabezas! Empero, ¿acaso nosotros que aspiramos al reinado del derecho, que es todo clemencia para con el prójimo, debemos imitar los crímenes de nuestros amos? Nó y nó.

—Sámano, continuó Savaraín, que está fuera de toda conciencia, desterrado de la razón, vaga en la sorda oscuridad que lo convierte en lamentable paria del crimen, y en vez de matarlo debemos compadecerle.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Me adhiero á lo que acabo de oír, dijo Arellano.

—Y yo desisto de mi propósito, repuso Suárez, una vez que no es aceptado. Mas ya que el déspota no es víctima nuéstra, ojalá no lo vayamos á ser nosotros de su iniquidad.

—Los he invitado á ustedes aquí, continuó la patricia, para comunicarles un plan, el único que juzgo aceptable en las presentes circunstancias.

—Veamos cuál es esa combinación? preguntó Arellano.

—Creen ustedes que la suerte se nos muestre favorable?

—Sí, contestaron todos.

—Para mí, el horizonte muestra á la mirada menos severa, una alborada menos confusa.

—Así es, interrumpió el estoico Galeano, que había permanecido inmóvil como la estatua de Mhilos.

—El despotismo toca á su fin ; y al fin de toda causa política hay que ponerle el contingente de esfuerzos que reclama la victoria.

—Convenido, repuso Savaraín.

—Suárez, hablo con usted.

—Estoy pronto á escucharla.

—Usted es un hombre resuelto á todo.

—De ello he dado pruebas.

—Nuestros paisanos que han tenido la espalda encorvada bajo el látigo, y la cabeza doblada á golpes, se están reanimando y trabajan.

—Trabajamos, decía tío Luna.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Sí, trabajamos. Pero es preciso que en estos supremos momentos, nos mostremos más enérgicos y activos que nunca.

—Convenido.

—Aquí hemos hecho cuanto nos ha sido posible en favor de la Independencia.

—Ya lo sé.

—Aun podemos hacer más fuera de la ciudad.

—En dónde?

—En los Llanos. Un soldado más en la intrépida legión que comandan Fray Mariño y los Coroneles Galea y Nonato Pérez, es una mayor fuerza.

—Eso no puede revocarse á duda.

—Pues bien, mi plan es que vayáis todos, sin demora, á incorporaros en el ejército de Casanare.

—Por mi parte estoy listo.

—Arellano, hablo ahora con usted.

—Me complazco.

—Está usted resuelto, sí ó nó, á desertar del realismo?

—Esa pregunta me ofende.

—Déla por no echa y perdone.

—Si no estuviera resuelto á servir á la libertad, no me encontraría aquí.

—Irá á los Llanos?

—Tan pronto como se me exija.

—Cuántos soldados hay en el Numancia que se atrevan á acompañarlo?

—Adeptos á la causa hay muchos, pero resueltos á cuanto se disponga sólo se cuenta con mi persona, José María Arcos, Juan Manuel Díaz y Jacobo Marufú.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Valientes ?

—Ya lo creo.

—Tienen armas ?

—Tienen, pero será difícil que las puedan sustraer del cuartel.

—Por qué ?

—Usted lo sabe mejor que yo.

—Si lo sé, no caigo en la cuenta.

—Pues porque ya nos hemos robado no pocas, y esto ha dado mucho en qué pensar á los Jefes, y nos espían de continuo.

—Yo daré á sus amigos pistolas y puñales.

—Son buenas armas.

—Savaraín, me toca dirigirme á usted.

—No es poca felicidad para mí.

—Irá usted á Casanare ?

—Si me acompaña, iré.

—Y si no puedo retirarme de aquí por el momento ?

—Entonces, cómo dejarla ?

—Savaraín, usted ha sido un buen republicano y debe continuar siéndolo para conservar su reputación y la gloria á que tiene derecho. Ya le he dicho que debemos servir primero á la Patria, y cuando ella se haya emancipado, serviremos á nuestros corazones.

—De manera que al triunfar seremos felices con nuestro amor ?

—Sí, porque no habrá quien nos envenene el agua que bebamos ; quien nos infecte el aire que respiremos ; quien nos arrebate el sustento ; quien vigile y cuente las

©Biblioteca Nacional de Colombia

horas de nuestro sueño; ni quien envidie nuestro cariño haciéndonos imposible la vida.

—Iré á Casanare.

—Gracias por esa inteligencia de su corazón. Creo que usted es digno del amor que le he profesado y profesaré por toda mi vida.

A estas palab ras, Savaraín que sabía sentir y que comprendía toda la gravedad de una promesa hecha por la persona por quien tánto había suspirado, se acercó á Policarpa, la tomó las manos y la dijo:

—Sabré hacerme digno de ese amor que ha sido mi eterna ilusión, y juro á usted que la amaré hasta en la eternidad.

Forzoso es que lo digamos: en el instante mismo en que se tocaron en esta vez aquellas manos, Savaraín y Policarpa que habían reconocido la recíproca necesidad de estrecharse, fundieron en una sola sus dos almas. Desde entonces el destino desposó con su irresistible poder aquellas existencias, y en adelante, por ese insondable y divino misterio que reside en el equilibrio de las pasiones nobles, ya nada sería capaz de desunirlos. Suárez, que sabía hasta dónde se amaban sus dos amigos, se sintió complacido de las tiernas promesas que se hicieron, y les ofreció acompañarlos en el día de sus nupcias, aun cuando fuera como testigo. Y así fue, pues, que los dos amantes se desposaron en el cadalso, y el amigo subió con ellos á aquella cima que consagró su nombre en la historia.

En cuanto á Arellano, á quien nada importaban los trasportes de amor de Policarpa y Savaraín, haciéndose indiferente á lo que pasaba, dijo á la heroína:

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Todos hemos ofrecido ir á Casanare, menos el señor Galeano.

—Yo hago lo que Policarpa determine, siempre que la adoro como si fuese mi hija, y que reemplazo á su buen padre.

Al oir esta palabra "Padre," la patricia abrazó á Galeano, y ambos á dos dejaron ver en sus ojos el llanto. Tenían razón para entristecerse, pues que el Comunero Salabarrieta, agobiado por los años, y huyendo de sus enemigos, que no le daban un instante de reposo, se había retirado á las agrestes montañas, en donde murió solitario, dejando á la historia el cuidado de escribir su nombre entre los campeones de la libertad.

—Y bien, cuándo es el viaje? preguntó Suárez á Policarpa.

—Pasado mañana en la noche.

—Corriente, dijeron todos.

—Forzoso es que vengan aquí Arcos, Díaz y Marufú.

—Vendrán, respondió Arellano.

—Ahora separémonos, y que cada cual cumpla su palabra.

—Y al decir esto la heroína, todos fueron saliendo unos tras otros, menos Suárez que se quedó en su casa y acostó á dormir con la tranquilidad de un justo.

CAPITULO XX.

La última tentativa.

Al día siguiente de esta reunión, el mayor Olmedilla, malicioso con lo que le había pasado en la noche anterior,

©Biblioteca Nacional de Colombia

ordenó al Sargento Iglesias que pasara á la calle siguiente á la del Arco, y preguntara por el nombre de las personas que vivían en la acera izquierda.

El Sargento, que era amigo de aventuras, y que gustaba de averiguarlo todo, cumplió estrictamente la comisión que se le dió, é impuso á Olmedilla de que en la acera dicha había una casa habitada por un solo sujeto, algo truhán y bastante sospechoso, llamado Joaquín Suárez.

—Corriente, repuso Olmedilla. Tenemos el primer rastro de una buena presa.

—No comprendo qué me quiere decir mi Mayor.

—Quiero manifestarle que en esa casa, precisamente en esa, ocupada por un hombre solo, tiene lugar alguna intriga.

—Cómo lo sabremos ?

—Poniéndose usted de espía con el sigilo que acostumbra.

—Con estas noches tan crudas ?

—Con mal tiempo y todo. El Gobierno atraviesa una época crítica, y es preciso no dar lugar á nuevas conspiraciones y menos en la ciudad.

—Haré lo que se me manda.

—Y si observare algo, no tarde en darme razón de lo que ocurra.

—Se entiende, mi Mayor.

—Está usted despachado, Sargento ; y no pierda de vista que siempre se obtiene algo cuando un ojeador como yo y un sabueso como usted, le siguen la pista á alguna presa.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Iglesias pasó por el frente de la casa de Suárez cuantas veces pudo, que fueron algunas, y encontró la puerta siempre cerrada. Por la noche se puso en la esquina, y aun cuando vió que muchas personas cruzaron la cuadra, gentes infelices, pues que en aquellos tiempos esos sitios eran poco frecuentados por sujetos de valimiento, no observó que nadie entrara en la habitación.

Al día siguiente volvió á la misma tarea, resuelto á no continuar en ella si no sacaba provecho, y á eso de las siete de la noche vió que Suárez ocupó su casa.

—Bueno, se dijo para sí. Voy á saber cómo es verdad que este tunante tiene el arrojo de vivir solo por estos lados, en donde se deja ver con harta frecuencia el Penitente de la otra vida!

Es lo cierto que entonces se corría en la Capital, que un Fantasma de doce pies de altura, cuyos ojos eran las cuencas vacías de los dos globos extraídos de sus órbitas, iluminadas por una especie de fosforescencia lúgubre, llevando una disciplina en cada mano y vestido de túnica blanca, recorría algunas noches, á eso de la madrugada, parte del camellón de la Tercera, bajaba á la calle del Arco, se ponía en cruz al llegar á la esquina, daba un gemido de inmensa angustia, y desaparecía como por encanto apenas daban las campanas el toque del alba. Algunas viejas rezanderas daban testimonio de haber visto al Penitente, circunstancia que las había puesto en el dintel de la tumba, é Iglesias, que era un tanto supersticioso, creía la especie á pie juntillas.

Respecto del asunto, la creencia popular, á la vez

©Biblioteca Nacional de Colombia

estúpida y profunda, decía simple y llanamente, que la Aparición de que se trata era una alma en pena! Los espíritus positivos opinaban que era un sér humano, lleno de entusiasmo y de esperanzas, á la vez que de desdichas, es decir, un revolucionario, que servía por este medio singular á su causa! Quién tenía la razón? Que el lector se conteste el interrogante. En cuanto á nosotros, sólo hacemos constar, que en Agosto de mil ochocientos diez y nueve, apenas triunfó la República en la memorable batalla de Boyacá, el Fantasma desapareció para siempre.

A otro rato de haber visto el Sargento que Suárez penetrara en su habitación, observó que entró en ella una mujer, llevando un bulto debajo del brazo, cubierto con la mantilla.

—Ta, ta! exclamó el espía. No es el mozo tan maula! Hay amores en el asunto, y la dama lleva á su amante el adorado fruto del amor!

Pocos momentos después vió que entró otro hombre, y en seguida otro y otro, hasta que se completaron ocho.

—Vaya, prorrumpió Iglesias, metiéndose las manos en los bolsillos de su chaqueta y con aire de satisfacción: esto no es un enredo amoroso, es ni más ni menos que una conspiración!

Y se puso aceleradamente en camino hacia las oficinas en donde despachaba el Consejo de Guerra; lugar en que Olmedilla y Casano, que era Presidente de este Tribunal, trabajaban hasta tarde de la noche haciendo sumarios para mandar gente al patíbulo!

—Buenas noches, mi Mayor.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Buenas noches, Iglesias.

—Está todo descubierto.

—Cómo así ?

—Se conspira.

—Hable pronto.

—En la casa de Suárez hay actualmente una reunión de insurgentes.

—Tiene evidencia de ello ?

—Los he visto entrar con estos ojos que se ha de comer la tierra.

Olmedilla se levantó entonces del asiento en que estaba, puso unos papeles que leía sobre una mesa que tenía junto y dijo al Sargento :

—Sígame.

—Con fina y buena voluntad, mi Mayor.

Y estos dos hombres se dirigieron al Cuartel del Numancia.

Dejémoslos en camino, y veamos, entre tanto vuelven á aparecer en escena, lo que pasaba en casa de Suárez.

Las personas á quienes Iglesias había visto entrar en esta vivienda eran : su dueño, Policarpa, Galeano, Savaraín, Arellano, Arcos, Díaz y Marufú.

Cuando estos patriotas estuvieron reunidos, la heroína les dijo :

—Todo marcha. Se salvará la Patria.

—O moriremos con honor, repuso Galeano.

—Mis sueños me han anunciado repetidas veces que triunfará la República, que nos hará libres y felices.

—Benditos sueños ! exclamó Suárez.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Puesto que van á ser las ocho y podemos ponernos en peligro con las rondas, no perdamos tiempo.

—Pues procedamos, dijeron todos.

—Amigos, continuó Policarpa, el paso que vamos á dar es una de esas aventuras que necesitan de tánta audacia como de valor.

—No lo desconocemos, respondió Arellano.

—Antes teníamos expeditos los caminos y veredas, y podíamos obrar sin mayor riesgo; hoy están cruzados de soldados mercenarios que nos espían, y se debe obrar con resolución y cautela.

—Y más que todo, con juicio, agregó Galeano.

—Hay quien tema proceder según lo convenido?

—No, contestaron todos unánimemente.

—Prometéis por el sagrado de vuestras conciencias, ser fieles á la Patria y luchar sin tregua por la libertad?

—Sí, volvieron á decir todos con alborozo.

—Pues bien; yo os juro que tan pronto como haya terminado la campaña contra los Almeidas, á quienes tengo que ayudar desde aquí, me reuniré con vosotros en los Llanos; y en prueba de la lealtad de esta promesa, os doy por compañero á Galeano, á quien amo como á mi padre.

Y diciento esto, la patricia tomó de sobre un mueble que había en la sala en donde pasaba lo que estamos relatando, una caja de madera que había llevado, que era el bulto que la malicia de Iglesias había equivocado con un niño, la abrió y sacando de ella pistolas y puñales, armó á los sediciosos, menos á Suárez, que llevaba al cinto un par de magníficas armas de fuego y un agudo acero de superior calidad.

©Biblioteca Nacional de Colombia

En seguida sacó de la misma caja un par de mochilas con dinero y se las entregó á Savaraín, quien las dió á su vez á Arellano, que fue nombrado por unanimidad Tesorero de la expedición.

Por último, Pólicarpa puso en manos de su amante una carta para Fray Mariño, y se despidió de sus amigos reiterándoles la promesa de volverlos á ver pronto.

Al dar su adiós á Savaraín, éste la preguntó, con esa tenacidad de los amantes, que jamás oyen demasiado las afirmaciones apasionadas del afecto:

—No es verdad que usted me ama?

—Con todo lo que una mujer lleva de más puro y tierno en el fondo de su corazón.

—Será usted siempre mía?

—En la vida y en la muerte.

Así se despidieron aquellos dos séres, que no tuvieron del pasado más que recuerdos de amor; del presente, sino sacrificios que rendir á la Patria; y del porvenir, otra cosa que la espléndida y beatífica visión del cielo!

Al decir Policarpa las últimas palabras que hemos trascrito se lanzó á la calle, pues que amaba como aman todas las mujeres, que es lo mejor que saben hacer, y deseaba evitarse en tan solemne momento, el ser tentada por el pesar que podía exhibirla débil.

Tan luégo como la heroína hubo andado la parte de la calle en donde estaba ubicada la casa de Suárez, el Mayor Olmedilla, acompañado de Iglesias y cuarenta hombres de tropa, cruzaron la esquina opuesta y desembocaron en la citada calle; llegando en menos de un mi-

©Biblioteca Nacional de Colombia

nuto á la sala en donde estaban los rebeldes, que se preparaban para salir.

—Dáos presos, les dijo el Mayor.

Como es de suponerse, grande fue la inmutación de los sediciosos al verse rodeados por gente armada, á la que hubieran hecho resistencia, á pesar del número, si la sorpresa que embarga el ánimo, no les altera su genial varonil carácter.

—Dáos presos, repitió Olmedilla.

—Y quién nos pone presos? preguntó Suárez con altivez.

—Yo, contestó el Mayor. A usted y á ese viejo que está á su lado, y señaló á Galeano, por insurgentes contra los Poderes del Rey, nuestro Señor; y á los demás, por el mismo delito y por traidores.

—Bandidos! dijo Iglesias, tratando de abalanzarse sobre Suárez con aire amenazador.

—Reportáos, exclamó éste, sacando una de sus pistolas y amartillándola.

—Pillastrón!

—Sargento, mantenéos á prudente distancia, ú os levanto la tapa de los sesos.

—Cuidado, le dijo entonces Savaraín á su amigo. "No matarás," manda la ley de Dios.

Mas como Iglesias pretendiera estrangular entre sus férreas manos de tigre á Suárez, éste haciendo un terrible gesto de vigor, de amenaza y de cólera, le soltó el tiro, cuya bala se llevó el sombrero del Sargento.

—Bravo! exclamó éste, dando un salto atrás. Una cosa parecida me pasó en la acción de Calibío!

©Biblioteca Nacional de Colombia

Indignado Olmedilla con lo que acababa de presenciar, se dirigió á sus soldados diciéndoles:

—Preparáos para fusilar á ese hombre, y señaló á Suárez.

La tropa al oir la voz de su Jefe, apuntó sus fusiles al intrépido republicano; empero, cuando el Mayor iba á dar la voz de "Fuego," Galeano cubrió el cuerpo de Suárez, Arellano el de Galeano, y Savaraín el de todos, exclamando:

— A mí, tiranos!

Comprendiendo entonces Olmedilla que si persistía en matar á Suárez, sus amigos no lo permitirían impunemente, queriendo evitar una carnicería que podía hacerse luégo por el Consejo de Guerra, ordenó á sus soldados que bajaran las armas.

La tropa obedeció, y en el instante el Mayor con Iglesias se pusieron á desarmar á los insurgentes. Mas como Savaraín se resistiera á entregar las armas que tenía, lo sometieron á ello por la fuerza, dando esto lugar á que le encontraran la carta que la patricia le había dado para Fray Mariño; la que Olmedilla leyó con profunda atención.

—Quién ha entregado á usted esta carta?

—Una persona.

—Qué persona?

—Una cualquiera.

—Diga su nombre.

—No lo sé.

—Mi Mayor, repuso Iglesias, el insurgente con quien usted habla, como todos estos pícaros, es un embustero.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—De seguro. El crimen va siempre acompañado de la falsedad.

—Es muy cierto.

—En dónde vive Policarpa Salabarrieta? preguntó Olmedilla á los conjurados.

—No lo sabemos, respondieron algunos.

—Esta canalla, dijo el Sargento, sabe de tal mujer, y es muy probable que la tengan escondida en esta casa, pues que yo la he visto entrar.

—Mentís, le replicó Suárez.

—Que miento? Podía jurar que la vagabunda esa está aquí.

Y al decir esto sacó su navaja, cortó en dos una vela que estaba encendida, única luz que alumbraba la sala, y llevándose una parte, se puso á buscar á Policarpa por todas las habitaciones. Mas, no habiéndola hallado, volvió cerca de Olmedilla y le dijo:

—La pava ha volado, pero yo me pondré en ella por más ligeras que tenga las alas.

—Sargento, le contestó el Mayor, vaya usted sin demora al Cuartel, pida una escolta, busque á Policarpa Salabarrieta hasta en el centro de la tierra, y una vez hallada, póngala á disposición del Consejo de Guerra, viva ó muerta!

Iglesias salió corriendo á cumplir su nueva comisión, y Olmedilla se dirigió á paso regular al Numancia con los presos que había hecho, no poco feliz del éxito de su campaña.

©Biblioteca Nacional de Colombia

CAPITULO XXI.

El arresto.

Policarpa, ignorante de lo que acababa de pasar á sus amigos, se dirigió á la casa de la señora Ricaurte de Lozano, muy complacida de lo que había hecho. Mas como en el camino encontrara algunos obstáculos que la impidieran la marcha, dejó la vía recta que llevaba y se puso á cruzar calles y calles, asechada por las patrullas, hasta que á eso de las nueve de la noche se vió forzada á entrar en una botillería, sita frente á la puerta falsa del Templo Catedral.

Intimamente satisfecha de que no era conocida por la dueño de la tienda, se hizo la ilusión de que podía descansar en aquel sitio un rato, con cualquier pretexto, mientras pasaba el inminente peligro en que se veía.

A esta misma hora, Iglesias andaba en su busca, pero como no podía dar con ella, le ocurrió la idea de dirigirse á casa de la señora Margarita, en donde podía encontrarla, ó al menos al mozo que había visto salir de allí pocos días antes, y que le manifestó ser hermano de la heroína. Verdad es que él había olvidado este incidente, mas como ya la mano de la fatalidad se hacía visible sobre Policarpa, le llegó el momento de recordarlo y sacar partido de su recuerdo.

—Si me pongo en ese muchacho, se dijo, ó lo mato á golpes de baqueta, ó me descubre el paradero de su hermana.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Las nueve y media serían, cuando el maldito Sargento llegó con diez hombres armados frente de la casa del Padre Beltrán, y acercándose á la puerta de la calle dió en ella varios golpes.

Pasado un minuto, como nadie le contestara, ni saliera á abrirle, ordenó á su gente que "echara culata" sobre la puerta.

Los soldados, con ese torpe proceder de la fuerza bruta, obedecieron á Iglesias; y á poco, cuando ya la cerradura cedía á los redoblados y furibundos golpes que se la daban, Bibiano, envuelto en una larga manta, y tiritando de miedo, abrió.

—Qué se ofrece á estas horas? le preguntó al Sargento.

—Venimos á saber si está aquí Policarpa Salabarrieta.

—No señor. Hace tiempo que no asoma la cara por estos lados.

—Mentiroso, le dijo Iglesias, cogiéndolo de un brazo.

—Entren y búsquenla, á ver si digo verdad ó nó.

Y el Sargento, sin consideración alguna por la señora Margarita, cuyo susto era tál que, incorporada en su lecho, apenas podía articular palabra, entró y se puso á buscar á la heroína hasta por debajo de las camas.

No habiéndola hallado, entregó á Bibiano á los soldados, diciéndole:

—O me dices dónde está tu hermana, ó mueres esta noche.

Bibiano, comprendiendo la terrible situación en que

©Biblioteca Nacional de Colombia

se hallaba, y no queriendo caer en otra indiscreción, que podía comprometer la suerte de su hermana, se propuso mentir aun á costa de su misma vida, y contestó á Iglesias:

—Pues digo dónde está.

—Pero prontico.

—Hace un mes se fue para muy lejos.

—Eso no es cierto.

—Es muy cierto.

—Me lo juras?

—Lo juro.

—Pues tóma por perjuro, le dijo el Sargento, dándole un fuerte golpe en la espalda con una baqueta de hierro. El paciente dejó escapar un horrible grito, y suplicó:

—Por Dios, téngame compasión. Le prometo por las cinco llagas de Nuestro Señor Jesucristo, que mi hermana, temerosa de que la sucediera algo en la ciudad, se ha ido para la Villa.

—A qué Villa?

—Pues á la Villa, señor.

—Vamos á buscarla.

Y echando Iglesias al mozo por delante, tomaron la dirección de la calle del Comercio, llamada hoy calle Real, no sin que Bibiano dejara de sufrir de rato en rato tal cual estrujón, y otros golpes de baqueta más ó menos recios, que lo hacían poner el grito en el cielo.

Llegado que hubieron á la esquina de la plaza de la Constitución, actualmente de Bolívar, el Sargento que gustaba de regalarse con sendos tragos de aguardiente, viendo que estaba abierta á poca distancia, hacia el orien-

©Biblioteca Nacional de Colombia

te, una tienda, convidó á sus camaradas á tomar una *chispa*.

En efecto, todos se dirigieron á la botillería en donde estaba aún Policarpa; pues que la había sido imposible salir, por consecuencia de la mucha gente armada que pasaba por la cuadra, y una vez que llegaron, pidieron de beber.

Después de haber gustado la primera copa, el Sargento, que sobre los placeres de Baco no era nada esquivo á los de Venus, viendo que estaba en la tienda una muchacha con quien podía divertirse un rato, interrogó á la ventera:

—Ea, señora, esa chica que está ahí arrimada es su hija?

—No señor.

—Su hermana?

—Tampoco.

—Su nieta?

—Acaso soy tan vieja?

—Su sirvienta?

—Nada.

—Entonces?

—Es una joven que ha entrado aquí á descansar un momento.

—Mala costumbre es salirse de su casa á estas horas, por el solo motivo de darse gusto, dijo Iglesias, y acercándose á Policarpa, que estaba bajo la influencia de un horrible presentimiento, la ofreció un trago.

Esta lo rehusó, envolviéndose la cara con la man-

©Biblioteca Nacional de Colombia

tilla, á fin de evitarse el ser conocida; pero el miserable sicario dió en descubrirla cogiéndola el rostro con sus manos sucias y callosas, hasta que logró verla perfectamente.

—Qué parecida al chico! exclamó. Y llamando á Bibiano á su lado se fijó con atención en ambas fisonomías, y dijo satisfecho, como un General que obtiene la victoria: Al fin triunfé. Hé aquí lo que con tánto afan he buscado!

En seguida interrogó á Bibiano:

—Conoces está moza?

—No la conozco.

—Con que no la conoces?

—Jamás la he visto.

—Toma por embustero, le replicó, dándole un golpe en la cabeza con la mano cerrada. Luégo de lo cual tomó una luz que ardía sobre el mostrador, y acercándola á la cara del paciente, preguntó á la heroína:

—Sabe usted quién es este muchacho?

—No sé.

—Mírelo bien.

—Ya lo he visto.

—Y qué hay?

—Me es desconocido.

—Con que no conoce usted á su hermano?

—Mi hermano?

—El mismo.

—Yo no tengo familia.

—Sin embargo, usted y este mozo son tan parecidos como dos huevos.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Se equivoca el señor militar.

—Que me equivoco? Podría jurar que usted y su hermano sólo se diferencian en el sexo.

—Un diablo puede parecerse á otro, respondió Policarpa, que vuelta de su primitiva sorpresa, y recobrando poco á poco el imperio de su natural serenidad, no quería ceder terreno.

—Pues por la misma razón de parecerse un diablo á otro, va usted presa.

—Señor, le replicó entonces la dueño de la tienda, esa es una pobre muchacha, no la haga mal.

—Pobre ó nó, se marcha conmigo la bribona.

Y diciendo y haciendo, se zampó otro trago, sacó á Bibiano á la calle, le dió dos ó tres puntapiés y lo despachó á dormir, llevándose á la patricia en medio de la escolta.

Iglesias, que no se cansaba de adular á Sámano, y que tenía la convicción de que era á la heroína á quien traía en sus garras, se dirigió al Palacio del déspota.

Este, que gustaba de los naipes, estaba á la sazón jugando ropilla con Casano y alguno de los miembros de la Audiencia, que habían llegado, tanto con el objeto de distraer á su amo, como para informarlo de la habilidad de Olmedilla en la aventura de la casa de Suárez.

Eran las diez y media de la noche, cuando el Sargento que tenía abiertas las puertas de la Casa de Gobierno, se presentó ante la primera autoridad del país.

—Mi General, dijo el esbirro al tiranuelo, haciéndole el saludo militar de estilo.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Qué ocurre ?

—Ocurre que traigo á vuestra Excelencia á la mujer aquélla.

—Qué mujer ?

—Ya no se acuerda mi General ?

—A fé mía que nó.

—Pues á Policarpa Salabarrieta. La de todos los enredos.

En este momento botó Sámano las cartas sobre la mesa, se puso de pie y preguntó á Iglesias :

—Y en dónde está esa vagabunda ?

—En el corredor.

—Que éntre en el acto.

El Sargento salió é introdujo á la patricia.

Sámano la miró de los pies á la cabeza y de la cabeza á los pies, y luégo la preguntó :

—Con que sois vos ?

—Quién ?

—La infame.

—Qué infame ?

—Policarpa Salabarrieta.

—Yo soy.

El déspota entonces, sin tener compasión, ni por la juventud, ni por la belleza, ni por el desamparo, ni siquiera por el sexo, tomó de ambas orejas á Policarpa, y sacudiéndola fuertemente volvió á interrogarla :

—De dónde sois ?

—De la Villa de Guaduas.

—Cuál es actualmente vuestra vecindad ?

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Juzgo que actualmente soy vecina del otro mundo.

—No os equivocáis, la contestó el tirano airado; y volviéndose en seguida á Iglesias, le ordenó que llevase la presa á la cárcel en donde estaban los reos por delitos comunes.

Al salir la patricia, Sámano se frotó las manos en señal de satisfacción, y dijo como para sí:

—Buena ha estado la cosecha de esta noche. No se puede negar que tengo magníficos agentes!

Y volvió á sentarse á continuar el juego de ropilla.

CAPITULO XXII.

El proceso.

Iglesias dejó á Policarpa en la prisión á donde se le ordenó que la encerrara. Verdadera sentina de miserias, repleta de criminales de ambos sexos á quienes juzgaban los Tribunales ordinarios.

No se habrá olvidado que Morillo instituyó en Nueva Granada el Consejo permanente de Guerra, con el fin de juzgar á todos cuantos hubieran tomado parte en la revolución del año de diez; fueran ó parecieran ser enemigos del Rey y de las instituciones de la Monarquía.

Este Consejo, muy semejante, bajo cierto punto de vista, al Aulico establecido por el Emperador alemán Maximiliano II, tenía que ser compuesto de Oficiales del Ejército realista, y no necesitaba de la prueba ordinaria para mandar á los ciudadanos al patíbulo. Un indicio, una sospecha, el denuncio de un amigo de la causa real, dado

©Biblioteca Nacional de Colombia

hasta sin la fórmula del juramento, era suficiente ante el celo de los Consejeros para condenar á muerte!

Así, el proceso contra lo que se llamaba *reos* políticos, se reducía á una simple fórmula, con la cual trataba el despotismo de encubrir la injusticia de sus procedimientos.

Al día siguiente de aprehendidos Suárez, Savaraín, Galeano, Arellano, Arcos, Díaz y Marufú, un Justicia, que así se denominaba á los miembros del Consejo, les tomó indagatoria respecto de su culpabilidad revolucionaria, y á excepción de Marufú que era un joven de dieziocho años, bastante pobre de espíritu, todos declararon poco más ó menos lo siguiente:

Que habían conspirado por amor á la libertad y á la Patria;

Que nadie los había sugestionado para que fueran enemigos del Gobierno; procediendo en todo lo que habían hecho por acto espontáneo de su voluntad;

Que nada había tenido que ver Policarpa Salabarrieta en sus determinaciones;

Que era verdad que se preparaban, cuando fueron apresados, para dirigirse á los Llanos de Casanare, á ponerse á la disposición de Fray Ignacio Mariño, y, por último:

Que el odio que tenían á la tiranía, era lo que los había obligado á tomar la extrema resolución de luchar en favor de la Independencia de su país.

Noble y conmovedora conducta que honra las virtudes de aquellos hombres, y que pertenece á una época en que el celo patriótico predominaba en el espíritu de los republicanos sobre todo otro sentimiento!

©Biblioteca Nacional de Colombia

Preguntado Savaraín para que dijera quién le había entregado la correspondencia que se le encontró en la noche que fue aprehendido, contestó que ese era un secreto que no podía revelar.

Amenazado con el tormento si no era explícito en este punto, dijo con un estoicismo digno del mejor carácter, que se le aplicara cuando se tuviera por conveniente, que hacía tiempos estaba enterrado vivo y deseaba que se le enterrase muerto!

En cuanto á Marufú, creyendo que obtenía el perdón con delatar á sus compañeros, los denunció á todos, refiriendo cuanto había pasado, y más de lo que había visto y oído, pero no logró salvarse.

Suárez y Arellano en una segunda exposición á que dió lugar la declaración de Marufú, dijeron además de lo que habían manifestado, que odiaban á Sámano, y que si no lo habían matado había sido porque una persona de influencia en su partido, á quien ellos respetaban, no se lo había permitido, condenando el tiranicidio como un crimen indigno de ser ejecutado por hombres que aspiraban á ser libres.

Dejemos á estos procesados que estuvieron, excepto Marufú, á la altura de la grandeza de la causa por que ofrendaban su vida, y ocupémonos de Policarpa.

A la heroína se la puso apenas fue reducida á prisión, según queda dicho, en compañía de los más bajos criminales; sufriendo las ofensas propias del delito y del vicio, que probablemente más de una vez la harían desesperar de su situación.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Así estuvo por dos ó tres días, hasta que al fin se consiguió, merced á la influencia de un Oficial realista, Remigio González, que la había visto y lamentaba su desgracia, que se la pusiera en un calabozo aparte; en el cual sólo entraba la luz y se renovaba el aire por un pequeño agujero que quedaba al nivel del techo.

Convencido el Gobierno de la importancia que la patricia tenía entre los suyos, quiso hacer gran ruido en la formación del sumario que se la levantara, y comisionó para que lo instruyera al Mayor Olmedilla; sujeto muy á propósito para el caso, por su odio á los republicanos, su espíritu acusioso é investigador y sus manías de leguleyo. Empero, por más que el despotismo quisiera dar á la causa todos los visos de la legalidad, con el fin de cohonestar el sentimiento público, todo lo que hacía en este sentido era una hipocresía de la justicia, ya porque quienes juzgaban á la víctima, tenida por una conspiración viva, eran sus mismos enemigos, y ya porque en el tiempo en que fue inmolada sólo el cadalso era lógico!

Para que se conozca á fondo lo que se hizo con Policarpa, cuya sangre tuvieron que lamentar los realistas, porque cayó sin cesar sobre su causa, seremos fieles á los acontecimientos que tuvieron lugar desde que se la aprehendió hasta el momento en que fue ejecutada.

En su indagatoria del treinta y uno de Octubre de mil ochocientos diez y siete, contestó:

Que era oriunda de la Villa de Guaduas, vecina de Santafé y soltera; y que en cuánto á profesión, no tenía otra hacía cerca de un año que la de revolucionaria, por

©Biblioteca Nacional de Colombia

ser el único oficio noble que podían tener en su país cuantos eran enemigos de la servidumbre que los humillaba y hacía desgraciados ;

Que desde muy joven había conspirado contra la tiranía, guiada por un sentimiento que dominaba su alma desde la infancia ;

Que había protegido la guerrilla de los jóvenes Almeidas, y que les deseaba á estos valerosos republicanos el mejor éxito en la campaña ;

Que había enviado á Casanare, en varias ocasiones, recursos de hombres, armas, pólvora y dinero ; y que ella misma estaba resuelta á irse para los Llanos á incorporarse en la fuerza que allí luchaba contra el ominoso poder de Sámano ;

Que si bien no aborrecía á este mandatario, lo mismo que á Morillo, porque ella era incapaz de odio, no había podido perdonarles el sistema de esterminio que habían implantado en su querida Patria.

Que la correspondencia que se la ponía de presente, dirigida á Fray Ignacio Mariño y Juan Galea, firmada María de los Dolores, era de ella, y que había tomado este nombre para ocultar el suyo propio, porque así convenía ;

Que la carta que se le había cogido á Alejo Savaraín en la noche en que fue aprehendido, también era de su puño y letra ;

Que no se arrepentía de nada de lo que había hecho en favor de la libertad é Independencia de la Nueva Granada ;

©Biblioteca Nacional de Colombia

Que no sabía los nombres de las muchas personas que la habían dado recursos para favorecer á los revolucionarios en armas; y finalmente,

Que los responsables de su conducta eran sus instintos, sus convicciones y su conciencia!

Hé aquí, en sustancia, lo que expuso en su primer interrogatorio; lo que á la verdad, era más que suficiente, dada la saña con que se la miraba, para su condenación; de la cual tenía profunda evidencia, pues que desde el momento en que fue aprehendida, comprendió que había puesto el pie en el abismo tenebroso de la adversidad.

Una de las cosas que más ahincadamente pretendió el realismo de Policarpa, fue el hacerla decir los nombres de las personas que la habían dado elementos para las fuerzas de Casanare; pero como Breno, habría puesto la mano sobre un hierro candente hasta ver calcinar su carne y sus huesos, ó se hubiera arrancado el corazón, antes de cometer una infidencia indigna de la energía de su alma, que sobrepujaba á la esfera humana!

Aislada en su calabozo, abandonada del mundo, arrancada á la sociedad de los suyos, teniendo que renunciar por la impotencia en que se la tenía, de servir á su causa, esperaba su próximo fin con ese género de abstracción y estoicismo que hacía la regla inviolable de su deber y aquilataba la pasmosa serenidad de su alma!

Muchas veces sus carceleros é Iglesias, que la trataban bruscamente y no dejaban en ocasiones de mortificarla con hirientes frases, la hacían preguntas injuriosas que ella no se rebajaba á contestarles, mirándolos con el más

©Biblioteca Nacional de Colombia

alto desprecio. Probable es que en sus momentos de tribulación, cuando la atormentara la injuria con que trataban de humillarla sus enemigos, se acordara de las últimas palabras que la había dicho la ex-Virreina, señora Villanova: "Joven, cuide usted de su suerte y no se precipite en un destino trágico!" y meditara en el sentido de esta frase, que la había arrancado una sonrisa de desdén.

Las personas que por un ideal de inteligencia se buscan el último suplicio, á que las conduce la vehemente pasión de las preocupaciones reinantes contra las cuales han luchado, renuncian por un esfuerzo de imaginación al mundo, al tiempo y aun á sí mismas, para pensar como un consuelo, siquiera sea en esa vida que les reserva la fama de la posteridad. En cuanto á Policarpa, estamos seguros de que así como no juzgó jamás en que la fueran recompensados sus servicios, ni aun triunfante su causa en tiempo para ella oportuno, tampoco la sirvió de alivio la visión de la inmortalidad; entregándose al verdugo exenta de amor á la gloria, pero llena de satisfacción por haber amado tan sincera y desinteresadamente á su Patria.

Olmedilla, que no vagaba de tenderla lazos para que le descubriera los cómplices que había tenido en el lapso de tiempo de su carrera revolucionaria en Santafé, viendo inútiles todas sus mañosas tentativas, resolvió que no se la dieran alimentos! Empero, la patricia sufrió la sed y el hambre, antes que revelar secretos que comprometían á muchos de sus compatriotas. Viendo entonces el Mayor que este medio tan sólo podía dar por resultado el que la heroína muriese en su calabozo tristemente, resolvió, pa-

©Biblioteca Nacional de Colombia

sados dos días, que se la alimentara, ordenando al mismo tiempo que la dieran el tormento de la cuerda: que consistía en colgar al paciente de las manos de manera que apenas alcanzara á pisar el suelo, lo que ocasionaba á las tres ó cuatro horas, fuertes dolores y desarreglos de cuerpo. Mas al ir á aplicarla este nuevo suplicio, tuvo conocimiento la Audiencia de lo que se trataba de hacer, y el Oidor Don Juan Jurado, hombre compasivo y celoso de la buena reputación del Gobierno, se opuso á que se cometiera semejante acto de crueldad.

Convencidos los realistas de que no podrían obtener de su víctima lo que deseaban empleando con ella los rigores del tormento, Olmedilla se presentó en su calabozo y la dijo:

—Sabe que el Gobierno quiere ser magnánimo con usted?

—No ha dado pruebas de su bondad.

—Pero puede darlas.

—Que lo haga si gusta.

—Desea salir usted de esta prisión, tan húmeda como malsana?

—Bien quisiera ver la luz del sol y respirar el aire libre por última vez.

—Qué más apetece?

—Quiere usted tener la cobardía de burlarse de su víctima?

—Un hombre de mi condición no desciende á tanto.

—Si eso fuere así, y usted quisiere prestarme algún servicio, sólo una cosa exigiría.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Hable.

—Que no se le permita á Iglesias, cuya figura, modales y palabras me causan profunda repugnancia, que entre en esta prisión.

—Cálmese y dígame qué más desea.

— Habla formalmente?

—Con toda sinceridad.

—Pues bien, desearía ver á dos presos que usted debe tener á su disposición.

—Quiénes?

—El uno se llama Antonio Galeano.

—Y el otro?

—Alejo Savaraín.

—Qué es Galeano de usted?

—Mi amigo desde la infancia, hoy mi padre adoptivo.

— Y con Savaraín qué relaciones la ligan?

— Para qué quiere saberlo?

—Por mera curiosidad.

—Pues quédese con ella.

—Yo sé que es su.....

—Su qué?

—Usted lo sabe mejor que yo.

—Ha sido y es mi novio. No tenga la vileza de suponerse otra cosa.

—Bien, tendrá el aire libre, el sol, no volverá aquí el Sargento, y estarán á su lado los dos sujetos á quienes desea ver.

—Incondicionalmente?

—Mediante una revelación.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Cuál?

—La del nombre de sus cómplices.

—Caballero, le respondió Policarpa con profunda indignación y marcada energía, no lo juzgaba á usted tan necio. Ya le he dicho repetidas veces que primero me arrancarían el alma que entregar á mis conciudadanos á las crueles venganzas de la tiranía.

—Bien, la dijo Olmedilla saliendo: quéjese á usted misma del martirio á que por su obstinado silencio la somete la justicia de los hombres y su propio destino.

La heroína continuó encerrada, comiendo el amargo y triste pan que el Gobierno tiraba á los reos; pues aun cuando la señora Margarita hacía esfuerzos para que se la dejaran introducir alimentos y cama, no logró darse este placer, durmiendo la patricia sentada en un cajón de madera que era todo el menaje de su calabozo!

Cuántas noches, aterida por el frío, hambreada, entregada á la meditación, que suele ser siempre más viva en la soledad del pesar, recordaría sus más naturales é intensas afecciones: el cariño de sus padres, la campiña, esos poéticos parajes donde se deslizó su niñez, el sereno cielo de la Villa natal y sus magníficos horizontes, aquellas puras aguas que había oído mugir, aquellos compañeros de infancia que había visto agitarse á su lado, las flores que cultivara en sus ratos de ocio, la amistad del Padre Beltrán, que tanto la había favorecido, el amor de su novio, de cuya suerte apenas sabía; cuántas veces, decimos, agitada por estos recuerdos y sin ser arrullada siquiera por la perspectiva de la gloria, que en las almas grandes tiene

©Biblioteca Nacional de Colombia

que ser un consuelo contra el infortunio, se despediría del mundo de los vivos, preparándose para entrar en el mundo de los muertos, tan profundamente inaccesible á nuestro débil criterio !.....

Ante esta exaltación del sentimiento ¿ no se arrepentiría acaso de haber servido á una causa que la tenía abierta la tumba y cuyo porvenir era incierto ? Los últimos instantes de su gloriosa vida nos demuestran que nó. Porque jamás llegó á consentir en su espíritu la desconsoladora idea de que la Patria sucumbiera bajo el ominoso poder de esos pequeños Marios, de esos sombríos Silas, que pretendían subyugarla, desterrándole sus buenos hijos y matándole sus mejores caracteres, creyendo ahogar por semejantes abominables medios la justicia de la historia que ha entregado sus nombres á la execración.

Unida á su obra, en favor de la cual lo había sacrificado todo, desde las tiernas caricias de su familia hasta las risueñas é inefables ilusiones que le proporcionara el amor de un hombre y su propio corazón de mujer amante, nunca tuvo pesadumbre de sus actos, ni dudó jamás de que la República saliera victoriosa, consagrando la libertad en el porvenir ! De aquí la razón por la cual esta patricia, más grande que cuantas han cruzado por el mundo revolucionario, y entrado en el templo de la fama á donde el patriotismo de unos y la admiración de todos las quema inciensos, merezca por su eximia energía, su desinterés, sus servicios, su constancia y la alteza de sus juicios, no tan sólo la gratitud de sus conciudadanos, sino el reconocimiento de la historia, que borra al verdadero mérito

©Biblioteca Nacional de Colombia

las fronteras que dividen las nacionalidades, para hacerlo acreedor al aplauso del género humano.

El proceso contra Policarpa duró apenas de ocho á diez días, y en tan corto tiempo fraguó Olmedilla un voluminoso expediente que presentar al Consejo de Guerra; sumario con el que se prometía rendir una vez más á Sámano el tributo de su celo y sumisa adhesión, desde luégo que sabía el interés que guiaba al tiranuelo en la formación de esta célebre causa, que logró inmortalizar tristemente su nombre.

CAPITULO XXIII.

La sentencia.

El diez de Noviembre del año á que venimos refiriéndonos, Sámano y Casano tuvieron, á eso de las cinco de la tarde, la siguiente conversación en el Palacio de Gobierno, que es el mismo que ha venido habitando desde mil ochocientos veinte el primer Dignatario de la Nación.

—Con que ha leído usted todo el sumario? preguntó el déspota á Casano.

—Integramente, señor Gobernador.

—Y qué ha declarado al fin esa mujer?

—Que era cierto que conspiraba.

—Cínica!

—Que había mandado recursos á Casanare y á la guerrilla de los Almeidas.

—Animal, animal! exclamó Sámano levantando las manos en señal de cólera.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Que la correspondencia firmada "María de los Dolores," y la tomada á Alejo Savaraín, eran de su puño y letra.

—Canalla!

—Que no se arrepentía de nada de lo que había hecho.

—Y no ha denunciado á los bandidos que la ayudaban y protegían?

—A nadie ha delatado.

—Se conoce que Olmedilla no ha procedido en la investigación del crimen con el tino y la energía que le han sido habituales.

—Esa mujer es todo un carácter, y no descubrirá á sus cómplices ni en el tormento!

—Garantizo á usted que temblará en mi presencia.

—Quién sabe.

—Temblará, vive Cristo!

—Pues lo dudo.

—He de interrogarla, y estoy seguro de obtener cuanto me proponga.

—Muy conveniente sería.

—Es preciso saber quiénes son los que están apoyando á esos insurgentes, que nos tienen hasta más arriba de la corona. Y ay! de ellos, porque tengo de ahorcarlos! Morillo debe quedar satisfecho de mi leal y justiciero proceder, y el Rey bien servido.

—Es lo más natural.

—Cuándo debe tener lugar la celebración del juicio contra Policarpa?

—Muy pronto.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Estaré presente.

—Será un alto honor para el Consejo.

—Y la causa contra esos otros sediciosos cogidos *infraganti* en la casa de Suárez, en qué estado se halla?

—Está terminada. Ya se les sentenció á muerte.

—Mi buen Consejo! dijo el déspota lleno de satisfacción, y luégo volviéndose á su interlocutor le preguntó:

—Cuándo fueron sentenciados esos pícaros?

—Hace dos días.

—Por qué no se les ha ejecutado?

—Se les fusilará en breve.

—Cuántos son?

—Siete.

—Bien. En estos momentos en que necesitamos de escarmentar á los rebeldes, no conviene que se les mate á todos á un tiempo. Disponga usted que mañana sean muertos dos; pasado mañana tres, y deje los otros dos, los que Olmedilla elija, para que hagan compañía á la Salabarrieta.

—Juzgo esto muy bien pensado.

El día once, previas las órdenes de Casano, fueron fusilados en la Huerta de Jaime, Galeano y Marufú, y el doce Arcos, Díaz y Arellano; reservándose á Suárez y á Savaraín para que compartieran con Policarpa los horrores del patíbulo!

Al día siguiente á las doce, hora en que debía tener lugar el jurado de la heroína, Sámano, vestido de gran uniforme y rodeado de su Guardia de Alabarderos,

©Biblioteca Nacional de Colombia

entró con espada al cinto y ostentando marcial continente, en el salón de sesiones del Consejo de Guerra; edificio situado en la parte sur del actual Capitolio nacional.

Casano, Olmedilla y los demás miembros de dicha Corporación, lo esperaban impacientes en compañía del Fiscal; en tanto que los corredores del edificio estaban repletos de curiosos que deseaban conocer á Policarpa, enterarse de los cargos que se la hacían, y saber por sí mismos el fin que la tocara.

El salón tenía en dos de sus costados, unas cuantas sillas recargadas contra la pared; en el otro, un gran estante repleto de expedientes, relativos á juicios ya consumados; y en el cuarto lado, un entarimado con solio, al frente del cual se hallaba una gran mesa sobre la cual se ponían los procesos en ampliación, y á cuyo alrededor se sentaban los Consejeros y el acusador.

Al penetrar Sámano en el recinto del Consejo, muchos de los concurrentes que lo adulaban, no por admiración ni cariño, sino porque le temían, le tributaron aplausos; y el tiranuelo satisfecho de su supuesta popularidad, se dirigió muy satisfecho hacia el entarimado y se sentó debajo del solio afectando extrema seriedad.

Casano tocó entonces una campanilla, é hizo entrar á la procesada que acababa de llegar á la puerta, en medio de una escolta al mando del Sargento Iglesias. La patricia traía las manos atadas atrás, y aun cuando su fisonomía estaba sumamente demudada, no se veía en ella signo alguno de abatimiento.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Se abre la sesión? preguntó Casano al Gobernador.

—Sí, señor Presidente.

—Se lee el sumario?

—Es inútil, una vez que el Consejo lo conoce.

Prescindir de aquella formalidad, era para estos Jueces, más crueles que los que juzgaron á los desgraciados Comuneros, un hecho muy puesto en razón.

El Fiscal, una vez que se prescindía de la lectura del expediente, se puso de pie y leyó en alta voz y tono magistral, la vista que había forjado contra la heroína, en la cual la acusaba:

De haber conspirado por mucho tiempo, según su propio testimonio, contra los mandatos y autoridades del Rey;

De haber manifestado ser enemiga del Gobierno, al que calumniosamente llamaba tiránico;

De ser partidaria de la libertad é Independencia del país; y por consiguiente amiga de la insurrección contra el glorioso Monarca de España é Indias, y sus agentes en el Reino de Granada;

De haber protegido á los insurgentes de las llanuras y pueblos de la Provincia de Casanare, y á la guerrilla de los Almeidas;

De haber seducido á los soldados del Rey, pertenecientes al primer cuerpo del Regimiento de Numancia, y, por último:

De haber confesado que no se arrepentía de nada de lo que había hecho contra la paz del Reino.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Concluyendo la acusación en estos términos ;

" Esta Fiscalía pide al Supremo Consejo de Guerra, que de acuerdo con lo ordenado por el *Pacificador* Don Pablo Morillo, que fundó dicho Tribunal para hacer justicia contra los rebeldes, condene á Policarpa Salabarrieta á sufrir la muerte en lugar público ; y á que ésta se la dé por la espalda para mayor ignominia de su nombre."

Terminado que hubo el acusador, que era un hombre alto, seco, de rostro pálido y huesoso, pudiéramos decir, un cadáver ambulante, que lleno de odio por la vida ajena y lo magnífico, ponía su mano de esqueleto sobre la belleza y el genio, Sámano empezó su interrogatorio á Policarpa de la manera siguiente :

—" En vuestro conocimiento el Acta de acusación que se os ha formulado por los crímenes que habéis cometido, y la pena que por dichos crímenes se pide á mi honorable Consejo os sea aplicada, qué decís á todo esto ? "

—" Digo, respondió la patricia con altivez, que de hombres como vosotros no me extraña lo que acabo de oír, ni lo que se haga conmigo."

—" Insolente ! Faltáis al respeto que se merecen mi autoridad y mi noble persona."

—" Si no queréis que exprese mi pensamiento, excusad el interrogarme."

—" Os interrogaré, mozuela."

—" Podéis hacerlo."

—" ¿ Sabéis que ejerzo en este Reino la alta y baja justicia, y que tengo, en nombre de Dios y del Rey, el de-

©Biblioteca Nacional de Colombia

recho de desterrar, de confinar, de dar tormento y de ahorcar?"

—"Habéis dado pruebas inequívocas de lo que acabáis de decir."

—"¿Sabéis que los que mienten á sus Jueces, son castigados por Dios con pena eterna, y por los delegados del Rey con pena de muerte?"

—"Lo ignoraba."

—"Pues bien, tenedlo entendido, y si queréis al menos salvar vuestra alma, decid la verdad acerca de lo que voy á preguntaros."

—La diré como lo tengo por costumbre.

—"Vuestro estado?"

—"Soy soltera."

—"Soltera?..... Algo he oído yo hablar de vos y un tal Savaraín que será fusilado en breve."

—"Fusilado?" preguntó Policarpa con profunda sorpresa.

—"Sí, fusilado."

A esta afirmación del déspota, la heroína sufrió un estremecimiento de cuerpo como herida por un intenso calofrío; una nube pasó por sus ojos; lanzó un prolongado suspiro; inclinó la cabeza sobre el pecho y se quedó inmóvil!

Sámano, que la vió profundamente conmovida, y que juzgaba haberla herido en mitad del corazón, se volvió lleno de contento á Casano diciéndole:

—"No os manifesté yo que esta mujer temblaría en mi presencia?"

©Biblioteca Nacional de Colombia

—"Tenéis tal arte!"..... contestó el malévolo.

—"Parecéis conmovida, continuó el tiranuelo. Serenáos."

La víctima, convencida de que nada ganaba con inmutarse, recobrando su energía levantó con garbo la cabeza y se preparó para continuar el debate á que se la sometía, que acaso fue el paso más avanzado que dió en su gloriosa ascensión hacia el cielo de los héroes predestinados!

—"Qué lazos os unen á Savaraín?"

—"Los del cariño. Iba á ser su esposa."

—"Contábais con vivir?"

—"No he dicho que voy á ser esposa de Savaraín, sino que iba á serlo, lo que es muy distinto."

—"Qué edad tenéis?"

—"Nací en el mes de Enero del año de mil setecientos noventa y cinco, y estamos á trece de Septiembre de mil ochocientos diez y siete, haced la cuenta si gustáis."

—"Os repito, mujer, que los que mienten á la justicia faltan á Dios y al Rey, y merecen por lo tanto pena de vida y pena de muerte eterna."

—"Ya lo habéis dicho."

—"¿Qué malvados os han acompañado á conspirar contra las leyes y autoridades de este Reino, y nuestro muy amado Monarca el serenísimo Fernando VII?"

—"Ningunos."

—"Mentís. Decid los nombres de los que os han comprometido á ayudar en su criminal empresa á los rebeldes de Casanare."

©Biblioteca Nacional de Colombia

—"No tengo cómplices, ya lo he dicho varias veces. Sola yo he servido á aquellos valerosos y fieles soldados de la libertad."

—"Volvéis á mentir. ¿Y ese Savaraín que íbais á tener por esposo?..... Y ese Galeano, y Díaz, y Suárez, y Arellano, y Arcos y Marufú, que fueron convictos y confesos del delito de rebeldía, qué son?"

—"Savaraín ha sido siempre libre y debía volver á sus filas; ¿por qué obligarlo contra sus convicciones y su conciencia, á servir á la detestable tiranía? En cuanto á los demás....."

—"No os obstinéis en negar que todos esos bandidos han sido conspiradores."

—"Bandidos? Lo ignoro. Lo que sí puedo asegurar bajo mi palabra, es que Savaraín y Galeano son hombres de bien."

—"Y qué palabra podéis tener, moza altanera, cuando carecéis de temor por la justicia divina y la humana?"

—"Qué palabra tengo? La que me dan la virtud y el honor, de que carecen los déspotas que han ensangrentado mi pobre Patria."

—"Canalla!" la dijo el Gobernador; y luégo dirigiéndose á Olmedilla le pidió el sumario.

Este se lo entregó, y después de fojearlo hasta que encontró el documento que buscaba, bajó del solio, y acercándose á la patricia la preguntó:

—"Conocéis esta carta para el apóstata Fray Ignacio Mariño?"

—"La conozco."

©Biblioteca Nacional de Colombia

—"Es vuestra?"

—"La escribí y la firmé."

—"Cuánto tiempo hace que servís á los insurgentes?

—"Desde el día en que dieron el grito de insurrección contra sus tiranos."

—"Desvergonzada!..... Sabéis lo que decís?"

—"Sé que debo servir á la libertad."

—"Y qué posición tenéis entre esa turba de malvados, que pretenden turbar la tranquilidad del Reino?"

Policarpa, asumiendo toda su responsabilidad revolucionaria, y acordándose de las palabras que la había dicho en una ocasión el denodado Coronel Galea, respondió llena de satisfacción y con sorprendente entereza:

—"Soy Porta-estandarte del Gran Regimiento de la Independencia!"

Impaciente y furioso Sámano, en quien se percibían los girones del señorío feudal implantado en América por algunos colonizadores bárbaros, como se dejaron ver por algún tiempo después de su caída los restos del despotismo colonial flotando entre las libertades constitucionales, se volvió á los miembros del Consejo y les dijo:

—"Lo habéis oído todo, señores de mi Consejo de Guerra. Proceded á dictar la sentencia."

—"Estimaría, señores, agregó la heroína, hablando á los tales empleados, que no os demorárais demasiado en cumplir la voluntad de vuestro amo."

—"Bien, la contestó Casano colérico; y mandó á Iglesias que la sacara del salón."

Una vez que estuvo fuera la acusada, un Ugier cerró

©Biblioteca Nacional de Colombia

la puerta de la sala de sesiones ; quedándose solamente en ella Sámano, los Consejeros y el Fiscal, resolviendo de la suerte de la víctima.

Lo que hablaran estos Jueces en los solemnes momentos de sus deliberaciones, le ha sido vedado á la historia. Mas no habían trascurrido treinta minutos, cuando se volvió á abrir de par en par la puerta del Tribunal y se introdujo en él á Policarpa.

En este momento, los miembros de aquella especie de Pretorio volvieron á tomar sus asientos, y en medio de un silencio sepulcral, Olmedilla, lleno de satisfacción, y sin considerar que jamás arbitrariedad tan deshonrada condenaba á morir tánta gloria, leyó á Policarpa la sentencia que se había dictado contra ella, en la cual se la condenaba á sufrir la pena capital en la forma y términos pedidos por el Fiscal del Consejo.

Terminada la lectura de esta célebre pieza, que escuchó la patricia con la mayor atención y la más alta serenidad de que haya ejemplo, la dijo Sámano :

—"Habéis oído leer la sentencia dictada en vuestra causa por mis honorables Consejeros ; tenéis algo que alegar contra ella ? "

—" Nada. Me hubiera extrañado el fallo de vuestros esbirros, si me dejaran vivir."

El déspota, convencido ya hasta la evidencia, de que ni delante de la eternidad podía humillar á su víctima, se mordió sus pálidos labios, é hizo un horrible gesto, como los que pinta el Dante en el rostro de los condenados !

Pasado un instante, ordenó Olmedilla á Iglesias que

©Biblioteca Nacional de Colombia

desatara las manos á la sentenciada, y la condujera cerca de la mesa del despacho.

Hecho esto, le preguntó la patricia al Mayor :

—" Para qué se me quiere ? "

—" Fírme usted aquí, la contestó éste, presentándola la sentencia y una pluma."

—" Con qué objeto ? "

—" Es un requisito."

—" Acaso necesitáis vosotros de requisitos para matar á los patriotas ? "

—" Fírme usted, se lo ordeno."

A este mandato, Policarpa que quería demostrar una vez más que no abdicaba nada de la dignidad de su desgracia, se dirigió á Sámano con una sonrisa de burla en los labios, y le dijo :

—" Ruego al señor Sámano que firme por mí."

Remontado éste en furia por tamaña chocarrería, se volvió á Casano diciéndole :

—" Que se la ejecute mañana en la plaza mayor de la ciudad, á tiempo en que lo sean los otros reos que deben ser ajusticiados."

—" Las órdenes del señor Gobernador serán cumplidas, contestó el Presidente."

—" Moriré gustosa, repuso entonces la heroína, porque he llenado mi deber. Mas tened todos presente que mi sangre será vengada por los libertadores de la Patria ! ! "

Fueron las últimas palabras que se la oyeron en público, á las cuales agregó Iglesias :

—" La revolución ha muerto. Ya no hay Policarpa Salabarrieta en el Reino ! "

©Biblioteca Nacional de Colombia

Eran las dos de la tarde, poco más ó menos, cuando el Consejo levantó la sesión; y la patricia volvió á su calabozo, que estaba situado en los pisos bajos de la casa que hace esquina con el antiguo convento de San Francisco, en el moderno parque de Santander.

Allí volvió á entrar la víctima en la oscuridad, aislando su alma de todo pensamiento mundano, á semejanza del geómetra que mide los espacios infinitos en abstracta contemplación!

En ninguna parte puede verse, ni en la novela, ni en la narración positiva, una perfección y energía de espíritu iguales á los de aquella mujer: poseída de tan gran valor, tánta capacidad de entendimiento y tánta libertad de imaginación, enfrenado todo por inmutables ideas!

Si hubiera evolucionado en otro teatro, igualmente agitado que el que tuvo, pero obrando entre gentes más celosas de la reputación y la gloria de sus grandes personajes; la poesía la habría cantado en todos sus arrobadores tonos; la estatuaria la hubiera copiado sus delicadas formas imprimiendo á la imagen la vida sorprendente de su alma, y hoy su memoria apenas cabría en la historia!

CAPITULO XXIV

Esfuerzos inútiles.

No bien fue sentenciada Policarpa, la noticia corrió por toda la ciudad, causando entre los libres honda tristeza.

Bibiano, que asistió al jurado de su hermana, apenas

©Biblioteca Nacional de Colombia

supo la suerte que el airado destino la señalaba, corrió donde el Padre Beltrán, que había llegado el día antes á la Capital, y enteró tanto á éste como á la señora Margarita de lo ocurrido.

Al ver al joven, que apenas podía expresarse, la señora, como era lo natural, pasó de la sorpresa al dolor, y del dolor á la desesperación que se manifiesta en amargo llanto.

El Sacerdote, por su parte, quedó inmóvil por un rato. Luégo se puso la sotana, caló el sombrero y salió para la calle precipitadamente, dirigiéndose al salón del Consejo de Guerra.

Allí encontró á Olmedilla y le preguntó:

—El caballero pertenece al Consejo?

—Soy miembro y Secretario.

—Es cierto que hoy ha tenido sesión este Tribunal?

—Evidente.

—Se podría saber con qué objeto?

—Con el fin de juzgar á Policarpa Salabarrieta.

—Se la absolvió?

—Fue condenada á muerte.

—Puede el caballero enseñarme la sentencia?

—Con mucho gusto.

Y al decir esto tomó de sobre la mesa un manuscrito y lo presentó al Reverendo. Este, muy conmovido, lo leyó para sí, y cuando hubo terminado la lectura, puso el papel en el mismo sitio de donde lo había tomado Olmedilla, y volvió á interrogarlo:

—Cuándo se ha de ejecutar esta sentencia?

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Mañana.

—A qué horas?

—Entre las once y las doce del día.

—Y antes no vuelve á reunirse el Consejo?

—Para qué quiere que se reúna?

—Soy amigo de Policarpa.

—Y qué hay con eso?

—Que me declaro su defensor.

—Ya es tarde.

—Por qué?

—Porque sí.

—Pienso apelar de la sentencia.

—Ante quién?

—Ante el Consejo.

—Es inútil.

—Inútil?

—Sí. Porque aun dado caso de que el Tribunal volviera á tener sesión hoy mismo, ó mañana temprano, no podría revocar su justo fallo.

—Y eso?

—Porque sus facultades no alcanzan á tanto.

—De manera que sus sentencias son inapelables?

—Ante el mismo, sí.

—La Audiencia puede tomar conocimiento de lo ocurrido?

—La Audiencia es una Corporación de carácter ordinario, y la es prohibido ingerirse en lo que haga el Consejo, que es un Tribunal con jurisdicción extraordinaria.

—De manera que los Consejeros, armados de la guadaña implacable, pueden cortar cabezas á su arbitrio?

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Si esas cabezas son de revolucionarios, no hay duda.

—Y si sus Eminencias cometen injusticias, ante quién se ocurre para ver de enmendarlas?

—Ante la primera autoridad política y militar del país, que es la única que está sobre el Consejo.

—Don Juan Sámano?

—El mismo.

—Está bien. Adiós, caballero.

El Sacerdote se encaminó donde Sámano, ante quien se hizo presentar, después de unos tantos minutos de espera, que le parecieron un siglo.

—Buenas tardes, Excelencia.

—Cómo está mi Reverendo, le contestó el tirano, haciendo una inflexión de cuerpo.

—Bien físicamente. Mal del espíritu.

—Lo siento.

—Mil gracias.

—Con quién tengo el honor de hablar?

—Con su humilde servidor, Pedro Gabriel Beltrán.

—El mismo á quien acabo de indultar del confinamiento que le impuso por revolucionario el General Morillo?

—El mismo.

—Vendrá á darme las gracias, no?

—Así es.

—Las doy por recibidas.

—Me trae cerca de vuestra Excelencia otro asunto bastante grave.

—Vuélvase mañana, y hablaremos.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Mañana sería tarde.

—Por ahora estoy indispuesto.

—A pesar de todo, suplico se me atienda.

—Despáchese, pues.

—Vengo á pedir á vuestra Excelencia un acto de justicia.

—Y qué otra cosa hago yo en el Reino? No es el Padre un buen testigo de la magnanimidad de mi carácter?

—Es cierto.

—Veamos, qué ocurre?

—Acabo de ver la sentencia que el Consejo de Guerra ha pronunciado contra Policarpa Salabarrieta.

—Qué tenemos con eso?

—Que imploro la bondad del señor Gobernador en favor de esa desdichada joven.

Sámano, que se creía insultado por la heroína, y que estaba ofendido con ella hasta en la medula de los huesos, dando expansión á su mal humor, tomó la actitud de un hombre que va á jugar pujilato, y dijo al Sacerdote con el tono chillón y precipitado de que adolecía su voz, especialmente cuando se encolerizaba:

—Clemencia para esa vagabunda?

—Qué oigo?

—Clemencia para quien ha conspirado día y noche contra su augusta Majestad el Rey, y mi Gobierno?

—Calma.

—Clemencia para la persona que ha ayudado á levantar la guerrilla de los Almeidas; enviado constantemente recursos á los bandidos de Casanare, y corrompido á los soldados del Numancia?

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Permítaseme que hable.

—Clemencia para quien no ha rendido á mi persona ni á mi autoridad el respeto que se merecen ?

—Me sorprendo !

—Basta, basta. Esa mujer altanera será fusilada mañana, ó yo dejaré de ser Juan Sámano.

—Excelencia, la piedad.....

—Es lo que no deja tranquilizar este triste Reino. Por *ultimatum*. Importa que esa mozuela pague con la vida el desacato con que nos ha mirado al Rey y á mí ; y que agradezca que antes de morir no la entrego al pueblo para que la apliquen la lapidación !

—Piadosos cielos ! !

—La causa de su Majestad ha sido puesta en peligro más de una vez por consecuencia de la piedad ; y en estos momentos la compasión puede tomar las proporciones del crimen.

—Con que la piedad puede llegar hasta ser un acto infame ?

—Quién lo duda ?

—Lo dudo yo en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que murió perdonando á sus verdugos.

—Viene usted á darme lecciones ?

—He dicho que vengo á solicitar un acto de justicia.

—Se me cree injusto ? Qué tiene el Reverendo Padre en la cabeza ?

—Yo tengo sobre mi cabeza, y perdóneseme esta vanidad, el azul del cielo ; y desearía que nadie, y menos los que gobiernan á los hombres, llevaran sobre la suya la sombría oscuridad de la noche.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Acabemos.

—No hay que confundir lo que constituye la esencia del Precepto divino, que debe servir de norma á nuestros actos, con los caprichos y pasiones de la fealdad social y política.

—Repito que la mujer por quien se intercede, es una vagabunda digna del patíbulo.

—Excelencia, el cadalso político es una deformidad, mejor, el más lamentable y monstruoso entre los errores humanos, y él no impide jamás que la virtud deje de ser acatada, ni le quita sus condiciones al astro.

—Qué galimatías! exclamó Sámano halándose la punta de las narices

—Policarpa Salabarrieta asesinada, continuó el Padre, será una luz más que alumbrará á los peregrinos de la libertad, en su marcha honorífica hacia la Patria libre.

—Quiere el Reverendo ser confinado por segunda vez, ó tomar para siempre el camino del destierro?

—Haga el Señor Dios en mí su voluntad, contestó el Sacerdote bajando la cabeza.

—Váyase á apacentar sus ovejas, y déjese de ingerirse en los asuntos del Gobierno.

—Las ovejas no entrarán en mansedumbre, mientras sepan que su lana no les pertenece; que es de aquellos por quienes el perro aulla, es decir, de los Reyes, de los fuertes y de los poderosos!

—Sepa que no estoy para oír sandeces.

—Decididamente no revoca vuestra Excelencia el fallo que su Consejo ha dictado?

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Ya he dicho que nó. *Quod scripsi, scripsi.*

—Bien. Que el señor Gobernador no tenga de qué arrepentirse como Pilatos.

A lo que Sámano oyó nombrar á Pilatos, dió dos pasos atrás, hizo chasquear su lengua, y dijo á su interlocutor, aun más airado de lo que estaba :

—Y quién es el llamado sobre la tierra á hacerme arrepentir ?

—Si no son los otros hombres, la propia conciencia.

—Mi Reverendo es un..... y al llegar aquí, le vino una fuerte tos que no le dejó concluír la frase.

—Un qué ?

—Un estúpido !

El Padre, cuyo espíritu se cernía en altas regiones, haciendo el mismo caso del calificativo que se le daba, que el que hace la azucena del zumbido de las abejas, continuó :

—Ruego á vuestra Excelencia recobre su sangre fría y me escuche.

—No abuse de mi paciencia.

—Policarpa mártir será más que un héroe, por cuanto á que el sacrificio consumado por las ideas sublimes es un heroísmo que llega á ser celestial !

—Sea lo que fuere, morirá. Necesito enmendar las malas inclinaciones del pueblo.

—Locura es pretender mejorar la sociedad humana hiriendo desapiadadamente en ella.

—Lo veremos.

—Muy respetuosamente pido al señor Gobernador, se conmute á Policarpa la pena de muerte por el confinamiento.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Imposible.

—Por el destierro.

—Continuará conspirando en cualquier parte.

—Aun poniéndola en la impotencia ?

—*Habitus secunda et natura.*

—Entonces pido para la víctima la prisión perpetua.

—Negado.

—Con un poco de buena voluntad y de razón.....

—Silencio !

—Excelencia: "Bienaventurados los misericordiosos."

—He dicho que haga silencio !

—De manera que no hay piedad ?

—Nó, nó y nó. Estamos despachados. Y diciendo esto se dirigió á una pieza contigua, abrió la puerta, dió con ella en la cara al Sacerdote y desapareció.

El Padre viéndose solo se retiró de Palacio, encaminándose hacia su casa, más contristada su alma que jamás lo había estado.

CAPITULO XXV

La visita inesperada

La señora Margarita y Bibiano esperaban intranquilos al Reverendo, pues que se habían supuesto que el motivo de su salida á la calle no era otro que el de ir á interceder con las autoridades por la vida de Policarpa.

—Qué hay, hermano mío ?

—Todo ha sido inútil.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Cómo así?

—Los tiranos tienen el corazón frío como los muertos!

—Es decir que nada se obtuvo?

—Nada.

—Cuán desgraciados somos! exclamaron á un tiempo la señora y Bibiano.

—Los que siembran la desolación en las almas son más infelices, agregó el Padre.

Y todos tres se sentaron á llorar, y á infundirse valor para resistir la sangrienta escena del día siguiente.

A las cinco de la tarde, animado el Sacerdote de una suprema resolución, dijo á su hermana:

—Hermana.....

—Hermano.....

—Hay que preparar una túnica mortuoria.

—Para qué?

—Para cubrir el cuerpo de Policarpa; pues que hoy la tiranía no quiere, como en antiguos tiempos, que las víctimas vayan al patíbulo coronadas de flores, sino envueltas en fúnebres paños!

A estas palabras, la señora Margarita trató de contestar alguna cosa, pero sólo se escuchaba el ruidoso chocar de sus dientes á impulsos de una nerviosa conmoción que la agitaba.

—Nosotros somos en la ciudad, prosiguió el Padre, los únicos deudos de esa joven, y no debemos consentir en que los sicarios del Gobierno la vistan con las sucias mortajas reservadas á los reos vulgares!

La señora y Bibiano prorrumpieron entonces en agu-

©Biblioteca Nacional de Colombia

dos gritos de dolor, y el Ministro trató de consolarlos diciéndoles :

—Mañana á estas horas Policarpa estará desposada con el Señor. Su cuerpo pertenecerá á la tierra de donde salió, pero su alma gozará de las inmensas alegrías reservadas á los que han sufrido duros reveses, seguido ásperos senderos, y fueron acorralados, perseguidos y vejados por defender la justicia y la verdad. Lloráis por la suerte de la que tánto habéis amado? Pues yo os suplico que guardéis vuestras lágrimas para implorar con ellas la Divina misericordia, en favor de los opresores y de los injustos, á quienes el día hace mal y los vientos de la noche llevan rumores horribles que no les dejan conciliar el sueño !

—¿ Cree mi hermano que mi ahijada tendrá por premio de sus virtudes y sufrimientos la gracia de Dios ?

—Lo creo, y creo que su gloriosa memoria será en breve sombra radiante, que servirá para enseñar á las venideras generaciones el camino del porvenir. Entonces, cuando ya la libertad y la justicia hayan triunfado, desgraciados de todos aquellos que desechando de su corazón el amor al prójimo, tengan miedo de la piedad como se tiene miedo de una sima oscura, porque caerá sobre sus frentes el anatema de los réprobos !

En seguida, siendo las cinco y media de la tarde, el Reverendo, impulsado por el cariño y compelido por los deberes que le imponía su ministerio, se dirigió á la prisión de Policarpa. Ninguna oposición encontró para entrar en ella, pues que los carceleros sabedores, de que la

©Biblioteca Nacional de Colombia

heroína estaba en Capilla, esperaban que algún Sacerdote viniera á auxiliarla, preparándola para la muerte.

Así, apenas un guardián abrió al Ministro las puertas del calabozo en que estaba la patricia y ésta reconoció á su bienechor entre el pálido celaje de los reflejos del día, comprendiendo el objeto de la visita de quien tánto la había servido, lo miró por unos momentos fijamente, y luégo se sentó en el cajón á que hemos hecho referencia, y quedó por un largo rato sin articular palabra sintiéndose feliz; pues que el contacto con lo que se ama sobre la tierra alienta al desgraciado para respirar hasta su última hora.

El Reverendo pidió entre tanto al carcelero luz y un asiento, y una vez que éste le trajo lo que solicitaba, se sentó cerca de la víctima y la preguntó:

—No me conoce usted?

—Señor Cura! le contestó Policarpa, tomándole entre las suyas la mano derecha.

—Vengo á ponerme á sus órdenes.

—Cuándo ha llegado?

—Ayer, nada más.

—Apenas viene se acuerda de mí.

—Era mi deber.

—Cómo está su salud?

—No sé qué decirla.

—Creí no volverlo á ver.

—La bondad de Dios es infinita!

—Sabe la situación en que me hallo?

—Estoy enterado de todo.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Y me tiene lástima, no es cierto ?

—Lástima, y por qué ?

—Le parece poco lo que me espera ?

—Por un instante de sufrimiento conseguirá usted la más completa inmortalidad.

—No me preocupa el juicio de los hombres.

—Oh !

—Cómo está mi madrina ?

—Puede figurárselo.

—Ella sabe que el despotismo me ha condenado á morir ?

—Lo sabe y llora sin cesar.

—Pobre !

—Pobres de todos cuantos quedamos en este ingrato mundo !

—Quiere el señor Cura hacerme un último favor ?

—Para servirla es que he venido á su lado.

Policarpa, entonces, se descobijó la mantilla con que estaba envuelta, llevóse la mano al pecho, y quitándose una cruz de oro que tenía sobre el traje, la entregó al Sacerdote diciéndole :

—Mi madrina ha sido mi segunda madre, llévemela esta cruz, y suplíquela que me tenga siempre presente en sus oraciones.

—Así lo hará.

—Dígala que este pequeño obsequio me lo hizo á mí hace siete años y tres meses la señora Doña Francisca Villanova, cuando arrojada del Gobierno por nuestros compatriotas, iba para el destierro.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Está bien.

—Ha sabido el señor Cura de la suerte de esa señora?

—Absolutamente.

—Ella me pronosticó el fin que me aguarda.

—El cual debe usted recibir en amor de Dios.

—Estoy resignada.

—Puedo contar con ello?

—Acaso he tenido alguna vez miedo de morir?

—Nó, pero es que ha pensado en la eternidad?

—Sí señor.

—¡Quisiera recibir de mi mano al Dios que se hizo Hombre para sufrir con nuestros sufrimientos; y se transformó en pan para alimento de nuestras almas?

—Cómo nó, señor Cura, respondió con firmeza la heroína, que era creyente, porque en esos tiempos no se había descubierto aún que eran incompatibles Dios, la religión y la libertad: Dios, que es necesario á la conciencia; la religión, que es un elemento indispensable á la cultura y moralidad humanas; y la libertad, que es la manifestación más alta del hombre en el mundo ideal y real.

—Pues mañana tendrá usted el Cuerpo de Cristo, continuó el Reverendo, pero antes es preciso que remita sus pecados á la penitencia de la confesión.

En este instante arrodillándose la heroína ante el Sacerdote, repasó ante Dios todos los actos, todos los pensamientos, acciones é intenciones de su vida, y le abrió el santuario de su conciencia.

Las acusaciones que se hizo quedaron entre aquellas dos almas: la una que confesaba sus faltas, la otra que las

©Biblioteca Nacional de Colombia

escuchaba, hacía cargo de ellas y absolvía, con ese misterioso poder de la gracia concedido al apostolado cristiano!

El Confesor, convencido de que la penitente no había sacrificado los secretos de su conciencia ante él, sino ante la vista de Dios, á quien no se puede engañar, la echó la bendición diciéndola:

—El juicio del Señor, que va siempre acompañado del perdón, en nada se asemeja al de los hombres.

—Qué quiere usted decir, señor Cura?

—Quiero decirla que el Sacerdote católico, por más puras que vea las almas, no puede absolverlas sin imponerlas una pena.

—Y qué penitencia debo yo cumplir para hacerme digna de la Divina piedad?

—Una, y muy grande.

—¿Cuál?

—La de aceptar religiosamente la muerte que va á sufrir; no perdiendo de vista que jamás ven á Dios, tal como Él es, aquellos á quienes ofuscan las pasiones de la tierra.

—Aceptaré resignada el suplicio que me aguarda.

—Este sacrificio de su sangre será un tributo rendido al Salvador del mundo.

—Lo cree así?

—De ello estoy convencido.

—Bueno.

—Y además, un acto honorífico para la Patria, por la cual ha sufrido usted tánto.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Señor Cura, yo he vivido por la esperanza y muero con ella.

—Estoy satisfecho de la bondad y pureza de su alma, pero aún me falta hacerla una pregunta.

—La contestaré con sinceridad.

—Mañana, como la llevo dicho, va usted á recibir el Cuerpo del Señor crucificado, que es la esperanza del cielo; me promete que entra en la vida eterna sin ningún sentimiento de odio ni de venganza?

—Lo prometo, respondió la heroína, que era la imagen viva del dolor cristiano, que está siempre lleno de paciencia y de abnegación!

—Es decir que perdona á sus verdugos?

—De todo corazón.

—Bien: usted que es pura delante de Dios tiene mi absolución.

Policarpa cerró entonces los ojos, bajó la frente, y se humilló bajo el poder que la bendecía. El Sacerdote se puso en seguida de pie, la asió una mano y apartándose en seguida á la distancia del brazo, puso su vista en el rostro melancólico de la víctima, y después de un rato la dijo despidiéndose: su muerte será la página más brillante y gloriosa de nuestra historia!

La heroína, creyendo en el perdón del Juez celestial, pasó la noche tranquila pero sin sueño, contando los movimientos de su corazón como pudiera haber contado los de la péndula de un reloj pronto á pararse.

En cuanto al Padre Beltrán, que por la altura de sus ideas estaba á igual distancia del cielo y de la tierra,

©Biblioteca Nacional de Colombia

estuvo toda la noche, ya paseándose, ya en oración, en el cuarto de su hermana, quien se la pasó preparando la mortaja para su ahijada, y pidiendo al Todopoderoso aceptara en su reino el alma de la digna criatura que en breve comparecería ante Él!

CAPITULO XXVI.

La ejecución.

Al día siguiente, catorce de Noviembre, á las diez de la mañana, volvió el Reverendo á la prisión de Policarpa, acompañado de dos Padres Franciscanos, y la presentó, previa la ceremonia del caso, la hostia de la comunión. La penitente, oyendo atenta las palabras de su Confesor, en las que le hacía la conmemoración de la última comida, de la agonía, de la muerte y de la transubstanciación de Cristo, recibió el cuerpo del Salvador con reverente humildad, sintiéndose fortificada contra el suplicio que iba á padecer.

Pasado este acto, los Franciscanos pidieron permiso para retirarse, por lo cual les preguntó Policarpa:

—Por qué se van, bondadosos Padres?

—Tenemos que confortar en su última hora á otros dos penitentes, respondió uno de ellos.

—Es decir que no muero sola?

—Usted muere delante de mí, la dijo entonces su protector.

—Gracias. Yo me siento con valor para resistirlo todo; pero siempre es conveniente que el último instante de nuestra vida tenga testigos.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Habiendo quedado solos la patricia y el Ministro, éste la interrogó:

—Mucho estima usted aún á su madrina?

—Muchísimo.

—Quisiera aceptarla el último obsequio que desea hacerla?

—Con gran placer.

—Pues aquí lo tiene, la dijo el Sacerdote, dándola una túnica mortuoria.

Policarpa, al ver semejante vestido, ocultó la frente entre sus manos, y se dió á pensar, tal vez, en este mundo, que tan hermoso parece cuando se le deja, ó mejor, cuando él nos abandona, y sintió correr por sus venas una de esas fúnebres horripilaciones que hace sentir la espectativa de la muerte; pasado lo cual tomó la mortaja, se la puso con la serenidad de espíritu que le era habitual y preguntó al Padre, después de haberse mirado por un rato:

—Me sienta bien este traje, no es verdad?

—Al menos es mejor que el que el Gobierno la ofrecería.

—Ruego al señor Cura un último servicio.

—Cuál?

—Que cuide en cuanto le sea posible de mis pobres hermanos.

—Confíe en que haré por ellos lo que esté á mis alcances.

—Le suplico además que no permita que en los pocos instantes que me restan de vida, ni después de muerta, se profane mi cuerpo.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—Por qué teme semejante acto de barbarie ?

—El señor Cura sabe cuánto se me aborrece !

—Desgraciado del que se atreviera á irrespetar lo que es de suyo tan respetable !

Cruzadas estas frases y otras que omitimos, dieron las once de la mañana, hora señalada para la ejecución, y en este momento se dejó oír en el patio contiguo al calabozo de la víctima, el ruído de los pasos de gentes que invadían el edificio. Eran sesenta hombres del veterano Batallón español " El Albuera," que iban á apoderarse de los pacientes que debían conducir al cadalso.

Estos eran Savaraín y Suárez, que habían sido trasladados la noche antes de la prisión en que habían estado á ésta en que se les iba á buscar, y la heroína.

—Señor Cura, la dijo ésta á su protector, apenas vió á Iglesias y á los soldados, vuelvo á suplicarle que no me deje sola en este supremo trance.

—Cuente con que no la abandonaré hasta tanto que no haya dado sepultura á sus restos mortales.

—No sé qué horrible impresión me causa Iglesias ! Además, por más fortaleza de alma que se tenga es imposible comparecer ante Dios sin temor !

—Nadie que haya vivido con virtud debe temer los juicios del Señor. Confíe usted en su infinita misericordia.

Dos minutos después los sentenciados marchaban al suplicio ! Policarpa sostenida por el Padre Beltrán ; Suárez y Savaraín por los dos religiosos Franciscanos ; uno de los cuales llevaba una gran cruz de madera con un Cruci-

©Biblioteca Nacional de Colombia

fijo. Cruz á que se había dado el nombre de "Monte-pío," seguramente porque era el símbolo cristiano con que se tenía la costumbre de acompañar á los infortunados patriotas al patíbulo !

Al salir de su calobozo, Policarpa reconoció á sus dos compañeros de infortunio, y al ver á Savaraín, quien la hizo un respetuoso saludo, fijándola sus expresivas miradas, tuvo un momento de intranquilidad que se dejó ver en su extenuada fisonomía, pero pronto volvió en sí, convencida de que debía desechar todo pensamiento profano, para entregarse á Dios con la pureza de los ángeles!

Las víctimas cruzaron en medio de un inmenso gentío las tres calles reales que median entre el puente de San Francisco y la esquina de la plaza de Bolívar. Como era tiempo de invierno el cielo estaba opaco, nebuloso y frío, y á excepción de Iglesias que, un tanto trastornado por el licor, decía de vez en cuando algún chiste importuno, la lúgubre comitiva guardaba profundo silencio, sin que se oyera otro ruido que el que producían las pisadas de la multitud, cuyo movimiento era muy semejante al de los árboles cuyas cimeras azota un viento tempestuoso, y los pasos acompasados de la escolta á la que batían marcha dos tambores fúnebres.

Al llegar los condenados á la esquina norte de la plaza, el Oficial que mandaba la escolta la hizo hacer alto, mientras se enteraba del sitio preciso en donde debía tener lugar la ejecución ; luégo de lo cual, el triste cortejo volvió á ponerse en movimiento, tomando la diagonal de la plaza, hasta que hubo llegado á pocos pasos de la esquina que conduce al camellón de la Concepción.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Al frente y en la parte oriental del Capitolio, había entonces un paredón, que partiendo de la dicha esquina, se prolongaba de diez á doce varas españolas. Siendo la sombra de esta gran tapia el sitio elegido por Sámano para la sangrienta escena del día; la cual presenciaba, además, la tropa real, formada en la parte occidental de la plaza.

Los patíbulos destinados á Savaraín y á Suárez consistían en una armazón de madera formada de tres tablas, precisamente haciendo una hache minúscula de imprenta, y estaban colocados á distancia uno de otro de dos pasos regulares; encontrándose en la misma dirección y á igual distancia del segundo patíbulo, una viga clavada en tierra, que era contra la cual se iba á ejecutar á Policarpa!

A tiempo en que se trataba de colocar á las víctimas en sus puestos, el Oficial que iba á hacer de verdugo exigió de Iglesias alguna base sobre la cual se apoyara la heroína, de manera que no tocara el suelo con los pies; y el Sargento trajo en el acto un taburete que colocó al pie de la viga.

Hecho esto, Suárez se sentó en el primer patíbulo, diciendo: "Hénos aquí por estúpidos! Si yo no hubiera tenido tanto respeto por las opiniones de Policarpa Salabarrieta y doy muerte al tirano, no estaríamos dándole al público este espectáculo!" En el segundo patíbulo se colecó Savaraín, mirando ambos hacia el norte; y á la heroína, que debía ser fusilada por la espalda "para mayor ignominia de su nombre," según las palabras de la sentencia que la condenaba á sufrir la pena capital, se la hizo subir sobre el taburete con la vista al sur.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Una vez allí, Iglesias, haciéndola levantar los brazos, la ató las manos á la viga con una cuerda, amarrándola luégo por la cintura al madero!

Es de advertir aquí que ninguno de los tres sentenciados manifestó estupor en presencia de la muerte; "antes por el contrario, dice el historiador Restrepo, fue tal la energía de su ánimo, que causaron asombro á sus verdugos!"

Preparado todo, el Oficial hizo redoblar un tambor, y en el instante la concurrencia, entre la cual se miraban caras que sólo se ven en las jornadas de sangre, se retiró del lugar de la ejecución, colocándose los soldados de la escolta, divididos en tres grupos iguales, al frente de las víctimas.

En este momento se oyó que Policarpa nombró á Savaraín y Savaraín á Policarpa; y al perderse en los aires el acento de los dos amantes, que en la aurora de la vida se hacían cita en el cielo, buscando en la muerte la feliz unión que el despotismo les negara, una descarga de la tropa puso fin á aquellas tres existencias maravillosas!

Los Sacerdotes, que aún estaban presentes, se acercaron cada cual á la víctima que había auxiliado, y una vez que fueron reconocidos los cadáveres, los Padres Franciscanos entregaron los cuerpos despedazados de Savaraín y Suárez á sus respectivos deudos, para que les dieran sepultura!.....

En cuanto á Policarpa, cuyo nombre flotará eternamente en la conciencia del porvenir, el Padre Beltrán, acompañado de Bibiano, la quitó las ligaduras que la

©Biblioteca Nacional de Colombia

sostenían al madero, la puso entre un ataúd que había conseguido la señora Ricaurte de Lozano para el efecto; y si bien no pudo hacerle entierro eclesiástico, porque hasta prohibir esta ceremonia llegó el odio de Sámano contra la heroína, al menos depositó aquellos restos que debían sufrir en breve la promiscuidad de las cenizas en el cementerio de la ciudad; en donde se botaban los cadáveres de aquellos que no merecían, según las pasiones de la época, ser enterrados en la Capilla de la Veracruz, panteón destinado á los próceres!

Observaremos aquí, que es cosa de extrañarse de los hombres del pasado, contemporáneos de la patricia, que por descuido, por indiferencia ó por emulación á tánta gloria, no hubieran señalado luégo el sitio preciso en donde fueron depositadas tan preciosas reliquias, que la admiración pública ha podido tener perpetuamente rodeadas de coronas fúnebres, como un homenaje tributado á la castidad del amor, á la excelsitud del patriotismo y á la grandeza del martirio!

Concluyamos: el fusilamiento de Policarpa Salabarrieta considerado hoy día, y mírese desde el punto de vista que se quiera, fue un crimen que no podrá absolver el presente, como no lo absolvió el pasado, ni lo absolverá la posteridad.

Otras penas tenía en sus manos el despotismo para castigar la persistente actividad y celo de la heroína en favor de su Patria, antes de suprimirla por el asesinato.

Suprimirla, decimos?... Nó! Si la tiranía juzgó que la influencia política de mujer tan prodigiosa desaparecía

©Biblioteca Nacional de Colombia

con su sangre, fue víctima de un error, porque con esa sangre preciosa se firmaron los derechos del pueblo, que debían hacer irreconciliables en América el despotismo y la Libertad.

Por lo demás, del nombre de la patricia hicieron los libres de la época, el siguiente significativo anagrama:

Yace por salvar la Patria!!

FIN.

©Biblioteca Nacional de Colombia

BIBLIOTECA
DE
HORACIO RODRIGUEZ PLATA

I

©Biblioteca Nacional de Colombia

BNC0008025

BIBLIOTECA NACIONAL DE COLOMBIA

BNC0008025

A 281854

I

©Biblioteca Nacional de Colombia